



LOS
ORÍGENES
DEL
CRISTIANISMO

(una lectura crítica)

Eduardo Hoornaert



LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO
(una lectura crítica)

CONTRAPORTADA

CONSEJO EDITORIAL

Maryse Brisson
Pablo Richard
Elsa Tamez
José Duque
Silvia Regina de Lima Silva
Germán Gutiérrez
Tirsa Ventura
Gabriela Miranda García
Mario Zúñiga
Anne Stickel
Wim Dierckxsens

CORRECCIÓN Y TRADUCCIÓN: Guillermo Meléndez
COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA: Lucía M. Picado Gamboa
PORTADA: Olman Bolaños
Original portugués: Origens do cristianismo (uma leitura crítica). Brasília,
Editora Ser, 2006

230.09
H789o Hoornaert, Eduardo
Los orígenes del Cristianismo. Una lectura Crítica/
Hoornaert, Eduardo
— 1a. ed. — San José, Costa Rica: DEI, 2008
198 págs.; 21 x 14 cms.
(Colección Historia de la Iglesia y de la Teología)

ISBN 978-9977-83-155-8

1. Historia - Cristianos
I. Título

Hecho el depósito de ley.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro.

ISBN 978-9977-83-155-8

© Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI), de la edición en español, San José, Costa Rica, 2008.

© Eduardo Hoornaert, 2008

Esta obra ha sido publicada gracias al financiamiento del Instituto de Misionología e.V., República Federal de Alemania

Impreso en Costa Rica: Lara Segura & Asociados (506) 2256-1664

PARA PEDIDOS O INFORMACIÓN DIRIGIRSE A:

Asociación Departamento Ecuménico de Investigaciones
Apartado Postal 390-2070
SABANILLA
SAN JOSÉ-COSTA RICA
Teléfonos (506) 2253-0229 • 2253-9124
Fax (506) 2280-7561
Dirección electrónica: asodei@racsa.co.cr
<http://www.dei-cr.org>

Contenido

Primeras palabras.....	13
Primera Parte	
Saber leer	17
1. Saber leer.....	19
2. Leer críticamente	20
3. Atreverse a tocar los textos	22
4. La lectura fundamentalista	23
5. Leer los textos apócrifos.....	24
6. La metáfora	26
7. Usos y abusos de la palabra	27
8. La palabra de Dios (1).....	28
9. La palabra de Dios (2).....	30
10. La palabra de Dios (3)	31
Segunda Parte	
Pablo.....	33
11. La primera literatura cristiana.....	35
12. Los que no cuentan	36

13. Pablo en medio del silencio esclavo.....	37
14. El soplo de Dios sobre los esclavos	39
15. Más sobre el soplo de Dios	40
16. ¿“Cristo” o “Ungido”?.....	41
17. La sinagoga disidente.....	42
18. De todos los rincones del mundo (1).....	43
19. De todos los rincones del mundo (2).....	45
20. ¿Quiénes son los extranjeros de la diáspora?	46
21. Pentecostés y pentecostalismo.....	47
22. El joven movimiento cristiano	49
23. Más sobre la sinagoga	50
24. Los helenistas en Jerusalén	52
25. La historia de Esteban.....	53
26. Pablo, el fariseo disidente.....	54
27. Lo que Pablo quiere decir.....	56
28. Desobedecer.....	57
29. No temer.....	59
30. Cuidar	60
31. Ser universalista.....	61
32. Los rabinos ortodoxos escandalizados.....	63
33. Más sobre el escándalo	64
34. El judaísmo rabínico	65
35. El cristianismo se separa del judaísmo	67
36. Por los caminos de Oriente.....	68
37. En Occidente.....	69

Tercera Parte

Los evangelios de la primera generación.....73

38. Cuáles son los evangelios de la primera generación	75
39. ¿Reducirlo todo a un único evangelio?.....	76
40. ¿Qué pensar de los estudios sobre el “Jesús histórico”?	77
41. Apóstoles eufóricos	79
42. Un movimiento campesino	80
43. Los campesinos reconocen a Jesús	81
44. Jesús: ungido y profeta	82
45. Una victoria de la no-violencia	83
46. Las tácticas campesinas	85
47. Enviados a los “sin tierra”.....	86
48. Tácticas apostólicas	87
49. Un adversario invencible.....	89

50. ¿Jesús guerrillero?.....	90
51. El combate al hambre.....	91
52. La eucaristía.....	92
53. El judaísmo frente al hambre	94
54. Pan para todos.....	95
55. El combate a la enfermedad.....	96
56. La salud pública en Galilea	97
57. Jesús terapeuta	98
58. Jesús no consigue esconderse más	99

Cuarta Parte

Los evangelios de la segunda generación..... 103

59. Cuáles son los evangelios de la segunda generación.....	105
60. Jesús, alegre y serio	106
61. La comedia de los separados	108
62. La lucha contra la mentira.....	109
63. Palabras sucias.....	110
64. El peligro de la ciudad	111
65. No hay modo de huir	112
66. Jesús, el soltero	114
67. El evangelio de Tomás y la sexualidad.....	115
68. ¿Pablo antimatrimonial?.....	115
69. La mujer en el mundo judaico.....	116
70. La mujer en la sociedad romana.....	118
71. Jesús y las mujeres	119
72. El despertar de la conciencia femenina	120
73. María Magdalena.....	122

Quinta Parte

Los evangelios escondidos..... 125

74. Una literatura escondida	127
75. El evangelio de Tomás (1).....	128
76. El evangelio de Tomás (2).....	129
77. Un modelo judaico	130
78. Jesús antitemplario.....	132
79. El evangelio de Nicodemo	132
80. Los milagros de Pedro y Pablo.....	134

81. Emerge la figura de María	136
82. La ascensión meteórica de María	137
83. José participa del éxito de María	139
84. María Magdalena fuera de la escena.....	140
85. Tecla, la mujer valiente	141

Sexta Parte

Los maestros	143
--------------------	-----

86. Quiénes son los maestros cristianos	145
87. De nuevo los maestros cristianos.....	146
88. Una vez más los maestros	147
89. Maestros contra pastores	149
90. El maestro Valentino.....	150
91. El erotismo proscrito	152
92. El infierno y el diablo.....	153
93. La tenacidad de Baco y de Venus	154
94. El imperio platónico	156
95. La risa desterrada	157
96. La desacreditación moral del laico.....	158

Sétima Parte

Puntos controvertidos.....	161
----------------------------	-----

97. Mostrar el juego.....	163
98. ¿Por qué nada más cuatro cartas de Pablo?	164
99. ¿Por qué evangelios de la primera y de la segunda generación?	165
100. ¿El evangelio de Tomás es de la primera generación?	166
101. ¿Por qué “ungido” en vez de “cristo”?	168
102. ¿Por qué “soplo” en vez de “espíritu”?	169
103. ¿Por qué dar tanto valor a textos apócrifos?.....	170
104. ¿Por qué tanta insistencia en los maestros?.....	171

Octava Parte

¿De dónde proviene el éxito?.....	175
-----------------------------------	-----

105. El debate sobre el éxito del cristianismo.....	177
106. Superando las persecuciones.....	178
107. Los(as) beneficiados(as).....	180

108. Servicios sociales para todos.....	182
109. Diez mil vides	183

Novena Parte

Bibliografía	187
--------------------	-----

Apéndice: el evangelio Q.....	193
-------------------------------	-----

Primeras palabras

Este es un libro escrito para laicos. No es una historia de la iglesia, ni una historia del pensamiento cristiano. Es un libro de historia. Describe cómo surgió el cristianismo, al mismo tiempo, en diversos puntos alrededor del Mar Mediterráneo y de Siria dos mil años atrás: en Palestina, en Siria y en el actual Iraq, en regiones hoy pertenecientes a Turquía y Grecia, Egipto y Libia, por el lado oriental, y en Grecia, Italia y Francia, por el lado occidental.

Todo libro de historia divide el tiempo examinado en períodos, que aquí llamo “generaciones”. Por generación entiendo un período de treinta años, la media de la vida de una persona en aquellos tiempos. Comienzo con la probable fecha de la muerte de Jesús, en el año 30.

La obra abarca las siguientes generaciones de cristianos: 30-60; 60-90; 90-120; 120-150 y, finalmente, 150-180. En total, un período de 150 años dividido en cinco generaciones. Estudiaremos el tema en 109 capítulos divididos en nueve partes, siendo que tanto la primera como la última parte no tratan de temas propiamente históricos. La primera, titulada Saber leer, está dedicada a cuestiones preliminares, como explico en seguida. El libro termina con una Bibliografía selecta y un Apéndice, para quien quiera saber más sobre el tema de los orígenes históricos del cristianismo.

De la segunda a la sexta parte recorreremos la historia de las cinco generaciones de cristianos; de la séptima a la novena parte trato algunas cuestiones especiales. Explico en pocas palabras el contenido de las partes segunda hasta la quinta:

- a) Entre los años 30 y 60 son redactadas las cartas del apóstol Pablo (bloque: Pablo), que son los primeros documentos que poseemos, junto
- b) a los evangelios de la primera generación (parte: Los evangelios de la primera generación), siendo que en ellos destacan dos textos: el evangelio Q y el evangelio de Tomás.
- c) Entre el 60 y el 90 aparecen los cuatro conocidos evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan (parte: Los evangelios de la segunda generación).
- d) En los años 90 a 120, los pequeños núcleos cristianos casi desaparecen en la inmensidad del espacio y corren el riesgo perder el contacto entre sí (a no ser en las grandes ciudades), lo que facilita la aparición de los más diversos textos, caracterizándose la mayoría por su gran creatividad imaginativa (parte: Los evangelios escondidos).
- e) Aparecen al mismo tiempo, y dentro de la misma dinámica, liderazgos locales no controlados por ninguna instancia central (parte: Los maestros). Entre 120 y 150 actúan, en Roma, maestros influyentes como Hermas, Justino, Marción y Valentino. Ellos divulgan un cristianismo optimista: cada cristiano puede llegar hasta donde llegó "el ungido (Cristo)", puede ser un "santo". Cada uno puede alcanzar el contacto con Dios por cuenta propia, lo que exige ciertamente mucho esfuerzo, pero por otro lado tiene por recompensa una vida de envidiable libertad, alegría y paz.

La reacción ante ese cristianismo optimista e independiente no tarda. En el período entre el 150 y el 180, los "fiscales" (obispos) perciben los peligros de la dispersión y desarticulación del movimiento. El obispo Ireneo pronuncia un enérgico "basta" a los maestros. Él quiere una regla segura, que sirva para todos. Y esa regla es: Dios distante de la persona humana, el Cristo intermediario entre el ser humano y Dios. El humano es un ser desamparado que únicamente se puede "salvar" en la sumisión de la fe y en la obediencia a los obispos, los defensores de la fe. Solo una jerarquía unificada es capaz de salvar al cristianismo de la confusión y dispersión en que se encuentra. En poco tiempo el texto de Ireneo convence a los obispos y, con ello, se inicia una reorientación profunda del movimiento cristiano.

Es por causa de esas y otras complejidades que iniciamos este libro con una primera parte titulada Saber leer, en la cual se

argumenta que es preciso penetrar en las circunstancias en que se originaron los textos antiguos y así evitar la lamentable lectura fundamentalista, tan difundida en la actualidad.

Las partes séptima y octava están dedicadas al estudio de algunos tópicos que pueden causar extrañeza. El libro contiene afirmaciones que no están en la línea de lo que se acostumbra decir sobre los orígenes cristianos. De ahí la séptima parte: Puntos controvertidos. No me gustaría que nadie se sintiese ofendido en su fe por lo que escribo en esta obra. Pero sucede que un estudio de historia, para ser serio, tiene que seguir los métodos de la investigación histórica y debe, en la medida de lo posible, estar sintonizado con los avances de la ciencia. Tanto los estudios en torno del evangelio de Tomás (véanse los capítulos 75, 76 y 100), así como la nueva lectura de las cartas paulinas (parte II), modifican de forma paulatina la imagen tradicional de los orígenes cristianos. No quiero imponer a nadie lo que escribo en estas páginas. Mi voluntad es entrar en diálogo con usted(es), intercambiar afirmaciones, emitir opiniones, para que podamos avanzar juntos. Lo mismo sea dicho de la traducción que hago de ciertos términos muy usados por las iglesias como "Cristo" y "Espíritu Santo" (véanse los capítulos 14, 16, 101 y 102).

La octava parte, titulada ¿De dónde proviene el éxito?, constituye la conclusión del estudio. ¿Cómo un movimiento de personas humildes, que viven en las capas más bajas de la sociedad y enfrentan diariamente preconceptos, persecuciones e incomprendiones, no disponen de ayuda financiera ni apoyo por parte de personas influyentes, consiguió tantos adeptos en tan poco tiempo? ¿De dónde vino ese éxito?

En apéndice presento el texto completo de la primera redacción del Evangelio Q, el primer evangelio cristiano, redactado en la década de los años cincuenta. Vale la pena ver cómo las personas de la primera generación, apenas veinte años después de la muerte de Jesús, entendían su vida. Se trata del texto que, junto a las cartas paulinas, llega más cerca de Jesús de Nazaret.

Los capítulos de este libro son breves, de un poco más de una página. Eso para que puedan eventualmente servir para lectura en grupos. Es claro que, en tal caso, se recomienda que el orientador del grupo estudie antes la parte entera para que, a la hora de la reunión, pueda iluminar a los(as) compañeros(as) sobre algunos puntos más difíciles. Finalmente, deseo a ustedes buen provecho y placer en leer un texto que me dio placer escribir.

Eduardo Hoornaert

Primera Parte

Saber leer

1. Saber leer

Aprendí con Paulo Freire que es preciso saber leer. No basta solamente con abrir un libro, se necesita entrar en diálogo con el autor que recurre a las letras para entrar en contacto con el lector. La relación entre autor y lector, para ser satisfactoria, tiene que ser dialogal. ¿Qué significa esto? Ambos entran en diálogo, se hablan uno al otro por medio de las letras. Del maestro que sabe al alumno que no sabe pasan informaciones técnicas, no lecciones de vida. Pues en el arte de la vida nunca somos alumnos, siempre tenemos una experiencia ya adquirida e integrada en nuestra personalidad. Podemos, por tanto, entrar en diálogo con el autor, concordar y discrepar. Ahí vamos a aprender algo en el arte de la vida mediante la lectura.

Sin embargo, no toda literatura es redactada de modo dialogal. Se puede decir, inclusive, que en toda la historia de la literatura existe una sorda lucha entre formas dialogales y formas imperativas de escribir y leer un texto. En el Pentateuco, por ejemplo, o sea, en la colección de los cinco primeros rollos bíblicos, podemos detectar diferentes “costuras”, momentos en que las antiguas narraciones sobre Abraham, Isaac, Jacob y José son abruptamente interrumpidas para dar lugar a largos trozos que tratan de liturgia. ¿Cómo explicar esto? La respuesta está en la formación del Pentateuco. Por muchos siglos, los peregrinos hebreos que visitan los santuarios dedicados a los patriarcas en Canaán cuentan entre sí historias sobre Abraham, Isaac, Jacob (Israel), José, y también sobre la huida de Egipto, sobre Moisés y Josué. Esas historias pasan de boca en boca durante generaciones. Son historias dialogales, ya que el lector se ve a sí mismo en las figuras bíblicas. Él procura ser fiel a Dios como Abraham, animoso como Jacob, comprensivo como José.

Con todo, en un período particularmente difícil en la historia de los hebreos, durante los siglos de la dominación persa (siglos VI al IV a. C.), cuando los pueblos de Palestina corren el peligro de perder su identidad en medio de tantos otros grupos étnicos existentes dentro del vasto imperio, los intelectuales ligados al templo reconstruido de Jerusalén perciben la relevancia de esas narraciones populares en el sentido de dar a los grupos que ahí vivían, divididos entre sí, una cohesión nacional y subsecuente autoestima y combatividad. Abraham se convierte en el padre de un pueblo, el pueblo hebreo. Esos intelectuales realizan la hazaña de formar un pueblo a través de las letras. Hasta aquí todo claro.

La cosa se complica en el momento que los sacerdotes del templo se apropian los textos antiguos. Ellos pasan a usar esos textos para hacer que el pueblo frecuente el templo varias veces al año, lo que les confiere riqueza y estima, y así no titubean en introducir en los venerables textos antiguos, que tienen un carácter dialogal, narrativo y poético, trozos de carácter litúrgico, legislativo y autoritario. Esta mezcla es patente en un libro como el Deuteronomio, aunque igualmente en el Éxodo. Basta abrir uno de esos libros y comenzar a leer.

¿Por qué llamo la atención sobre este hecho en el primer capítulo de esta obra? Porque es bueno leer la Biblia críticamente, no abrirla de cualquier modo. El peligro de una lectura fundamentalista de ella nos acecha a cada momento. La literatura autoritaria lleva con facilidad a la lectura fundamentalista, mientras la literatura dialogal apela a la capacidad, por parte del lector, de establecer, en lo íntimo de su ser, una conversación libre y gustosa con el texto.

2. Leer críticamente

Es una ilusión pensar que estemos leyendo la Biblia en un ambiente de perfecta libertad. Por lo general miramos, leemos u oímos a través de las lentes o de los oídos de alguien que está dictando las normas, aunque discretamente oculto detrás de las letras. No existe lectura sin censura. Tradicionalmente las iglesias ejercen esa censura, prohibiendo la interpretación libre de los textos, no obstante hoy está emergiendo, en el mundo entero, una nueva forma de censura, la censura económica. Como en la actualidad también la información se convierte en mercancía siempre más sometida a campañas publicitarias, las informaciones

que no conducen al lucro son reprimidas, o incluso silenciadas y perseguidas.

De ahí se sigue una peligrosa autocensura. Las personas tienen miedo de enfrentar el imperialismo de los medios de comunicación de masas. Es más fácil seguir lo que algunas mega-empresas poderosas dictan, que utilizar la cabeza. Las personas tienen miedo de quedar aisladas, perder el empleo, perder la aceptación social. Las personas críticas son mal vistas, porque perturban el juego de las grandes empresas de información. Eso se aplica de modo directo a la Biblia y a las figuras bíblicas como Jesús y Pablo. Reina en nuestros días una gran pasividad en relación a la Biblia y a la figura de Jesús. Pocos leen la Biblia de manera crítica. Solo se filtra lo que es viable económicamente, y las personas tienen miedo de leerla y llegar a conclusiones que dificulten su entrada en el mercado.

¿Qué nos queda en una situación como esta? La inteligencia. El cristianismo siempre venció cuando apeló a la inteligencia, siempre retrocedió cuando dejó de recurrir a ella. En sus orígenes venció porque empleó la cabeza, constituyendo redes de servicios sociales en una sociedad donde no existía ni la idea de servicio social, creando estructuras de auxilio social en una sociedad que no cultivaba la sensibilidad social. Los cristianos de hoy pueden desempeñar un papel parecido si dejan la estúpida carrera detrás del marketing, la televisión y la competencia publicitaria y cultivan el conocimiento más profundo de su propia religión, se capacitan para participar de un debate sobre sus propios orígenes.

El caso es que, en el transcurso de esos dos mil años de historia, el cristianismo se apartó mucho de sus orígenes y muchos hoy ni siquiera conocen las inspiraciones de los orígenes. Es urgente que los laicos salgan de su postura de pasividad en relación al conocimiento de la religión que profesan y acompañen los avances de la ciencia, por cuanto el futuro de la humanidad depende en gran parte de la capacidad de discutir democráticamente los temas que interesan a la vida en sociedad, inclusive la religión.

La actualidad demuestra la gran relevancia de la religión. Si las religiones hoy chocan entre sí como nunca antes, es porque desconocen sus propias raíces. Ni los cristianos ni los musulmanes. Se requiere cultivar la inteligencia, la mayor potencialidad humana, capaz de hacernos salir del atolladero en que estamos. Soy un convencido de que el cultivo de la inteligencia se tornará la marca de los cristianos en estos tiempos de esclavitud ejercida por los medios de comunicación a través de una propaganda siempre más penetrante y agresiva. Repito: frente a los medios

de comunicación todopoderosos únicamente tenemos un arma eficiente: nuestra inteligencia. Es la hora de despertar la inteligencia de las personas, hacer que dejen la somnolienta y peligrosa conformidad que es el combustible de la guerra, la muerte y el dominio de algunos pocos sobre el mundo. He aquí una tarea prioritaria para los laicos cristianos, hoy.

3. Atreverse a tocar los textos

El texto bíblico permaneció intocable durante muchos siglos. La Iglesia vigilaba la Biblia como su principal tesoro, base de su autoridad. Hoy no se sustenta ya más esa postura. Ahora sabemos que la Biblia es antes que todo literatura, y como toda literatura tiene su historia. La historia de la Biblia comienza con las antiguas tradiciones del pueblo hebreo, contadas durante siglos por el pueblo antes de ser escritas por intelectuales. Como consigné en el primer capítulo, son intelectuales de Jerusalén, a partir del siglo V a. C., quienes reunirán por primera vez esas historias. Se menciona siempre al “escriba” Esdras como el primer organizador de esa colección después del retorno de las élites judaicas del exilio babilónico en el siglo V a. C., por tanto siete siglos después de la muerte de Moisés (considerado antiguamente el autor de los primeros libros bíblicos).

El primero que atacó la idea de que la Biblia fuera una obra diferente a todas las otras fue el filósofo holandés Spinoza, en el siglo XVI. Sus afirmaciones causaron un sobresalto general, en particular en los ambientes eclesiales. Pero, de cualquier modo, con Spinoza nace la exégesis crítica, la cual enfrenta siglos de controversia antes de afirmarse con autoridad en el siglo XX. La fuerza de los exégetas reside en su conocimiento de las lenguas en que la Biblia es transmitida: el hebreo, el griego, el latín. Gracias a la progresiva introducción de la idea de tolerancia en países como Francia y Alemania en el transcurso del siglo XVIII, los estudios no son más quemados en la plaza pública y así consiguen sobrevivir. Voltaire y otros luchan para que nadie sea más quemado vivo por emitir opiniones contrarias a las autoridades.

Esa idea triunfa con la Revolución Francesa de 1789. Destronado Moisés como autor, resta descubrir los orígenes de los textos por medio de una lectura crítica. En el siglo XIX la arqueología viene oportunamente a socorrer los estudios literarios. En un clima de

entusiasmo nace la egiptología, la asiriología, la epigrafía semita, etc. Y en el siglo XX los progresos también son grandes, tanto en los estudios de los textos como en la arqueología. No obstante, las contradicciones entre la lectura “creyente” y la lectura “científica” no han sido del todo superados en nuestros días. Muchos aún no se atreven a tocar los textos.

En la mayoría de los países católicos las clases de religión todavía siguen básicamente las doctrinas anteriores a Spinoza y se limitan a captar el sentido moral y doctrinario de los textos bíblicos. En algunos países, sin embargo, los cursos de religión ya son cursos de cultura religiosa. Ahí la Biblia es estudiada como literatura, y no simplemente como historia sagrada fuera del tiempo, y eso abre perspectivas nuevas.

4. La lectura fundamentalista

Existen dos maneras básicas de lectura de un texto, la dialogal y la fundamentalista. La lectura fundamentalista de la Biblia proviene de una comprensión errada del acto de leer. Ahora bien, no es la letra lo importante, sino lo que ella quiere decir. Como de igual modo no es la palabra lo importante, sino lo que ella quiere decir. Al lector fundamentalista no le interesa saber lo que la letra quiere decir, simplemente la repite como si ella fuese a decir la cosa por sí misma, por una especie de magia. El lector fundamentalista comete pues un error grosero, ya que todos sabemos que la letra es apenas un signo convencional para indicar algo que está fuera de ella, en el mundo real que la palabra da a conocer. El fundamentalista no se quiere comunicar, no está dispuesto a dialogar con nadie sino a imponer su comprensión de la letra como si fuese la única posible, sin discusión. No entra en diálogo con el autor de las letras y mantiene una postura de adoración perpetua delante de textos considerados eternos, oráculos inmutables de un Dios inmutable. Es preciso romper con eso y leer la Biblia sin perder la dignidad de seres racionales, esto es, conservando nuestra capacidad de reflexionar.

Con la supremacía de la cultura occidental sobre el mundo y la actual globalización, la Biblia es conocida, aunque solo sea de manera superficial, por todos los habitantes del planeta. Extraño destino de la memoria de un pequeño pueblo del Oriente Medio, el pueblo hebreo (más tarde llamado judío). Hoy, la Biblia

tiene un alcance universal, es el libro más divulgado que existe. Personas esparcidas por el mundo entero han oído hablar algo, aunque apenas sea vagamente, acerca de Abraham, el padre de la fe; Isaac, el hijo de la risa; Jacob, el luchador con Dios; José, el mediador; David, el vencedor de Goliat; Salomón, el rey sabio; Josué, el general; Elías, el intrépido; Daniel, el visionario; Ezequiel, el combatiente; Isaías, el gran poeta; Jeremías, el anunciador de calamidades; Samuel, el profeta y sacerdote; Sansón, el fuerte; Judit, la inteligente; Jonás, el cobarde; Job, el cuestionador; Rut, la fiel; Tobías, el cuidadoso; Ester, la valiente; Jesús, el salvador.

¿Cómo se propaga la lectura fundamentalista? Es innegable que las iglesias fueron y continúan siendo las principales propagandistas de la lectura fundamentalista, usándola frecuentemente para afirmar su autoridad. En manos de iglesias celosas de su poder, la Biblia se transforma en una bandera de guerra contra los “enemigos de la fe”. Es el propio miedo el que crea esos enemigos de las iglesias, el miedo a perder el poder. Así se origina un círculo vicioso. Los militantes más fervorosos de las iglesias, formados en una lectura fundamentalista, están en continuo estado de guerra. Interpretan todo en beneficio de sus iglesias, transforman a los patriarcas hebreos y al propio Jesús en grandes héroes defensores de sus iglesias.

Para luchar contra la lectura fundamentalista, lo mejor, nuevamente, es usar la cabeza. Una persona inteligente nunca es fundamentalista. Pues ella busca (y encuentra) en la Biblia una respuesta a cuestiones actuales, sus anhelos y esperanzas, o la confirmación de sus alegrías y de su paz. Cabe a los laicos luchar en favor de una lectura libre, autónoma y dialogal de los textos bíblicos.

5. Leer los textos apócrifos

Dentro de nuestro propósito de leer la Biblia críticamente y de atreverse a tocar los textos evitando una lectura fundamentalista, es lógico que no leamos solo los textos leídos en las iglesias sino también los textos “escondidos” o “apócrifos”. Ustedes saben que hay una enorme literatura apócrifa acerca de Jesús, María, José, los apóstoles. En ella están escritos textos interesantes para nosotros. Yo diría más: esos textos a veces nos tocan más de cerca que los textos oficialmente aceptados para la lectura pública en las iglesias. ¿Por

qué? La razón es simple. Mientras los intelectuales acostumbran discutir entre sí utilizando palabras difíciles e inaccesibles a las personas comunes, la literatura apócrifa es producto de cristianos no formados en teología, incluso de personas analfabetas cuyas palabras fueron más tarde escritas por algún intelectual.

Los textos apócrifos suelen abordar la vida común de los casados, padres o madres de familia, empleados o desempleados, profesionales y luchadores(as) por el pan de cada día. He aquí su gran valor. Mientras los teólogos discuten, las personas allá afuera siguen casándose, teniendo hijos y trabajando para sustentar a la familia. Esas personas, excluidas de las conversaciones eruditas, saben muy bien que María también se casó, tuvo su hijo Jesús y que José trabajó duro para alimentar a la familia. Que Pedro y Pablo hicieron grandes cosas por la fe. Las personas casadas miran con respeto a esas grandes figuras. ¿Será posible imitar tan sublimes ejemplos?

De este modo pasan de boca en boca lindas historias sobre la infancia de Jesús, el nacimiento y la educación de María, la vida de José el carpintero, los milagrosos viajes de San Pedro y San Pablo, las historias de Nicodemo y Pilatos, las andanzas de María Magdalena y Santa Tecla. Los intelectuales de la Iglesia hallan esos textos indignos de entrar en la lista de los libros sagrados, hallan que son fábulas inventadas por el pueblo. Prohíben su lectura, sin embargo las personas del pueblo no obedecen, esconden los textos y los copian a escondidas. Así se forman los textos “apócrifos” (apokrufein en griego: esconder).

El pueblo cultiva esos textos con cariño, y lo mismo hacen a lo largo de los siglos los artistas, los músicos, los soñadores, los poetas, sensibles como son a la vida que palpita en esos textos rechazados por la Iglesia oficial. De ahí que las iglesias y los museos, los catálogos de obras poéticas y musicales del mundo entero estén repletos de evocaciones de esa historia menuda de Jesús, María y José, más que de trabajos inspirados en el serio cristianismo dogmático que la Iglesia produce.

La literatura apócrifa que logra escapar a la furia antiherética que afecta a la Iglesia durante siglos, contiene evangelios, hechos de apóstoles, cartas, apocalipsis. Esa literatura penetra en todo, incluso los evangelios de Lucas y Mateo que toman su descripción del nacimiento de Jesús de un texto apócrifo, el así llamado Proto-evangelio de Santiago. Ciertas historias circulan de boca en boca entre los cristianos durante mucho tiempo, como toda la historia de María, desde su nacimiento milagroso hasta su educación en

el templo, la escogencia de José como compañero, el nacimiento de Jesús en un establo, los magos de Oriente, la estrella, la huida a Egipto. Esa saga de María existe desde los primeros tiempos del cristianismo, pero solamente más tarde es registrada por escrito, después de más de cien o incluso doscientos años.

6. La metáfora

La metáfora es un juego de palabras. La mente humana gusta de divertirse con las palabras, y es un placer leer frases como “él es una montaña”, “ella es un dulce”. La metáfora transporta sentidos, cambia significados. Ella constituye un desafío para nuestra capacidad creadora y ejercita nuestra inteligencia: de ahí el placer que experimentamos al oír metáforas (cuyo sentido entendemos). Nuestra cultura moderna privilegia palabras matemáticas y exactas y por eso crea una cierta aversión frente a la metáfora, que escapa al pensamiento “claro y distinto” de Descartes. El evangelio está repleto de metáforas: “Ustedes son la luz del mundo” (Mt 5,14); “Yo soy el buen pastor” (Jn 10,11); “Yo soy la luz” (Jn 8,12) ¹.

He aquí un modelo literario bien al gusto de las culturas semitas y que la moderna cultura occidental nunca asimiló bien. Los rabinos comentan la Torá (la ley de los judíos, el Pentateuco) con una levedad y un sentido del humor que nos causa extrañeza: “Sin harina no hay Torá, sin Torá no hay harina”. Tanto la Torá escrita (la Biblia), como la Torá oral (consignada en colecciones como la Misná, los Midrashim y el Talmud), están llenas de metáforas semitas. La primera literatura cristiana recibió con certeza influencia griega, aun así ella es básicamente semita en el uso de las palabras: el refrán, el proverbio, la alegoría, la parábola, el enigma, la comparación, la visión, la revelación, la metáfora. Todo pura poesía, una poesía instantánea.

Los evangelios están repletos de contundentes y lapidarias metáforas proféticas: “Si ustedes no permanecen como niños...” (Mt 18,2). Los rabinos, siempre buenos en el uso de las palabras, acostumbran contar historias más o menos inventadas en las cuales

¹ Todas las citas bíblicas que aparecen en este libro, son tomadas por el autor de la reciente edición francesa: La Bible. Paris, Editions Bayard, 2001 [Nota del traductor].

se oculta una profunda sabiduría. Jesús igualmente demuestra envidiable maestría en usar metáforas. En sus parábolas, las palabras no sirven tanto para indicar las cosas en sí, sino que apuntan hacia una realidad más allá del sentido obvio. Doy aquí un ejemplo sacado de un texto apócrifo:

Cierta vez, siendo tiempo de siembra, salió Jesús con su padre para sembrar trigo en su propiedad. Mientras José esparcía las semillas, el pequeño Jesús sintió también ganas de sembrar un granito de trigo. Y después de segar y desgranar, su cosecha fue de cien coros [393 hectolitros]. Convocó entonces en su propiedad a todos los pobres de la región y repartió con ellos el grano. José, después, llevó consigo el restante. Y Jesús tenía ocho años cuando obró este milagro.

¿Qué piensan ustedes de este texto? ¿No es pura belleza, expresión de mucha sensibilidad social? ¿No es estúpido discutir, a propósito de un texto como este, si es legendario, inventado, puro fruto de la imaginación? Aquí no se trata de relatar acontecimientos objetivos, sino de transmitir emociones y suscitar energía para nuevas acciones. Urge comprender el sentido de las metáforas que las primeras generaciones de cristianos crearon, y no rechazarlas más como leyendas o fábulas inventadas. A través de la lectura e interpretación de esas metáforas vamos resueltamente en busca del movimiento de Jesús, de los mitos, de las leyendas, de las historias que se contaron de boca en boca, el huso en la mano, en el solar de la casa, en el canto del campo, detrás del arado. De esta forma llegamos muy cerca de Jesús.

7. Usos y abusos de la palabra

Desde los primeros meses de nuestra vida y a lo largo de toda nuestra existencia, aprendemos que las palabras tienen sentido, es decir, mantienen una relación con cosas. Aprendemos eso desde temprano a través de los gestos, de las expresiones faciales y corporales y de otros modos de expresión por parte de las personas a nuestro alrededor. Las personas se perturban o demuestran seguridad, se muestran emocionadas, alegres o temerosas al oír determinadas palabras o al hablar de ellas. Así percibimos luego que las palabras no son simples etiquetas neutras pegadas sobre cosas. Lo verdaderamente relevante no es una palabra, sino lo que

ella significa. Comprender eso es muy importante para el estudio de la formación del cristianismo.

Al usar ciertas palabras, como por ejemplo, Cristo, resurrección, Espíritu Santo, los cristianos olvidan con facilidad que esas palabras no han conservado el mismo sentido durante dos mil años de cristianismo. Las palabras nunca son eternas, siempre están relacionadas con situaciones concretas y, por consiguiente, penetradas de emoción, miedo, interés, entusiasmo, agitación, alegría o paz. No se puede decir sin más que Pablo entiende en las palabras “Cristo se levantó de la muerte”, exactamente lo mismo que los obispos reunidos en la asamblea de Nicea en 325 entienden por “Creo en la resurrección de los muertos”. Es necesario averiguar con cuidado el sentido de las palabras en determinadas circunstancias.

Quienes afirman que sus palabras son eternas y escapan de la contingencia humana, son justamente quienes abusan de la palabra para alcanzar un dominio sobre sus semejantes. El ser humano, cuando tiene la oportunidad de hablar y ser oído, difícilmente escapa a la tentación de engañar al otro y de infligirle los más duros golpes por medio de la palabra. Existe sin duda el encuentro de las palabras, la amistad sincera y abierta, sin embargo eso es relativamente excepcional. La cotidianidad de la palabra (por la televisión, la prensa, la política, y también por la iglesia) muestra un panorama de abusos de ella en la perspectiva del poder, de la vanidad, del lucro, del provecho propio, en fin, del dominio de un ser humano sobre otro(s).

8. La palabra de Dios (1)

El futuro del cristianismo depende, entre otras cosas, de la disposición a denunciar y corregir abusos de la palabra sin importar de donde provengan. O sea, de restituir a la palabra su dignidad original. He aquí el sentido de la palabra de Dios. Ella no es más que una palabra correcta, simple, verdadera, que expresa lo que la cosa es, sin injerencia de intereses, vanidades, mentiras, poderes, arrogancias, preconceptos, voluntad de ejercer dominio sobre el otro. Es una palabra pura. Jesús sigue la antigua recomendación del Deuteronomio (Dt 8,3) cuando dice (Mt 4,4): “No solo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca de Dios”.

Lo que el ser humano más necesita es la palabra sincera y verdadera, no obstante esa palabra es una rareza en el mundo en que vivimos. Lo que oímos por todos los rincones son palabras abusadas, vale decir, utilizadas para fines no confesados. La situación en el tiempo de Jesús no era diferente: la propia palabra de Dios estaba siendo usurpada por grupos de interés.

Los escribas y separados se han sentado en la cátedra de Moisés [el hombre que dice las palabras de Dios]. Hagan lo que ellos les dicen y pongan sus palabras en práctica. Pero no miren lo que hacen, porque dicen una cosa y hacen otra (Mt 23,2-3).

Los escribas y los separados (fariseos), los más respetados entre los explicadores de la palabra de Dios, abusan de esta cuando tiranizan al pueblo con mil preceptos y, al mismo tiempo, sacan provecho de su posición de respeto popular. La solución, según Jesús, no consiste en rechazar las palabras de los escribas y separados, sino en analizar lo que ellas “quieren decir”.

Él es de una dureza sin comparación con los que abusan de la palabra:

El ser humano no se ensucia por lo que entra en su boca, sino por lo que de ella sale... Lo que entra por la boca sale por el vientre y termina en el excusado. Pero lo que sale de la boca viene directo del corazón: es por ahí que el ser humano queda sucio. Del corazón vienen los pensamientos de enemistad, los homicidios, los adulterios, las infidelidades, los robos, los perjurios, las blasfemias. He aquí lo que ensucia al ser humano, no el comer sin lavarse las manos (Mt 15,11ss.).

Y aún el siguiente trozo, directamente dirigido contra los explicadores de la palabra de Dios:

Ustedes son sepulcros de cal. Por fuera una belleza. Pero por dentro un montón de huesos de muertos e inmundicias. Ustedes son así: justos a los ojos de los otros, pero falsos por dentro y depravados (Mt 23,27-28).

Como más adelante veremos en este libro, la dificultad principal de la palabra de Dios consiste en el hecho que ella no es pronunciada para nada más informar a las personas, ella no constituye una “informática”, sino que está directamente dirigida a la acción. Ella es una práctica, atañe a la vida. No basta decir que

se la comprende, es necesario actuar. “Quien oye mis palabras sin ponerlas en práctica es como un bobo que construye su casa sobre la arena (Mt 7,26).

9. La palabra de Dios (2)

Un ejemplo claro de la palabra de Dios se conserva en la historia de Moisés tal cual está guardada en los libros bíblicos Génesis, Éxodo y Deuteronomio, que tratan de tradiciones orales hebreas acerca de una huída sensacional de un grupo de hebreos antiguos esclavizados en Egipto, su paso por el desierto y su llegada a la “tierra prometida”. Todos conocemos la historia: de un lado el faraón de Egipto, el hombre más poderoso del mundo, y del otro lado Iahweh, el pequeño dios tribal que habla en nombre de un grupo de esclavos de Goshen (Gessem: Gn 45-49 y Éx 8-9) y tiene como portavoz a un pastor llamado Moisés, nacido en Goshen en Egipto, como hijo de un pueblo trasladado y esclavizado. El pequeño sobrevive a la orden del faraón que manda matar a todos los niños de sexo masculino. Para salvarlo, su madre lo deposita en el río Nilo dentro de una cesta de papiro. La hija del faraón salva al niño y lo educa como a su propio hijo. Ya adulto, Moisés hiere de muerte a un egipcio que mató a un compañero suyo y huye lejos como criminal asesino. Cuida ovejas cuando Iahweh se le aparece en un arbusto en Horeb:

Yo vi la miseria de mi pueblo, oí su clamor, pues conozco sus angustias. Por eso bajé a fin de liberarlo de la mano de los egipcios (Éx 3,7-8).

He aquí una genuina palabra de Dios, que escapa por completo a lo que se espera de un Dios del Medio Oriente. En efecto, ya que allí Dios debe permanecer sentado en un trono y hablar por medio de emisarios, no acostumbra intervenir personalmente en asuntos de orden social. De manera inusitada, esa palabra transforma al pastor Moisés en un líder que logra convertir, mediante un trabajo que le consume la vida, una miserable porción de gente sin ninguna formación en un pueblo cuya briososa memoria atraviesa los siglos. Moisés no teme enfrentar al propio faraón. Se inicia una extraña discusión. Al principio, el faraón no presta mucha atención a las amenazas proferidas por Moisés, no obstante, después de sentir

la fuerza devastadora de las diez plagas, cede y deja a los esclavos hebreos salir de Egipto.

Hasta aquí el resumen de las narraciones que corren durante siglos de boca en boca, en casa, en el camino, en los santuarios y en torno a las tumbas de los patriarcas, y que finalmente queda escrito en la Torá. No tenemos motivos para negarles una base histórica, con todo, lo que impresiona es la fuerza histórica de la palabra de Dios tal cual aparece en las empresas de Moisés, en especial en el decálogo, una ley que hasta hoy marca profundamente la cultura occidental, y no solo al propio pueblo de Israel que perdura hasta nuestros días.

10. La palabra de Dios (3)

La palabra de Dios no se restringe al pueblo hebreo a través de la Biblia, o al pueblo cristiano a través del evangelio. Ella resuena en todos los pueblos y todas las culturas.

Damos aquí apenas un ejemplo, de un pasado muy remoto. En el antiguo Irán vivió un hombre, llamado Zaratustra (que algunos llaman Zoroastro), quien fue el primero en superar la religión puramente ritual de su pueblo y apelar a la responsabilidad personal. Vivió entre los años 628 y 551 a. C. y fue el fundador de la religión nacional persa, llamada zoroastrismo, que marcó el imperio persa hasta los tiempos de Mahoma, en 636 d. C. Su pensamiento religioso influyó el judaísmo, así como diversas corrientes religiosas existentes en el mundo helenista y mediterráneo: el platonismo y neoplatonismo, el estoicismo, el pitagorismo, lo mismo que ciertos movimientos dentro del cristianismo emergente como, por ejemplo, el monaquismo. El monaquismo cristiano debe mucho a Zaratustra.

La oposición entre religiones de responsabilidad como el zoroastrismo, el judaísmo, el cristianismo y más tarde el islamismo, de un lado, y las religiones de respeto, más blandas y menos “oposicionistas” como el hinduismo, el budismo, el taoísmo, las religiones africanas y de la América precolombina, constituye quizá el contraste más notable de la historia de las religiones. Zaratustra está en el origen de esa oposición, pues creó una religión de decisión que supera la tradicional religión de etiqueta, que tiende a reducir la ética a algunas formas rituales mezquinas. El profeta iraní, por el contrario, coloca al ser humano en su verdadera posición: la de

un ser capaz de tomar decisiones. He aquí, por fin, la idea de la vocación.

Presento aquí dos pequeños textos atribuidos a Zaratustra y pregunto a ustedes: ¿son o no son palabra de Dios?

Yo apruebo buenos pensamientos, buenas palabras y buenas acciones; yo acepto buenos pensamientos, buenas palabras y buenas acciones; yo renuncio a malos pensamientos, malas palabras y malas acciones.

Escuche las cosas buenas, considérelas con pensamiento claro, para poder decidir entre las dos creencias existentes. Pues los dos espíritus primordiales que se revelan como gemelos, son el bien y el mal, en pensamiento, palabra y acción. Y entre ambos los entendidos escogen lo verdadero, los bobos no.

Segunda Parte

Pablo

11. La primera literatura cristiana

Las cuatro cartas seguramente auténticas de Pablo (Rm, 1Co, Gl y 1Ts) constituyen la primera literatura cristiana. Fueron escritas aproximadamente veinte años después de la muerte de Jesús y veinte o incluso más años antes de los evangelios. Son de cierta forma más importantes que los evangelios para entender el cristianismo en su originalidad. Ellas no presentan una biografía de Jesús, sino que enuncian por primera vez palabras hoy corrientes entre cristianos, que fueron asimiladas por el cristianismo. La literatura paulina constituye el primer vocabulario cristiano, la primera declaración de identidad cristiana.

La primera Carta a los Tesalonicenses es el más antiguo documento cristiano conocido y, al mismo tiempo, el primer texto cristiano referente a Europa, probablemente redactado en el verano del año 51. En la ciudad griega de Tesalónica, hoy llamada Salónica, Pablo tiene sus primeros éxitos y declara que ama a esos cristianos como una madre ama a sus hijos. La primera Carta a los Corintios, el segundo documento que poseemos, fue escrita en el invierno (calmo) de 54, mientras el tercer documento es la Carta a los Romanos y el cuarto la Carta a los Gálatas, ambas de mediados de la década de los cincuenta. Además, es generalmente reconocida la autenticidad de la breve e informal Carta a Filemón (Flm), que debe ser situada entre 52 y 55.

No es el caso discutir aquí cómo se llega a tal consenso sobre la autenticidad, que excluye a nueve de las catorce cartas atribuidas a Pablo. Este es un asunto de especialistas (como Helmut Koester, el principal innovador en la cuestión de la datación de los primeros documentos cristianos). Es verdad que las ediciones del Nuevo Testamento contienen catorce cartas de Pablo, sin embargo hoy sabemos que nueve de ellas son redactadas, sea por algún

discípulo que usa su nombre para conseguir una autoridad mayor frente a sus lectores, o, ya en el siglo II, por algún presbítero que de ese modo piensa adaptar la enseñanza del gran apóstol al cambio de los tiempos, como es el caso de las cartas a los Efesios y a los Colosenses. Sabemos igualmente que las así llamadas “cartas pastorales” son, en realidad, redactadas después del año 120. El pensamiento de Pablo y la forma en que lo expresa son tan incitantes, que ya en vida él es imitado y acaba, tal vez sin quererlo, formando una escuela literaria, la así denominada “escuela paulina”.

Un detalle aún: es en la época del invierno que Pablo acostumbra entrar en contacto con los núcleos formados por él y sus compañeros. Busca de esa manera acompañar los minúsculos núcleos (de unas decenas de personas) que logró formar a lo largo de los catorce años que anduvo por el interior de la actual Turquía y a lo largo de la faja litoral de Macedonia y de Grecia, en la región del Mar Mediterráneo. Todo muy modesto, oculto y desconocido por las autoridades.

Leer a Pablo es una gran experiencia. Es fascinante, por ejemplo, zambullirse en el mundo de la Carta a los Romanos con su prosa difícil, densa, existencialista, aunque poderosa al extremo. Sin embargo, es recomendable leer los términos originales. “Ungido” en vez de “Cristo”, “Soplo Santo” en vez de “Espíritu Santo”. Voy a usar aquí los términos más próximos al griego original para que ustedes puedan tener la sensación que un autor como Pablo es capaz de provocar, y cómo de la literatura paulina emerge un Jesús extremadamente dinámico, una persona enviada por Dios para practicar grandes cosas en el mundo. He aquí el gran arte de Pablo: crear metáforas que impulsan el coraje, la acción valiente, la transformación de sí mismo(a), de las personas, del mundo.

12. Los que no cuentan

Los cuatro puntos del evangelio de Pablo antes señalados se aplican a las situaciones concretas vividas por los minúsculos grupos de militantes con los que él mantiene correspondencia, no se aplican automáticamente a todas las situaciones posibles e imaginables. Con Pablo penetramos en el ambiente real del cristianismo vivido en el Medio Oriente y en las márgenes del Mediterráneo oriental alrededor del año 50. Es el duro mundo

del trabajo, el mundo del huso, del arado, de la fuente de agua, del taller de quien manufactura tejidos, las callejuelas estrechas y malolientes de Antioquía, el hedor de las calles en los barrios pantanosos en torno al río Tíber en Roma.

Sobre esta última ciudad disponemos de datos: la mitad de los habitantes (1.500.000) son esclavos. Ellos no hacen parte de la famosa inscripción *Senatus populusque romanus* (el Senado y el pueblo romano). El término *populus* designa a los libres, nunca a los esclavos. Ese es el “pueblo” que recibe, hasta la época de Diocleciano, a comienzos del siglo IV, distribuciones gratuitas de sal, aceite, vino y vestimentas. Pero los humiliores (humildes, un eufemismo para esclavos) están fuera de las palabras y de las estadísticas. Pablo los conoce bien cuando escribe a los militantes en Corinto:

Hay entre ustedes pocos sabios, pocos poderosos, pocos nobles. Por el contrario, lo que es locura en el mundo, Dios lo escogió para avergonzar a los sabios. Lo débil del mundo, Dios lo escogió para avergonzar a la fuerza, lo más común del mundo, lo que todos desprecian. Dios escogió lo que no es nada y dejó de lado lo que es (1Cor 1,26-29).

Esta cita expresa uno de los méritos duraderos del movimiento de Jesús: el haber arrancado a los trabajadores de los silencios milenarios en que estaban envueltos y haberlos colocado en el escenario de la historia. Eso, al menos, es ya gran cosa. Las cartas de Pablo constituyen la primera reflexión profunda sobre el trabajo y los trabajadores en la historia de la literatura. Es dentro de una perspectiva obrera que leemos sus cartas. Así superamos la idea pintoresca e idílica de un Jesús “poeta de la pobreza”, alguien que no pertenece al mundo del trabajo sino que lo contempla desde afuera: la mujer que barre el suelo, el pastor que cuida de las ovejas, el pescador que echa la red, el campesino que siembra. No es de ese modo que Pablo contempla el mundo del trabajo.

13. Pablo en medio del silencio esclavo

El historiador irlandés Peter Brown, radicado en los Estados Unidos, describe bien cómo la esclavitud marca la sociedad del imperio romano: “El hecho fundamental de la sociedad romana es la convicción de que existe una distancia social insuperable entre

los notables 'bien-nacidos' y sus inferiores"¹. Existe una frontera que nadie atraviesa. La persona de clase A no se va a exponer frente a un esclavo, ni a dialogar con él, ya que la sociedad le susurra a cada momento en el oído: "Sepa mantener las distancias. No se mezcle con genticilla". El esclavo es como un perro o un caballo: en caso de que sirva bien y dé satisfacción al dueño, es bien visto y hasta amado. En caso contrario, es rechazado y tiene que enfrentar un sufrimiento sin fin. El esclavo tiene que ser útil. El trabajo esclavo es "natural", pertenece al orden de la naturaleza. No es propiamente trabajo, es una acción de la naturaleza. Loable es el dueño de esclavos que los hace trabajar mucho. Es un buen educador.

Si contemplamos ahora el otro lado de la moneda y estudiamos la vida de los esclavos, nada más divisamos violencia. Porque, bajo una capa de civilización, la sociedad romana es en extremo violenta. Las fricciones entre esclavos y señores son constantes, aunque solo muy raramente aparecen en los documentos. Todo se mantiene en silencio. Los dueños tienen el derecho adquirido de matar a sus esclavos, pero lo que acontece a cada instante es que los matan por la uña, mediante una enraizada insensibilidad cultural. El resultado es la muy breve vida de los esclavos y una gran incidencia de suicidios entre ellos. Mueren antes de tiempo.

En ese mundo oscuro y pesado, la religión es la única luz, a veces la última trinchera, el último escondrijo donde el esclavo y el liberto puedan recuperar algo de la identidad perdida. Es verdad que el teatro, el circo, la arena, ejercen especial atracción sobre el esclavo y lo hacen de cierta forma olvidar su desgracia. No obstante, es sobre todo la religión la que ejerce esa función de última trinchera. Ella ofrece una oportunidad de dignificación, por parte del esclavo, así como de recomposición de la identidad y del gusto por la vida.

He aquí el contexto en el que crecen los grupos formados por Pablo en ciudades como Roma, Corinto, Tesalónica, lo mismo que en Galacia. Ellos viven inmersos en un mundo donde la esclavitud aparece ante todos como una evidencia social sancionada por un orden jurídico. ¡Imaginense el impacto del evangelio de Pablo sobre libertad, desobediencia, intrepidez, cuidado y universalismo en esos ambientes!

¹ História da Vida Privada. São Paulo, Companhia das Letras, 1990, vol. 1, pág. 230.

14. El sopro de Dios sobre los esclavos

Las palabras ardientes de Pablo hacen que el sopro de Dios pase sobre el mundo de los esclavos en Roma, Corinto, Tesalónica y Galacia. Como fariseo, él es heredero de un rico vocabulario bíblico que usa abundantemente el término "sopro" (ruah en hebreo, pneuma en griego, spiritus en latín). Esa linda imagen proviene en su origen de la experiencia del desierto, que por así decirlo moldeó la cultura semita. Una de las memorias más notables es la del viento, que susurra palabras en los oídos durante las largas caminatas, pero que a veces se levanta en peligrosa tempestad. El viento es poder de Dios, invisible, imprevisible, libre y poderoso, habla sereno o lo revienta todo en un estruendo terrible. El viento, la respiración, el aliento de vida, el ímpetu, dinamismo, ardor, voluntad y coraje. El poeta Isaías tiene versos maravillosos sobre el sopro de Dios:

Su sopro es como río en la creciente
que sube hasta el cuello (Is 30,28).

Como el río en una garganta (en un estrecho)
Empujado por un viento impetuoso (Is 59, 19).

En uno de los pasajes más bonitos de la Biblia, el profeta Elías no logra sentir la presencia de Dios en la tempestad, ni en el temblor de la tierra, ni en el fuego, aunque sí en un sopro de fino silencio que siente pasar por el rostro, cuando está sentado a la entrada de una caverna (1 R 19,12).

Para Pablo, el tiempo de Jesús es el tiempo del sopro de Dios: "Dios envió a nuestros corazones el sopro de su Hijo que grita: ¡Abbá, Padre!" (Gl 4,6). Por eso Jesús manda apóstoles por el mundo, para actuar en la fuerza del sopro de Dios, como dice el profeta Joel: "...derramaré mi sopro sobre toda carne" (Jl 3,1). Lo mismo hace Jesús con los apóstoles. "Él sopla sobre ellos y les dice: 'Reciban el Sopro Santo'" (Jn 20,22). Esos apóstoles hacen discípulos y bautizan "en el nombre del Padre, del Hijo y del Sopro Santo" (Mt 28,19). El bautismo demuestra que el sopro de Dios no es restrictivo, no es una prerrogativa ni de Jesús ni de los apóstoles, es una fuerza destinada a derramarse por el mundo. "Quien se deja llevar por el sopro de Dios es hijo de Dios" (Rm 8,14).

15. Más sobre el soplo de Dios

Jesús viene a inaugurar los tiempos en que el soplo de Dios se torna suave, pese a que permanece fuerte. En adelante impera la blandura: “Vean, yo los envió como ovejas en medio de lobos. Sean, por tanto, prudentes como serpientes y sencillos como palomas” (Mt 10,16). Las palomas arrullan (Is 59,11), no gritan. Su arrullo es de paz (Is 60,8). Los tiempos del miedo y de la esclavitud terminaron: “Ustedes no recibieron el soplo de esclavos para tener miedo, sino el soplo de adopción, por el cual clamamos: ¡Abbá, Padre!” (Rm 8,15). Es un soplo que no asusta, sino que consuela y defiende a los que no disponen de algún abogado y que interviene por la persona necesitada “con gemidos inefables” (Rm 8,26). “Dios envió a nuestros corazones el soplo de su Hijo que grita: ¡Abbá, Padre!” (Gl 4,6).

Cuando Jesús va a la sinagoga de su tierra natal y toma el rollo de las Escrituras para leer un pasaje, escoge el siguiente texto:

Un soplo del Señor está sobre mí.
Por él fui enviado para anunciar
una buena nueva a los pobres.
Yo declaro a los prisioneros su liberación.
A los ciegos la vista.
A los oprimidos la libertad.
Yo vengo a declarar públicamente
un año de gracia del Señor (Lc 4,18s.).

Imagínense el impacto de palabras como éstas en un mundo de esclavitud y de opresión social.

Todos son capaces de hacer lo que Jesús hizo:

Y si el Soplo de Aquel que levantó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, Aquel que hizo erguirse a Jesús dará también la vida a sus cuerpos mortales, por el mismo soplo que habita en ustedes (Rm 8,11).

Aquí se trata de energía y coraje, no de “vida eterna”. Es bueno observar la diferencia (véase el primer capítulo de este libro: Saber leer).

16. “Cristo” o “Ungido”

En la lectura de las cartas paulinas, lo importante reside en comprender lo que el autor quiere decir. Es el caso, por ejemplo, de la palabra “cristo”. Hoy todos hablan de “Jesucristo”, no obstante pocos recuerdan lo que Pablo quiere decir cuando escribe que Jesús de Nazaret es el “ungido de Dios”. Al hablar de esa manera él provoca una verdadera revolución en la cabeza de los militantes en Tesalónica, Corinto o Roma. Y es que los minúsculos agrupamientos cristianos establecidos en esas ciudades viven tiempos de desánimo y abatimiento. Después de la terrible muerte de Jesús, muchos dejan el movimiento (véase el episodio de los discípulos de Emaús). Luego, el hecho de que Pablo llame al derrotado y crucificado Jesús, “ungido” (mesías en hebreo, cristo en griego), y eso en un tono solemne, casi triunfal, en realmente extraordinario. ¿Cómo hablar de un derrotado como si fuese un victorioso? ¿Cómo valorar tanto a un vergonzosamente crucificado, a un criminal a los ojos de muchos?

“Ungido” es un término optimista, positivo, en la literatura bíblica. Llamar a alguien “ungido” equivale a colocarlo en el más alto escalón de la consideración social. El término se aplica a un líder victorioso, a un sacerdote que habla en nombre de Dios, a un rey como David. Este último, la figura más simpática de la Biblia, es tres veces unguido. Gracias a la fuerza de la unción derrota al gigante Goliat y, después de muchas aventuras, llega a ser rey de Israel. David es un rey perfecto, lleno de pasión y ternura, generosidad y altivez, prudencia e intrepidez, romanticismo y estrategia. Pastor y rey, poeta y profeta, sacerdote y estadista, el gran héroe nacional.

Pablo eleva la figura de Jesús al alto escalón en que se posiciona el rey David. Para él, Jesús es un segundo David. Los evangelios, inspirados por Pablo, repiten: Jesús es “de la casa de David, de la familia de David” (Mc 12,35). De las cartas paulinas emerge un Jesús esplendoroso, impregnado del aceite de la fuerza y de la victoria, intrépido, valiente y victorioso, todo eso en vivo contraste con el clima de desánimo reinante. El crucificado se convierte en un león invencible:

No llore más: Él venció, el león de David,
el vástago de David (Ap 5,5).

No hay que llorar más ni desanimarse, pues

Ya no soy yo el que vivo,
es el Ungido quien vive en mí (Gl 2,20).

La mejor manera de captar el sentido de las palabras paulinas consiste en ahondar en las circunstancias en que fueron usadas por primera vez. Es el caso de Jesús Ungido.

17. La sinagoga disidente

Cuando tratamos de saber con cierto rigor científico cómo se originó el cristianismo, nos enfrentamos con diversas explicaciones. Unos dicen que Jesús fundó la iglesia tal cual la conocemos hoy y que, por consiguiente, San Pedro fue el primer Papa. La iglesia sería la expresión más legítima de la idea de Jesús. Esa es la explicación católica clásica. Otros dicen que él suscitó un nuevo movimiento dentro del judaísmo, una "sinagoga disidente". De ella habría surgido pronto la iglesia cristiana, tal cual la conocemos hoy, en el transcurso del siglo II.

Esa segunda explicación comenzó a ser propuesta por estudiosos protestantes a principios del siglo XX. Ellos tuvieron que luchar con la oposición dentro de sus iglesias, aun así su tesis ganó siempre más adeptos y hoy es aceptada con relativa tranquilidad en el seno del protestantismo histórico. En el campo católico la cosa fue más difícil. Un sacerdote francés, Alfred Loisy, planteó en el inicio del siglo XX la tesis de que Jesús no sería el fundador de la iglesia, sino el iniciador de un nuevo movimiento en el seno del judaísmo, el movimiento evangélico. De él es la frase: "Jesús predicó el evangelio, pero lo que nació fue la iglesia". Loisy sufrió mucho por causa de su posición, fue humillado y se le prohibió enseñar en instituciones de la iglesia. Murió aislado de sus colegas. Con todo, su tesis ha triunfado, por lo menos entre los estudiosos de la historia de los orígenes del cristianismo.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el debate adquirió una nueva y fecunda dimensión debido a la entrada en el campo de historiadores judíos, quienes insisten cada vez más en el carácter judío del movimiento de Jesús. Este movimiento se habría originado dentro del mundo farisaico de la época. El foco se desplazó luego hacia la sinagoga y así apareció de modo paulatino el carácter sinagogal de las primeras experiencias cristianas, claramente de las experiencias de Pablo en el Medio Oriente y en el mundo mediterráneo.

Proponemos entonces definir el cristianismo emergente como una "sinagoga disidente" en el seno de un judaísmo muy diversificado, una disidencia del fariseísmo que a su vez ya es disidente en relación al judaísmo tradicional, "al pie de la letra", de la Torá. La sinagoga, controlada por los fariseos, ejercía una considerable fuerza de atracción sobre personas que deseaban una vida religiosa más profunda, como el monoteísmo, la ética proveniente de las reformas de Moisés y el culto despojado de pompas rituales, centrado en la lectura de textos. Aun así el fariseísmo conservaba algunos de los aspectos más antipáticos del judaísmo como las restricciones alimentarias y la circuncisión, aunque es posible que mucha gente las haya pasado por alto con facilidad, o bien que haya encontrado interesantes y "exóticos" tales usos. Sea como fuere, el movimiento fariseo es mucho más abierto que el de los saduceos (muy tradicionalista), al igual que el de los esenios (marcado por nacionalismo, clericalismo, rigorismo y legalismo).

El cristianismo supera al fariseísmo por su universalismo. Para los cristianos, lo que importa es la persona humana, cualquiera sea su condición social, su color, su religión, su opinión política, su nacionalidad. El cristianismo no es ni nacionalista, ni clerical, ni rigorista ni legalista, sino francamente universalista, abierto a todos. Se destaca frente al fariseísmo principalmente por su decidida postura antilegalista. Es una sinagoga diferente, una "sinagoga disidente", y permanece así hasta el siglo II, cuando se va delineando el modelo de una iglesia cristiana separada de la sinagoga. Podemos afirmar: el cristianismo es una flor que brota en la plantación sinagogal.

18. De todos los rincones del mundo (1)

¿Cómo imaginarse esa "sinagoga disidente"? Tenemos una información preciosa en los Hechos de los Apóstoles, escritos hacia el año 120. Allí se encuentra un listado impresionante de las personas que oyeron en Jerusalén la palabra de Pedro el día de Pentecostés. He aquí el texto (Hch 2,8-11):

¿Cómo es, pues, que los oímos hablar, cada uno de nosotros en la propia lengua en que nacimos? Partos, medos y elamitas, habitantes de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y de Asia, de Frigia y de Panfilia, de Egipto y de las regiones de

Libia próximas a Cirene; romanos que aquí residen, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, todos los oímos predicar en nuestras propias lenguas las maravillas de Dios.

Están enlistadas aquí quince regiones del mundo semita. De ellas provienen los peregrinos que vinieron a Jerusalén con ocasión de las fiestas y ahora escuchan la palabra de Pedro. ¿De dónde son ellos?

1. Los partos viven donde hoy quedan Irán y Afganistán. Esos peregrinos partos vienen de muy lejos, de la región entre el río Éufrates y el río Indo, entre el río Oxo (hoy Amu Daria) y el Océano Índico. Recorren una inmensa distancia para llegar a Jerusalén.
2. Media es una antigua región de Asia que corresponde al nordeste del actual Irán. Los habitantes, conocidos como medas, y sus vecinos los persas, forman un solo pueblo en el tiempo en que surge el cristianismo.
3. Los elamitas son nativos de Elam, una antigua región del nordeste de Asia, al este del río Tigris, también en el actual Irán.
4. Mesopotamia es el nombre que los antiguos griegos daban a toda la región entre los ríos Tigris y Éufrates, en la cual florecieron diversas culturas, como Asiria y Babilonia.
5. Los que vienen de Judea son los que viajaron menos, pues Jerusalén queda en Judea.
6. Capadocia, por el contrario, queda lejos, en el este de Asia Menor, del actual Mar Negro hasta las montañas Tauro en la actual Turquía.
7. El Ponto también queda lejos, se extiende desde Paflagonia en el oeste hasta Armenia en el este. Los límites al sur son las montañas Ante-Tauro. El territorio corresponde al moderno Trabzon y Sivas, en Turquía.
8. En cuanto al Asia Menor de los antiguos, ella corresponde a la actual Turquía asiática, o a la península de Anatolia.
9. Frigia es hoy igualmente una región de Turquía. En los tiempos de Jesús es una región rica, con cultivo de uvas en gran extensión. Su mármol es célebre, así como su sentido de libertad.
10. Panfilia queda en la costa sur de Asia Menor, entre Galicia y Cilicia, hoy Turquía. Como muchas otras regiones, pasa sucesivamente por las manos de grandes imperios como Asiria,

Babilonia, Persia, Macedonia, la dinastía seléucida, Pérgamo y finalmente Roma.

11. En Egipto hay grandes concentraciones de judíos, especialmente en la ciudad de Alejandría.
12. Las colonias de Libia, próximas a Cirene, son fundadas por los fenicios y están en manos de los romanos.
13. Los romanos son judíos o simpatizantes del judaísmo que consiguieron la ciudadanía romana.
14. La isla de Creta, en el tiempo del surgimiento del cristianismo, está también en manos de los romanos.
15. Y, por último, los árabes, en realidad judíos que viven en Arabia, la península originaria de los semitas. Esos judíos esparcieron su cultura no solamente por Mesopotamia en el este, sino asimismo por Siria en el oeste.

19. De todos los rincones del mundo (2)

Lo extraño del relato de Hch 2,8-11 es que todos, provenientes de tierras tan distantes entre sí y hablando tantas lenguas, comprenden lo que Pedro dice. Se trata de una linda metáfora, según la manera de hablar de los semitas, que significa: "Estamos entendiendo lo que este hombre quiere decir. Él no es de aquellos que dicen que el judaísmo tiene que quedar cerrado sobre la nación judía. El mensaje de Moisés es para todos, para toda la humanidad". He aquí un pensamiento que brota de las sinagogas desparramadas por el mundo. No es un pensamiento que proviene de los saduceos, quienes se agarran con uñas y dientes a la tradición mosaica entendida de manera estricta, es un pensamiento abierto a los cuatro vientos.

Después del exilio de la aristocracia judía en Babilonia (en el siglo VI a. C.), muchas familias judías no regresaron a Palestina sino que se desparramaron en "diáspora" (en griego: dispersión) por las ciudades del mundo oriental, desde el actual Irán hasta la actual Turquía. Son los así llamados "extranjeros" que no aceptan la religión del lugar donde viven, pues son monoteístas y siguen la ley de Moisés. Para mantener su religión, ellos se siguen reuniendo entre sí. Esa reunión se llama "sinagoga" (en griego: reunión). En muchas regiones esos judíos no gozan de buena reputación y por eso mantienen un vínculo muy fuerte entre sí. El horizonte de la diáspora es inmenso y la sinagoga permite que los judíos engendren

una cultura fuerte sin el apoyo estatal o de las autoridades locales. Las sinagogas permanecen autónomas, son asociaciones libres de personas, con una envidiable estructura democrática.

En tiempos de Jesús, la experiencia de quinientos años de sinagoga brinda condiciones al judaísmo farisaico de esparcirse en la inmensidad de un mundo que va desde Irán, Mesopotamia y el interior de Egipto hasta más allá del “muro de Adriano” en la Bretaña, Escocia e Irlanda. El judaísmo alcanza regiones donde ni los soldados de Alejandro Magno (siglo IV a. C.), ni los romanos, pisaron. Las personas que se encuentran frente a Pedro en el día de Pentecostés vienen de todos los rincones del mundo oriental, son judíos “sinagogales” por larga tradición, formados por el modo sinagogal de reunirse y vivir la religión, o bien simpatizantes del judaísmo, personas que admiran la forma de vivir de los judíos.

20. ¿Quiénes son los extranjeros de la diáspora?

Ahora bien, el autor de los Hechos de los Apóstoles no es el único que menciona gente de tanta procedencia reuniéndose delante de Pedro el día de Pentecostés. El presbítero anónimo que se oculta bajo el nombre del apóstol Pedro y escribe hacia el año 100, comienza su carta de la siguiente manera: “Pedro, apóstol de Jesucristo, a los extranjeros de la diáspora: del Ponto, de Galacia, de Capadocia, de Asia y de Bitinia... (1Pedro 1,1). Él cita las mismas regiones, todas de cultura semita, que refieren los Hechos. Solamente agrega Galacia, una región de Asia Menor.

Otro detalle: él habla de “extranjeros”. ¿Cómo entender esto? Los judíos son considerados “extranjeros” en las ciudades donde se reúnen en sinagoga. En ambientes de hostilidad, discriminación y marginación, la sinagoga muestra su eficiencia. Ahora que, la discriminación no comprende solo motivos culturales. Entra igualmente la discriminación social. La primera Carta de Pedro muestra que en la sinagoga hay gente proveniente de las regiones orientales del imperio, que pasa “algún tiempo” en Roma como empleado doméstico (2,18) o esclava en casas de familias romanas (3,1), los más afortunados como artesanos o pequeños comerciantes.

Hay en el seno del imperio romano un fuerte movimiento de migración interna de gente expulsada de sus tierras por causa de la especulación en torno a las tierras productivas. La ley no

protege a ese pueblo “parroquial” (pues el término griego paroikos significa “migrante”. De ahí viene la palabra “parroquia”) (1,17 de la carta, véase también Ef 2,19), un pueblo que anda de allá para acá, abandonado a su propia suerte. Roma es un polo de atracción para ese pueblo: ahí hay empleo.

Cuando esa gente llega a Roma, es acogida en la sinagoga. Allí existen las buenas cosas de la vida: la limosna, el ayuno, la oración, la cena, las fiestas. Se organiza una asistencia regular a los necesitados a través de ofrendas voluntarias o de otras formas. Tenemos un insight interesante en una comunidad cristiana en Asia Menor entre 180 y 190 recogido en los “Hechos de Pedro” que menciona esclavos, viudas pobres, un soldado romano y su esposa, las “matronas” que ayudan a la comunidad, dos senadores que donan seis mil piezas de oro para las viudas de la comunidad, otro senador cuya casa acoge a los viajeros de paso, los pobres y los huérfanos. Una dama afortunada ofrece diez mil denarios para ayudar a los pobres. Vale la pena leer esos “Hechos de Pedro”.

Hoy, la sinagoga ya tiene 2.500 años de vida y no muestra todavía señales de envejecimiento, por ser una creación muy original, una organización que evita los defectos habituales de las instituciones religiosas: el clericalismo, la burocratización, el corporativismo, la separación entre clérigos (que saben) y laicos (que no saben). En la sinagoga todos saben, el rabino apenas dirige, conserva y lee los textos, deja a todos al libre albedrío para interpretar. La sinagoga no complica nada: sigue el modelo tradicional judío, adaptándolo a las condiciones concretas. No reconoce centro decisorio fuera de la propia comunidad local. No tiene obispo ni papa para controlar las cosas. La sinagoga ofrece una organización básica; reuniones al menos una vez por semana; calendarios de fiestas anuales; celebración de cultos con alternancia de oraciones fijas, lecturas, exhortaciones, salmos; el bautismo; cuidados comunitarios a los viejos y enfermos; un consejo de ancianos presidido por un líder con autoridad sobre toda la comunidad; contacto regular con otras comunidades; discusión sobre eventuales herejías; ayuda financiera mutua. Podemos decir que la iglesia cristiana, en términos organizativos, es de cierta modo una copia de la sinagoga.

21. Pentecostés y pentecostalismo

Los Hechos de los Apóstoles registran con entusiasmo el crecimiento numérico del movimiento: en el inicio eran 120 (1,15),

después del discurso de Pedro en Pentecostés el número saltó a 3.000 (2,14), y luego llegó a 5.000 (4,4). Lucas: "Adherían al Señor multitud de hombres y mujeres" (5,14); "La multitud de los que habían creído era un solo corazón y una sola alma" (4,32). Incluso hay sacerdotes que adhieren, y en gran número (6,7). "El número de los discípulos se multiplicaba enormemente en Jerusalén" (6,7). Esa "considerable multitud" (11,24) fue llamada luego "iglesia", una gran asamblea: "Las iglesias crecían en número, de día en día" (16,5).

Este cuadro puede ser un tanto exagerado, puesto que Lucas gusta de dramatizar, pero no se puede negar que el movimiento de Jesús inicia una nueva experiencia en el seno del judaísmo. Él es lo contrario de la religión de los burócratas del templo, de los fariseos y saduceos, escribas y doctores de la ley. El Sopló Santo involucra a campesinos, pescadores y publicanos, mujeres y niños, todos ignorantes, pecadores en opinión de muchos judíos tradicionales.

Pentecostés es una experiencia mística: el Sopló Santo desciende en "lenguas de fuego" y da fuerzas para que los apóstoles afirmen en la plaza pública la novedad de Jesús. ¿Cuál novedad? Es simple: un nuevo modo de vivir, un clima de fraternidad, acogimiento, atención a los pequeños y rechazados de este mundo, entusiasmo entre las clases más pobres, en las ciudades y en los campos por donde el movimiento se difunda. He aquí la gran señal del Sopló Santo. Se trata de un pentecostalismo. Por este término entendemos la comprensión de la religión como una fuerte experiencia emocional. Muchas religiones tienen dimensión pentecostal.

Se puede criticar el relato de Lucas en los Hechos de los Apóstoles. Es un relato bastante artificial, redactado en estilo dramático y triunfalista. Está repleto de generalidades. Aun así no se puede negar que ese relato define bien lo que pasa en el interior de las personas que se dejan emocionar por el movimiento de Jesús. A lo largo de los siglos, Pentecostés significa emoción, un paradigma fundamental en el movimiento de Jesús. Pentecostés es una irrupción violenta de Dios en la vida, una gran experiencia. No se trata del seguimiento de una doctrina recibida de algún maestro, o de una misión a ser realizada en nombre suyo, mucho menos todavía de un código moral a ser seguido, o de una celebración ritual. Se trata de un fuerte impacto religioso que contagia a las personas.

En estos dos mil años, Pentecostés fue revivido numerosas veces en medio de las historias de opresión, discriminación, sufrimiento, exclusión. La religiosidad de los excluidos es pente-

costal. El cristianismo aparece antes como entusiasmo y energía que como doctrina, rito o sacramento. Las exageraciones de los Hechos de los Apóstoles son sintomáticas de la exaltación con que los militantes de Antioquía, Cesarea y Jerusalén deben haber contado sus experiencias. El judaísmo formal, hipócrita, sacerdotal y legalista no tiene nada más que ofrecerles, como bien recuerda Pedro en su discurso (Hch 2,14-36): "Nosotros somos el Nuevo Israel y la prueba de esto es la resurrección de Jesús. Ustedes se equivocaron (al matarlo)".

22. El joven movimiento cristiano

Como muestra la narración de Pentecostés, de repente el joven movimiento cristiano se encuentra desparramado por el vasto mundo. La pérdida del templo y de la ciudad de Jerusalén como referencia, por sucesivos golpes entre los años 70 y 135, cambia los rumbos, no solo del judaísmo, sino igualmente del joven movimiento cristiano.

Para los judíos es un desastre, ya que con la eliminación de Jerusalén como centro religioso, las familias sacerdotales hereditarias y la alta clase judía se arruinan definitivamente. Surge entonces la posibilidad histórica de las sinagogas independientes con sus rabinos. Así, entre los años 70 y 200 emerge un judaísmo rabínico que perdura hasta hoy. En él el rabino toma el lugar del sacerdote ligado al templo. Es el hombre del libro, el "maestro" (rav), conocedor de las letras de la Torá y más tarde del Talmud, el sabio (chacham) de la comunidad. En rigor no es "líder" ni detenta ningún poder más allá del poder de la palabra que interpreta. Pues en la sinagoga la palabra reina soberana. No recibe pago por su enseñanza, porque la palabra de Dios es gratuita. Tiene que contar con una profesión para sustentarse. En la actualidad muchos rabinos son asalariados de las sinagogas, no en pago de servicios religiosos, sino como compensación financiera en el caso que no tengan condiciones de ejercer otra profesión además de la palabra de Dios. El rabino es, ante todo, un hombre del raciocinio y de la palabra, no del rito. Un "profeta", un "maestro". No corresponde, por tanto, al clérigo en el cristianismo. Técnicamente es "laico", sin mayores poderes que los demás participantes de la sinagoga.

El cristianismo naciente tiene mucho de rabínico. El primer período de su historia es el de los maestros (profetas, rabinos)

como Pablo, Juan, Hermas, Marción, Valentino, Justino y muchos otros. Es un cristianismo de maestros y discípulos, no una iglesia en el sentido actual.

Con la destrucción de Jerusalén como centro religioso, el joven movimiento abandona Palestina, deja de trabajar con apóstoles llamados para curar enfermos y expulsar demonios. En la diáspora el cristianismo comienza a actuar en medio de familias a un ritmo más bien lento. Se esconde, por así decirlo, en el anonimato. En adelante se trata de textos menores, provenientes del mundo anónimo de las comunidades como cartas, evangelios apócrifos, hechos de los apóstoles (igualmente apócrifos), apocalipsis, visiones, en fin, una vasta literatura hasta hoy poco conocida. De ella surge un cristianismo vinculado a la vida en las familias, donde se aprende a hablar menos y a escuchar más, a luchar para ganar el pan de cada día, preparar los alimentos, soportar lo incómodo de la convivencia entre familiares, respetar la libertad del otro (de la otra), educar a los hijos, socorrer al hermano necesitado. Se busca armonizar las exigencias radicales de Jesús con la cotidianidad de la vida. Los textos que nos llegan de ese período no contienen grandes novedades, son repetitivos y lentos, pero traducen a su manera la novedad cristiana.

23. Más sobre la sinagoga

Como no es común definir el cristianismo de los orígenes como una "sinagoga disidente", vuelvo aquí sobre el tema para explicar mejor el asunto.

Comencemos por la geografía. El movimiento disidente empieza en Jerusalén, sin embargo, desde muy temprano hay allí sucesivos problemas, como explicaré más adelante al comentar el caso de Esteban. Este Esteban era un "helenista", vale decir, un judío que hablaba griego (ver capítulo siguiente), quien es apedreado por las autoridades del templo. Los helenistas escapan entonces a Antioquía, donde inician la gran experiencia de la cual Pablo es la figura más descollante. Poco después, en el año 64, el propio hermano de Jesús, Santiago, es muerto, y eso produce un profundo trauma en diversos grupos. Muchos huyen a Siria, en dirección a Arabia, y más al norte hacia la región mesopotámica, donde crean un cristianismo original (y poco conocido en Occidente) en torno a

la ciudad de Edesa, al otro lado del río Éufrates. Para acumulación de adversidad, en el año 70 el emperador Tito manda destruir el templo de Jerusalén, lo que ocasiona la fuga de otros judíos y cristianos. Por último, en tiempos del emperador Adriano, en 135, las autoridades del imperio resuelven acabar de una vez por todas con la ciudad de Jerusalén, lo que lanza definitivamente el movimiento cristiano en dirección al mundo sirio, mesopotámico y pan-mediterráneo.

Es en esas circunstancias que los cristianos se apoyan en la tradicional estructura de la sinagoga, fundada en la época del exilio del pueblo judío en Babilonia, en el siglo VII a. C. Las sinagogas, desparramadas en una diáspora (dispersión) dentro y fuera del imperio romano, posibilitan la expansión del movimiento. Hoy, es consenso entre los especialistas: el cristianismo, en el siglo que va del año 70 al 170, es sinagoga. No existe una organización central, sino que coexisten muchos grupos. Los más conocidos habitan en ciudades importantes como Edesa, Antioquía, Alejandría, Roma, Cartago.

El joven movimiento cristiano está tan desprovisto de palabras y estructuras, que carece de condiciones para aventurarse en el vasto mar de las corrientes ideológicas y religiosas del mundo romano, y no sabe expresarse convenientemente frente al gran mundo de los intelectuales de la época. Cuando, por ejemplo, el filósofo Celso ataca de manera violenta al movimiento en la década del 170, no hay quien le responda. Se necesitaron cincuenta años para que, en la persona de Orígenes, surgiera un intelectual a la altura capaz de reaccionar, esto alrededor de 220.

El cristianismo hereda mucho de la sinagoga. Las primeras casas de oración de los cristianos son copias de sinagogas. Se hereda también mucha cosa del culto judío, como los horarios de las oraciones y los servicios de los sábados (que los cristianos trasladan para los domingos) y de las fiestas. Y del mismo modo que la sinagoga funciona tanto como centro comunitario que como posada para judíos de viaje, entre los cristianos no es diferente. La figura central de la sinagoga es el rabí o rabino, título honorario dado a los maestros de la Torá. Durante todo el siglo II, el cristianismo conoce la figura del maestro (como Hermas, Marción, Valentino, Justino). Los primeros presbíteros cristianos son en realidad "rabinos de la disidencia", cuya relación con el mundo rabínico tradicional siempre será al mismo tiempo indispensable y tensa.

24. Los helenistas en Jerusalén

Para poder comprender la figura de Pablo, tenemos que hablar primero de los helenistas en Jerusalén. El surgimiento allí del cristianismo, ocurre en un momento de tensiones entre judíos “de la vieja guardia”, muy aficionados a las tradiciones de la Torá, y judíos más modernos, que hablan griego y se adaptan mejor al modo de vida de fuera. Estos últimos son llamados “helenistas” y tienen dificultades para hacerse aceptar en Jerusalén. Es significativo que los primeros seguidores de Jesús en esta ciudad son llamados “hebreos” en los Hechos de los Apóstoles (Hch 6,1). La gran frontera cultural helenismo-semitismo atraviesa la ciudad de Jerusalén. Desde los tiempos de Alejandro Magno y del proyecto de helenización global del Medio Oriente, iniciado en el siglo III a. C., los semitas son culturalmente dominados por los helenistas.

Diez años después de la muerte de Jesús, por el decenio de los cuarenta, existe una tensión en Jerusalén en torno a esos helenistas. Judíos provenientes de diversas partes del litoral de Asia Menor, Cilicia, Siria, Chipre al igual que de Alejandría, tienen sus sinagogas en la ciudad santa. En ella hay nada menos que 480 de esos centros de acogimiento, donde los helenistas pueden reposar, lavar el cuerpo y la ropa, alimentarse, pernoctar y, evidentemente, orar, leer la palabra de Dios, enseñar y discutir las cosas de la Torá con bastante libertad. Los hebreos los encaran con cierta desconfianza, pues ellos no esconden un sutil toque de desprecio por sus correligionarios más “provincianos” y tímidos de Palestina.

Ese mundo, al mismo tiempo judío y griego, se alegra, como es de esperar, cuando algún griego da señales de querer adherir a la Torá. Él es llamado prosélito y es bien tratado en las sinagogas de los helenistas. A final de cuentas, él da un gran paso en su camino al pasar a una religión muy exigente en términos de alimentación e inclusive de circuncisión. En ese mundo de los helenistas hay intensas campañas de proselitismo judío, de divulgación de la “verdadera religión” contra el “paganismo” de los “gentiles”. “Misioneros” recorren las calles intentando convencer a las personas para que entren en el mundo de las sinagogas. Se realiza la alta calidad humana de los prosélitos. Son personas sensibles, éticas, esclarecidas, pues perciben hasta qué punto la moral de la Torá se erige encima de las mentalidades religiosas del mundo mediterráneo y sirio en general. Sin embargo, no todo es armonía

en el marco religioso de la ciudad de Jerusalén de los años cuarenta.

Esos prosélitos cristianos pertenecen a un mundo tan distinto al ambiente de los campesinos de Galilea, que casi no se encuentra un punto de contacto. Con los prosélitos estamos en el mundo ciudadano de comerciantes, empleados, artesanos, esclavos y libertos. Lucas, que siempre busca armonizarlo todo, habla, en los Hechos de los Apóstoles, de esa oposición entre hebreos y helenistas en términos conciliatorios. Así por ejemplo, refiere que los apóstoles, frente a la tarea primordial de servir a la palabra, ordenan a siete diáconos para cuidar de las mesas. Con todo, ocurre que el primero de esos diáconos, Esteban, hace exactamente lo que está reservado a los apóstoles: usa la palabra para debatir y argumentar en favor del evangelio de Jesús. Y él desafía con coraje la autoridad de los líderes hebreos.

25. La historia de Esteban

Una de las sinagogas de Jerusalén donde se reúnen los líderes de la diáspora para discutir sus problemas, es la “de los libertos” (Hch 6,9). Es ahí donde se inicia la historia de Pablo, con ocasión de una histórica discusión en torno a Moisés y Jesús mantenida entre el cristiano Esteban y los judíos que frecuentaban dicha sinagoga.

Los capítulos seis y siete de los Hechos de los Apóstoles describen el episodio. Esteban afirma sin rodeos que, en adelante, la historia de los judíos no está más centrada en la Torá de Moisés, sino en el evangelio de Jesús. Mucha gente de diversos lugares, incluso de Cilicia, la tierra de Pablo, se halla presente cuando Esteban habla. Nadie acepta lo que él sostiene porque, según la opinión general, es un escándalo decir que Jesús pueda ser un “profeta igual a Moisés” (Hch 7,37), o incluso superior a él (Hch 6,11). Las personas comentan: Jesús está “contra Moisés y contra Dios”. La cosa empeora y Esteban es llevado al Sanedrín, el supremo tribunal de los judíos, donde es acusado de hablar “contra la Ley”. Esteban contraataca: “Las Escrituras no son de ustedes, son de todos... Ustedes leen, pero no entienden”, y, además de eso, utilizan su posición de mando en provecho propio. La discusión, muy exaltada, culmina en el apedreamiento de Esteban.

Pablo está presente y queda pasmado ante lo que oye y ve. Ese joven diácono cristiano viene a contradecir con increíble seguridad y osadía toda la venerable tradición judía en nombre de un profeta popular, Jesús de Nazaret. Lo que escandaliza al extremo a los presentes en la sinagoga y les resulta insoportable, a saber, la idea de que la Ley de Moisés estaría superada y que Jesús sería un nuevo Moisés, inaugurando una Nueva Ley, no parece tan absurdo a los ojos del fariseo Pablo. No obstante, no se manifiesta, prefiere reflexionar más y esperar.

Ahora bien, el desenlace de la discusión, el apedreamiento de Esteban, indigna profundamente el corazón de Pablo. Él no soporta recordar la extremada crueldad con que Esteban fue muerto, como arrojaron piedras sobre él hasta que muriese. Está convencido de que la vida es más importante que una discusión teológica en torno al papel de Moisés en la historia. Solo el fanatismo explica la muerte de Esteban. Poco a poco Pablo entiende que, junto a Moisés, debe haber espacio para Jesús, o simplemente para la vida, para la libre expresión de la vida. Moisés no puede henchir el universo entero. El fanatismo de los fariseos acerca de Moisés es tan detestable como cualquier fanatismo. He aquí los pensamientos que agitan la mente y el corazón de Pablo después de haber asistido, como observador acreditado, a la tortura y muerte de un cristiano.

26. Pablo, el fariseo disidente

La vida de Pablo debe ser entendida en la secuencia del trauma ocurrido a la hora del apedreamiento de Esteban. Pablo comprende que fue un absurdo matarlo con tanta crueldad, lanzándole piedras hasta que muriese. Los Hechos de los Apóstoles, escritos setenta años después de la conversión de Pablo, pintan un cuadro dramático situado a las puertas de Damasco. Lo esencial es que Pablo descubre el “principio vida”, mayor a todos los principios, mayor al “principio Moisés”. El espacio para Jesús, reivindicado por Esteban, en realidad significa un espacio para la mujer samaritana, la mujer infiel al marido, el buen samaritano, la mujer cananea, el centurión romano, los am ha'aretz de Galilea, los pobres en general, los niños, el pueblo. Una solidaridad sin fronteras, un universalismo sin restricciones.

A partir del episodio presentado por Lucas como el episodio a las puertas de Damasco, Pablo es un fariseo disidente. Permanece fariseo, pero renuncia a su función junto al templo de Jerusalén (como en el tiempo de la ejecución de Esteban) y abandona el proyecto de fundar una escuela rabínica, para la cual tendría ciertamente una excelente calificación. Se hace artesano, confecciona tiendas para el ejército romano, y así conquista la independencia financiera. En adelante obtiene su sustento de su trabajo manual (1Cor 9,19). No pronuncia disertaciones para un público selecto (aunque tenga talento de sobra para tal oficio), sino que habla a todos, indiscriminadamente, en lugares públicos. Está desligado del supremo tribunal judaico, sin embargo habla en la calle, la plaza, el solar de la casa, el patio interior de recintos habitacionales.

El fariseo disidente, Pablo, se vuelve en realidad un místico. Lo que le interesa en Jesús no es la persona histórica (cómo vivió, dónde, qué hizo o no hizo), ni en rigor la palabra de Jesús, sino qué está detrás de la palabra, el “soplo santo” que la dinamiza. Puede decirse: lo que le interesa no es Jesús, es el Ungido. Es posible que Pablo haya, en algún momento, encontrado al Jesús vivo, pero eso no tiene mucha importancia para él. Jesús permanece una revelación, la irrupción de una visión tan avasalladora de la vida que Pablo lucha, todo el tiempo, para conseguir expresar en palabras, siempre pasajeras y a veces contradictorias, la experiencia de vida que experimentó en el momento en que se encontró con el Ungido. De ahí un tumulto de palabras, una cascada de expresiones que caen sobre el lector de hoy como una avalancha. Es un derramamiento tan tumultuoso de visiones, emociones y pulsaciones que es como para quedar aturdido. Lo importante consiste en captar la energía de esos textos y su sentido profundo, no tanto las palabras, muchas veces extrañas e inconexas, sino el soplo:

Con el Ungido fui crucificado,
vivo yo, no más yo,
el Ungido vive en mí (Gl 2,19).

El Ungido es la nueva autoridad del universo. Todo el resto es obsoleto y no vale más nada.

27. Lo que Pablo quiere decir

En este momento de nuestro estudio sobre Pablo, tenemos que detenernos un poco y preguntarnos: ¿qué quiere decir Pablo en sus cartas? Esa pregunta implica otra, que podemos formular más o menos de la siguiente forma: ¿qué le gustaría a la iglesia que él dijese? En efecto, debido al éxito de las cartas paulinas en la tradición cristiana, la iglesia ha demostrado interés en lograr que Pablo confirme su doctrina, sus sacramentos, su moral. Pasó entonces a citar nada más trozos sueltos de dichas cartas, al sabor de sus intereses en los campos indicados. Es decir, la iglesia dejó de leer las cartas en su totalidad, de punta a punta.

Ahora bien, ocurre que Pablo no trata de doctrina, ni de sacramentos, ni de moral. Esto queda bien claro para quien, por ejemplo, lee la Carta a los Romanos. Sucesivas generaciones de comentaristas eclesiásticos quedaron prisioneros en las redes de la matemática elaborada por sus respectivas iglesias, no consiguieron salir de las trampas que sus antecesores colocaron insidiosamente en los textos paulinos. Por eso, ellos son quienes menos entienden las cartas paulinas. Hay en ellos una especie de fascinación por Pablo, producida por el discurso eclesiástico durante siglos. A sus ojos, Pablo aparece como misionero, fundador del cristianismo (¿de la iglesia?), adoctrinador, filósofo y teólogo. Sucede sin embargo que él no es nada de eso, la investigación histórica muestra que las cosas son mucho más simples.

En las cuatro cartas que escogemos para nuestro estudio (1Ts, Rm, 1Cor, Gl), Pablo discute con los militantes cristianos de las ciudades por él visitadas cuestiones de la vida cotidiana frente a las cuales le parece importante tomar posición: matrimonio, tabúes alimentarios, convivencia entre judíos y griegos, obediencia civil, apertura a quien no adhiere al movimiento, postura política, comportamientos entre esclavos y señores. No le interesan los aspectos rituales y propiamente organizativos de una religión (circuncisión, la “comida de los santos”, la participación en fiestas y celebraciones). Participar o no de una celebración “pagana”, por ejemplo, lo deja indiferente.

Pablo no muestra interés en querellas religiosas. Su objetivo es otro. Lo que le interesa es la acción ética en un mundo a-ético y muchas veces anti-ético. Quiere construir la ciudadanía en segmentos de la sociedad no contemplados por el sistema. Reacciona con fuerza ante cuestiones que atañen a la vida de las personas, y punto. Su evangelio consiste sencillamente en una

excepcional capacidad de sentir y obrar en conformidad con una emoción que le es peculiar, una emoción delante de las personas concretas con las que se relaciona. Para él no se trata de religión ni de creencia, se trata de vida.

Y por tratarse de vida, el pensamiento de Pablo no se halla de ninguna manera superado hoy. Digamos más: en el actual momento de la globalización neoliberal, su pensamiento adquiere un nuevo vigor. Pablo está saliendo del capullo eclesial y religioso y es ahora uno de los principales pensadores que nos ayuda a reflexionar sobre conceptos básicos de la vida en nuestras sociedades, siempre más multiculturales. Pablo es una referencia para la humanidad actual, sus palabras están demandando un foro público abierto que reúna líderes políticos y sociales, comunicadores y empresarios. Él ya permaneció demasiado tiempo en las iglesias y sacristías, en los conventos y en los institutos de teología. Es hora de abrir los auditorios de los grandes organismos internacionales para que se escuche su voz acerca de cuatro puntos de gran relevancia: obediencia y desobediencia, miedo y coraje, descuidar y cuidar, ser nacionalista o universalista, que pasamos a considerar en los cuatro capítulos siguientes.

28. Desobedecer

Escribe José Comblin: “Es en el acto de desobedecer que aparece la conciencia”.

He aquí una frase que cabe perfectamente dentro del pensamiento paulino. Lo que le interesa a Pablo es exactamente que emerja la conciencia humana en un mundo que fomenta la inconciencia.

Pablo se rebela contra la práctica de la Torá (ley judaica) y la forma en que los escribas y fariseos la divulgan en medio del pueblo. Eso no es libertad, es dictadura, escribe. En su estilo bien particular, expresa: Se requiere “marchar obedeciendo, no a la carne, sino al soplo” (Rm 8,4). ¿Qué significa obedecer al soplo y desobedecer a la carne? Es simple: la carne lleva a la muerte y el soplo a la vida. Se trata de escoger a quien obedecer. No hay espacio para la vida cristiana sino transgrediendo las fronteras de la ley en beneficio de la vida. Pues la ley es hipócrita en la misma medida en que es particularista. Ella fue hecha para fines particulares y, en ese sentido, favorece la muerte. Es hipócrita en

el sentido que tiene una cara vuelta hacia los judíos y otra hacia los no judíos. Eso, argumenta Pablo, es absurdo. No existe un universo judío de un lado, y un universo pagano del otro lado. Quien dice universo no puede decir particularidad. Solo existe un universo, y todos caben en él.

Para Pablo, este es un asunto bien concreto y se aplica a la tradición judaica de circuncidar a los niños. Pablo no toma partido en favor de los no judíos incircuncisos contra los judíos circuncisos, y tampoco hace lo contrario. Simplemente desobedece la ley que manda que los pequeños sean circuncidados. Pablo no tiene nada contra los incircuncisos ni contra los circuncisos, sencillamente dice que la circuncisión es un asunto libre y que, por consiguiente, la ley de la circuncisión carece de sentido. Aludiendo a esta cuestión, que agita a las personas a su alrededor, escribe a los gálatas:

Es para la libertad que Cristo nos liberó.

Entonces, no se coloquen de nuevo bajo el yugo de la esclavitud (Gál 5,1).

Como vemos, él se queja de los gálatas. Ellos no entienden su modo de pensar. Pablo intenta explicarse: después del choque de la conversión, no reconoce otra autoridad sino la de su propia conciencia. Así, por ejemplo, no siente la mínima voluntad de viajar a Jerusalén a fin de hacerse “confirmar” como apóstol, puesto que no tiene nada que ver con los apóstoles históricos. Su destino es trazado por la conciencia. Él anda por caminos propios, evitando los lugares donde los apóstoles constituidos ya hayan dejado sus marcas.

Después de tres años en Arabia (de los cuales no sabemos nada) y un encuentro diplomático en Jerusalén (probablemente en el año 38), Pablo parte para permanecer durante catorce años en regiones todavía no alcanzadas por el movimiento proveniente de Jerusalén. Traza por así decirlo, un círculo alrededor de los lugares de la implantación del movimiento por los apóstoles históricos. Por donde va aborda en primer lugar la sinagoga, donde afirma siempre su evangelio de la libertad, una provocación a los oídos de judíos ortodoxos. Su discurso suele ser tan duramente contrario al establishment judaico, que se ve forzado a abandonar la sinagoga y en adelante dependerá de la ayuda de algún simpatizante local para poder continuar.

Y así va caminando Pablo, el gran desobediente. Su desobediencia se resume en una frase genial: “Ya no soy yo que vivo,

sino el Ungido quien vive en mí” (Gl 2,20). Para él, Jesús es siempre el Ungido, el hombre definitivo. O sea, para Pablo no valen autoridades, ni leyes, ni reglamentos, ni, en rigor, la represión ejercida en nombre de palabras atribuidas a Jesús. Vale, eso sí, la intuición profunda. Para él, a final de cuentas, todos somos ungidos por la fuerza del despertar de nuestra conciencia. “Ustedes son el cuerpo del Ungido, y cada uno por su parte es un miembro” (1Cor 12,27; Gl 3,28).

29. No temer

Paulatinamente, Pablo consigue formar pequeños núcleos constituidos por judíos y no-judíos. Pasa catorce años en ese trabajo y cuando, con cincuenta años, esto es, hacia el año 50, se siente viejo, va a residir a Antioquía. La última década de su vida la dedica al acompañamiento por correspondencia de los grupos de militantes visitados antes. Se trata de grupos minúsculos. Se cree que el de Roma, ciudad con un millón y medio de habitantes, no pasaba de algunas decenas de personas. Para Pablo, no obstante, esos grupitos portaban dentro de sí el futuro de la humanidad.

Sin embargo, para que eso se realice es preciso que los militantes pierdan el miedo. De acuerdo con Pablo, el miedo procede de la “carne”, que es enemiga de la vida y aliada de la muerte. A los militantes tesalonicenses les escribe que es verdad que los otros tiemblan de miedo, pero que los cristianos no tienen nada que temer pues están preparados y protegidos con “la coraza de la confianza y del amor y el casco de la esperanza de liberación” (1 Ts 5,8). “Dios no nos reservó para la cólera, sino para la liberación (1 Ts 5,9). Dios no es un soberano oriental que de repente se inflama en cólera, Él es padre que libera, suelta, abre espacios de vida.

Pablo cava hondo en esa cuestión del miedo y piensa que ella únicamente será superada cuando las personas crean que Dios es Padre. Se irrita con los romanos medrosos. En su carta dirigida a ellos, intenta vencer el miedo que amenaza paralizar los trabajos en Roma. Pablo no olvida que sus militantes en la capital del imperio provienen de Oriente y aún guardan en la mente la imagen del rey persa, sentado en el trono, abanicado por lacayos, en opulencia y con plenos poderes sobre vida y muerte. Ellos se imaginan un Señor Dios de modos patriarcales. Su bondad es la

bondad patriarcal de condescendencia. Con todo, cuando siente rabia manda pisotear, humillar, esclavizar, matar.

Pablo, entonces, sabe perfectamente que el Dios de Jesús es desconocido entre los militantes en Roma. Se une a Jesús en la lucha por un nuevo concepto de Dios, lejano de las cortes imperiales, los tronos y los poderes. Jesús usa el término arameo *abbá*, casi siempre acompañado, en los evangelios, de la traducción griega: *abbá Padre*. “¡*Abbá, Padre!*, Tú todo lo puedes” (Mc 14,36). He aquí la gran novedad cristiana: Dios Padre. Esto mismo escribe Pablo a los romanos miedosos: “Ustedes no recibieron el soplo de esclavos para retomar el camino del miedo, sino un soplo de hijos que nos hace gritar: ¡*Abbá, Padre!*” (Rm 8,15). Por eso él insiste: “Ustedes no están más bajo la ley, sino bajo la gracia” (Rm 6,14). Ustedes no son más esclavos (Rm 6,16-23). Nuestro Dios es un Dios que resucita, no permanece muerto, no sigue las leyes de la muerte.

Pablo lucha también con los corintios. Los halla infantiles, ya que se muestran inseguros y necesitan de otros que les muestren qué hacer: “Pablo dice, Apolo dice, Cefas dice...” (1Cor 1,12; 3,4s.; 3,22). Terminen con eso, escribe Pablo, sean adultos. No quiero ser un líder rodeado de discípulos bautizados por mí, según la costumbre de tantos jefes religiosos que andan por ahí (1Cor 1,15-17). Que nadie se apoye en nadie, sino que todos venzan personalmente el miedo y así sean capaces de crear un clima de confianza en su entorno. “La vida moral comienza cuando se vence el miedo” (José Comblin). Que nadie se apoye en las leyes: “Las leyes fueron creadas para que los pobres permanezcan callados. Nada se consigue aplicando las leyes. Es necesario infringirlas” (José Comblin).

30. Cuidar

Todo esto no significa de ninguna forma que Pablo sea un revolucionario precipitado, que pretende acabar de una vez con todo e instalar un “mundo mejor”. Al contrario de lo que se puede imaginar sobre un Pablo subversivo y “avanzado”, él se revela extremadamente cuidadoso cuando de respetar a los otros se trata. Esto se muestra con claridad en el caso de las restricciones alimentarias observadas por los judíos. En el octavo capítulo de la primera Carta a los Corintios, Pablo trata del tema (1Cor 8,1-13). He aquí la regla, de suma delicadeza, seguida por él:

Un alimento nos aproximará a Dios;
no comer no nos hace falta
ni comer nos satisface (v. 8).

Vale decir, cuando un compañero no quiere comer determinados alimentos por ser prohibidos según la ley judaica, no es bueno forzarlo. Pablo habla a los militantes y quiere decirles que no hay libertad sin cuidado por el(la) otro(a), los(as) otros(as). La libertad solamente es verdadera cuando va acompañada del cuidado por el otro, sobre todo por el débil. No se puede dejar caer a un débil, que todavía no es adulto, por comportamientos que él no soporta. Todo el capítulo diez de la misma carta es dedicado al pensamiento del cuidado por el otro:

Todo es posible,
mas no todo es útil.
Todo es posible,
mas no todo sirve para construir (1Cor 10,23).

En los versículos 24 a 33, Pablo enseña a observar los límites de la conciencia del otro, especialmente en lo referente a la alimentación y la participación en ceremonias en la ciudad. Todo es posible, pero no todo es bueno. Cuando alguien corre el peligro de no entender el comportamiento del militante, es mejor no hacer nada y esperar hasta que el débil entienda. He aquí un punto de máxima importancia: “Para poder despertar la conciencia del pueblo, el militante tiene que contar con una infinita paciencia” (José Comblin).

31. Ser universalista

Ahora bien, existe un cuarto punto en el evangelio de Pablo, el más importante, que es el universalismo. La formulación más nítida se encuentra en la Carta a los Gálatas:

Ya no hay ni judío ni griego,
ni esclavo ni hombre libre,
ni macho ni hembra:
todos ustedes son uno en el Ungido Jesús (Gl 3,28).

Aquí Pablo no piensa más en términos de judaísmo, sino en términos de humanidad. Revelando su evangelio en su amplitud

a los gálatas, Pablo declara que su pasión es el universalismo humano. Él mismo no se define más como fariseo celoso ni como “apóstol histórico”, aunque sí como militante del más absoluto universalismo humano. Hasta donde conocemos, en toda la historia de la humanidad, él es el primer militante de una convivencia humana virtualmente abierta a todas las personas sin distinción. Su eslogan: ninguna verdad es particular, la verdad tiene vocación universal. He aquí, en una palabra, el evangelio de Pablo, simple e incisivo.

Él, como es natural, anuncia este evangelio en el contexto concreto del judaísmo de su época, aun así las discusiones en que se involucra siempre apuntan hacia la apertura a la humanidad sin distinción, lo que confiere un valor perenne a sus cartas. En las discusiones sobre los signos comunitarios del judaísmo como la circuncisión, la observación de la Torá, las restricciones alimentarias, la participación en festivales paganos, su posición es sintomática: esos signos no son reprobables ni loables, son simplemente indiferentes. “La circuncisión es nada y la incircuncisión es nada. Solo vale la observancia de los mandamientos de Dios” (1Cor 7,19).

Ahora que, es preciso definir con claridad cuáles son los militantes del universalismo, quién difunda el universalismo por el mundo. No son las personas importantes, ni políticas ni militares ni religiosas, es la “mierda del mundo”.

Nosotros somos la mierda del mundo,
la inmundicia de todos (1Cor 4,13).

Lo extravagante del mundo,
Dios lo escogió para avergonzar a los sabios,
Y lo débil del mundo, Dios lo escogió
para avergonzar a los fuertes.

Lo más ordinario del mundo,
lo menospreciado, lo que no existe,
Dios lo escogió para reducir a nada lo que existe (1Cor 1,26-28).

El “no-ser” de lo sucio, extravagante, débil, ordinario y menospreciado es más fuerte que el “ser” del rico, sabio, noble y poderoso. Es así porque los sabios, fuertes y nobles solo alcanzan a divisar su propia totalidad y se muestran incapaces de percibir la alteridad. Lo que mueve la historia es el “no-ser”, o sea, la condición de vida de la inmensa mayoría que no es tomada en cuenta y no es convidada a la mesa de negociación. Con esas palabras Pablo no quiere decir que todos somos iguales. El grito

“todos iguales” es un eslogan burgués. No existe igualdad. Lo que tiene que existir, dice Pablo, es consideración, atención, percepción de la alteridad. He aquí un punto difícil para nosotros hoy: no se trata de proclamar la igualdad en alta voz, sino de abrir la casa y la mesa para todos, ya que la mesa y la casa son de todos, iguales y desiguales. Las personas no son iguales, ellas son, existen.

Pablo, por su parte, asume el “no ser” y se torna un fariseo que opta por la pérdida de la ciudadanía. Al convertirse, se vuelve un sujeto sin identidad. Pierde los lazos con el fariseísmo que hasta entonces había sustentado y vira hacia un universo aún sin nombre y sin ciudadanía, un mundo que no existe en ningún registro y no entra en ningún esquema. En los años cincuenta los cristianos todavía no son cristianos, son inexistentes. Él se hace un outsider por afirmar que la ley no tiene sustento, no tiene base “material” (hambre, salud, amor), es apenas la base jurídica del poder de un pequeño grupo.

La lucha por el universalismo no debe ser confundida con la lucha por la igualdad. El grito: Todos iguales ante la ley, no es el grito de los primeros cristianos. Se trata de la percepción de la existencia del otro, de la alteridad, no de una pretendida igualdad que no existe en la realidad. Solamente el amor es universal, la igualdad es una quimera, una ilusión. Cristo es crucificado por amor (1Cor 1,13), no en una lucha por la igualdad o por el socialismo. La convivencia entre desiguales, en la sensibilidad por el otro. El movimiento no cree que se pueda crear igualdad mediante la observancia de leyes. Se trata de percibir al otro, tomar conciencia de que el otro existe. Percibir la existencia del(a) otro(a), he aquí la tarea más difícil de la vida. Eso es locura. Percibir la existencia del otro significa percibir el modo en que Dios actúa, de cierta forma significa conocer a Dios.

32. Los rabinos ortodoxos escandalizados

Se comprende que los rabinos ortodoxos, tradicionales dueños de la palabra de Dios en el mundo sinagoga, se hayan escandalizado con la manera en que Pablo y otros militantes cristianos empiezan a interpretar las antiguas y venerables palabras bíblicas.

En una fecha desconocida entre 90 y 105, los rabinos de Palestina se reúnen a prisa en Jabné, un suburbio de Jerusalén. En el orden del día de la reunión está la definición in extremis de un

canon o listado de sus libros sagrados ante la rápida emergencia de una literatura cristiana y de la tendencia, por parte de militantes cristianos, de hacer una nueva lectura de las Sagradas Escrituras judaicas, y —lo que es peor— de apropiarse de los textos sagrados de la tradición israelita en un sentido cristiano. Los rabinos saben que no hay tiempo que perder: el movimiento cristiano está atacando con sumo dinamismo a los miembros de las sinagogas. Se trata de defender la identidad judaica frente al peligro de su descaracterización, lo que acontecería fatalmente si los evangelios cristianos asumiesen un lugar igual a los venerables libros de la Biblia hebrea y fuesen igualmente considerados “santos”.

Lo más impresionante es que los cristianos se muestran extremadamente seguros en afirmar que saben lo que Dios hizo. Esa es una certeza típicamente cristiana, un “postulado”: Dios se revela a los seres humanos por medio de Jesús, el hijo de un carpintero de Galilea. A los ojos de los rabinos de Jabné esto es insoportable. La libertad con que los cristianos aplican palabras de las Sagradas Escrituras a la figura de Jesús les parece de una imperdonable liviandad. ¿Quién se puede imaginar que Dios trabaja sobre un “script” elaborado siglos antes, como en el caso del texto de Isaías 7,14, donde se lee: “La joven está encinta y va a dar a luz un hijo, que ella llamará Emanuel”? Los rabinos saben bien que ese texto se sitúa en tiempos del rey Acáz (finales del siglo VIII a. C.) y habla del nacimiento feliz de un príncipe en la casa real. Pasando encima del contexto histórico, los cristianos aplican sin más las palabras del antiguo profeta al nacimiento de Jesús, con una asombrosa libertad e ingenuidad. Es contra ese tipo de lectura que los rabinos de Jabné se aprestan a intentar preservar sus Sagradas Escrituras, levantando un dique de canonicidad contra las olas de interpretación desorientada por parte de grupos cristianos.

33. Más sobre el escándalo

El escándalo sentido por los rabinos es más que comprensible. El rabino es una figura altamente prestigiosa dentro del judaísmo. Consiguió destronar al sacerdote del templo y representa una figura mucho más simpática en el escenario religioso. Es la figura del “maestro” (rav), del “sabio de la palabra” (chacham). Es el hombre del libro, el erudito del libro. En rigor no es un “líder”, ni detenta ningún “poder” más allá del poder de la palabra que interpreta. No recibe pago por su enseñanza, ya que la palabra de Dios es gratuita.

Por eso debe tener una profesión, además de su función como rabino, para sustentarse. El rabino en la sinagoga no corresponde al clérigo en el cristianismo. Técnicamente es un “laico” sin mayores poderes que los demás participantes del grupo.

En la actualidad muchos rabinos son asalariados de las sinagogas, no en pago de sus servicios religiosos, sino como compensación financiera en caso de que por algún motivo no puedan ejercer otra profesión además de la palabra de Dios. Los rabinos no constituyen una “jerarquía”, como es el caso de los sacerdotes cristianos. El vínculo entre rabino y sinagoga es mucho más estrecho que entre sacerdote católico y parroquia. De cierta manera las comunidades de base trajeron al seno del catolicismo una articulación “sinagoga”, ya existente desde hace 2500 años en el seno del judaísmo.

Una segunda diferencia con la parroquia: la sinagoga es un agrupamiento no territorial de personas. Ellas pueden vivir muy distantes unas de otras y frecuentar la misma sinagoga.

Otra diferencia notable con el cristianismo se refiere a la postura frente a las corrientes ascéticas. El rabinismo nunca se encaminó con mayor empeño por los caminos del ascetismo como es el caso del cristianismo. Él repudia la dicotomía cuerpo-alma, formulada por la filosofía platónica, y que el cristianismo adopta hasta hoy. Cuerpo y alma, para los rabinos, forman una sola unidad humana. Una idea como la de Filón de Alejandría, un famoso intelectual judío, de que el cuerpo sería apenas una “máquina” irracional al servicio del alma racional, nunca encontró aceptación en el seno del rabinismo. El famoso maestro Hilel enseñaba que el ser humano tiene el deber de mantener el cuerpo saludable y digno, y respetar el ejercicio sano de la sexualidad. La idea de una “mortificación” del cuerpo con vistas a la liberación del alma es ajena al rabinismo. La mortificación monástica tampoco encuentra resonancia en el rabinismo. El rabino enseña que un cuerpo “mortificado” no ayuda a fortalecer el alma, por el contrario, hace que el alma también enferme, juntamente con el cuerpo. El judaísmo rabínico no conoce el monasticismo ni el eremitismo. El lema rabínico es: “continencia y templanza, sí, abstinencia no”.

34. El judaísmo rabínico

Toda esta historia encierra una lección importante para nosotros: es necesario respetar el judaísmo rabínico, toda vez que

nació de una larga y persistente lucha contra un tipo de judaísmo controlado por las autoridades romanas, el judaísmo patriarcal. La sucesión hereditaria de sacerdotes de tipo patriarcal era impuesta por los romanos con el propósito de controlar mejor a Palestina. No obstante los rabinos lograron reaccionar. Como consecuencia de la pérdida del templo en el año 70 y de la destrucción completa de la ciudad de Jerusalén en 135, crearon un judaísmo rabínico de sinagogas esparcidas por el mundo, existente hasta hoy. Ellos se aprovecharon de la ruina de las familias sacerdotales hereditarias y de la alta clase judaica para abrir la posibilidad histórica de sinagogas independientes. Los rabinos y las sinagogas se convirtieron en las instituciones normativas del judaísmo, bajo el único gobierno de la palabra de Dios.

Esa fue una victoria que costó muchas vidas y mucho empeño, y merece nuestro aplauso. Esta modalidad sinagoga del judaísmo enfrentó en la historia innumerables problemas. Basta evocar la muerte de cuatro a seis millones de judíos en los crematorios del nazismo. El judaísmo rabínico es una religión valiente y muy bonita. Ella evita el dualismo heredado de las religiones semitas (a través de la Biblia), y en eso es más exitosa que el cristianismo.

Las cartas paulinas ofrecen un insight interesante en la vida cotidiana del rabinismo judaico, ya que no podemos olvidar que el cristianismo, en los primeros ciento cincuenta años de su existencia, era una sinagoga disidente. Esas cartas muestran que las sinagogas, para sobrevivir, se apoyan en la generosidad de los padres de familia. Los nuevos rabinos de los núcleos paulinos aceptan también donativos de judíos de condición social elevada. Pablo sigue ese patrón y se relaciona bien con las buenas familias de las sinagogas donde predica el evangelio y que lo acogen, y de ellas recibe el sustento de las comunidades. Eso queda claro al leer sus cartas: él sigue el modelo "familiar", ya tradicional en el judaísmo rabínico.

Existe, por tanto, mayor influencia de esa modalidad del judaísmo sobre el cristianismo de lo que se piensa normalmente. Lo poco que sabemos acerca de los primeros años del cristianismo emergente confirma esa imagen del padre que va a la sinagoga con sus hijos y su esposa y sustenta las reuniones con su contribución financiera. Los jóvenes son iniciados en la sinagoga por los padres. La sinagoga es una estructura basada en la familia. Las cartas paulinas son verdaderos consejos para la vida en familia.

El historiador Johnson, quien escribió una historia del judaísmo, usa, un tanto pomposamente, el término catedrocracia

para caracterizar el cristianismo de los primeros ciento cincuenta años. En el siglo II, en efecto, hay un cristianismo animado por "maestros" y articulado en "escuelas". Esos maestros decían las cosas con gran libertad y a finales de ese siglo debieron soportar una fuerte reacción de parte de los "pastores". Esa disonancia entre "profesores" y "pastores" recorre toda la historia del cristianismo, y vamos a tratar de eso en el próximo capítulo.

35. El cristianismo se separa del judaísmo

De tanto reaccionar contra la Torá, Pablo acaba influenciando a la militancia cristiana en el sentido de resaltar la diferencia entre cristianismo y judaísmo. Los evangelios interpretan ciertos trozos de las cartas paulinas como expresiones de antijudaísmo. En los relatos de la pasión de Jesús, su muerte es atribuida al pueblo judío. Esa posición pasa al cristianismo histórico. Eso es lamentable, porque Pablo reacciona contra la cerrazón de la cultura judaica de su tiempo, lo que no significa que sea enemigo del pueblo judío. Lo mismo sea dicho de Jesús, quien ciertamente no fue antijudaico, como los evangelios hacen creer en ciertos pasajes. Por el contrario, él articuló su movimiento en el seno del judaísmo.

El odio cristiano contra los judíos (en general) es fruto de una interpretación equivocada de las posiciones asumidas tanto por Jesús como por Pablo. Es posible que la terrible frase: "Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos", haya sido pronunciada por los judíos en el momento del juzgamiento de Jesús; aun así, no por eso podemos culpar al pueblo judío en general por su muerte. Los judíos gritaron instigados por sacerdotes y representantes del imperio romano. No se puede echar toda la culpa en las espaldas del pueblo judío. Sería lo mismo que responsabilizar al pueblo alemán en su totalidad por los horrores de la Segunda Guerra Mundial. La realidad es mucho más compleja y el cristianismo tiene que librarse de ese enraizado e injustificado antijudaísmo.

El hecho es que los líderes cristianos, en la segunda mitad del siglo II, se van pronunciando poco a poco contra la inserción de las militancias cristianas en el seno de las sinagogas. Eso pavimenta el camino para la separación formal entre las dos religiones. En adelante, el destino histórico del seguimiento de Jesús no pasará más por el rabinismo, sino por la formación de una religión

separada de la judaica. No tenía que ser así, pero no se gana mucho con discutir hoy ese punto. La historia humana tiene sus caminos, no siempre bonitos.

La separación entre iglesia y sinagoga tiene efectos negativos para ambas. La sinagoga permanece más nacionalista, en tanto la iglesia pierde gran parte de su base intelectual y cultural. Por eso, enfrentará casi sin defensa el poder de numerosas ideas erradas, enraizadas en la cabeza de sus propios militantes. Ideas acerca del cuerpo, del alma, de la salvación, de la vida eterna, del bien y del mal, provenientes tanto de las culturas semitas como de las occidentales, y que asaltan la mente de los cristianos. Para poder afirmarse intelectualmente, el cristianismo apela, en el siglo II, a “maestros”, líderes intelectuales que surgen de forma espontánea en los grupos. Ese es el siglo de los maestros cristianos, algunos de ellos famosos como Marción, Valentino, Justino y Taciano, otros perdidos en la polvareda de la historia. Es el tiempo en que el cristianismo, en especial en las grandes ciudades, es una proliferación de “escuelas”.

En todo eso no se puede olvidar que la razón profunda de la separación entre cristianismo y judaísmo reside en el universalismo predicado por Jesús y por Pablo. Ambos cuestionan la pretensión, por parte de líderes judaicos, de que el judaísmo fuese la religión “del (único) pueblo elegido por Dios”. Ambos declaran: todos los pueblos son “elegidos”, todos somos “hijos(as) de Dios”.

36. Por los caminos de Oriente

Pablo forma escuela. Comienzan a proliferar, un poco por todas partes, escritos que siguen el modelo de sus cartas. Ellos acompañan la expansión del movimiento cristiano que va penetrando, con el tiempo, en cuatro grandes áreas culturales:

1. Palestina y la Siria occidental, todavía dentro de los límites del imperio romano;
2. la Siria oriental, mesopotámica, fuera de los límites del imperio romano;
3. la vasta región en el interior de la actual Asia Menor; y
4. finalmente, las tierras en torno al Mar Egeo (o litoral del Asia Menor, Macedonia, Grecia, Creta).

Las principales ciudades alcanzadas por el movimiento son: Alejandría (en el siglo II todavía no se habla del interior de Egipto); Cartago (únicamente dos ciudades africanas son mencionadas en los documentos del siglo II: Cartago y Madauros; Roma. La lejana capital del imperio es alcanzada por mar pasando por Sicilia y desembarcando en el puerto de Puteoli (Neápolis, actual Nápoles), y de ahí por tierra. Pasando por la vía Roma-Galia, los cristianos ya están en el sur de la actual Francia (Vienne y Lugdunum, hoy Lyon) en los años 170.

Los documentos que se refieren a la expansión del cristianismo en el siglo II totalizan 16 regiones y 73 lugares (ciudades). Es mucho, sobre todo cuando se toman en cuenta las condiciones de viaje de aquella época. Es a través de las vías terrestres y de las rutas marítimas romanas que el cristianismo avanza por todas partes. El ejemplo más famoso, correspondiente a la segunda mitad del siglo III, es la ruta de la seda que, en un movimiento que cubre siglos, lleva el mensaje cristiano hasta los confines de China.

Es ante todo en Oriente donde el cristianismo avanza. Una ciudad como Edesa, en las márgenes del río Éufrates, hoy prácticamente desconocida para los cristianos, es un gran centro de difusión del evangelio durante siglos. Ella quedaba más cerca de Antioquía (la base de operaciones de Pablo) que de Éfeso, Atenas y Roma. De Antioquía a Edesa son apenas trescientos kilómetros. Esa región está, pues, muy cerca del núcleo original del movimiento cristiano. El cristianismo edesense tiene una larga y original historia, muy diferente del cristianismo occidental.

Otra región oriental que merece ser valorada en los estudios es el Asia Menor (llamada simplemente Asia por los antiguos), donde en el siglo II hierve una intensa vida cristiana. Documentos cristianos como el Apocalipsis mencionan ocho ciudades asiáticas. La gran figura de ese cristianismo asiático es Juan, evangelista y apóstol. Su evangelio asiático hace contrapunto con el tono típicamente sirio de los evangelios de Mateo, Lucas y Marcos. Las cartas 1 Tm, 2 Tm y Tito, erróneamente atribuidas a Pablo, redactadas en los tranquilos tiempos posteriores al año 120, son asiáticas.

37. En Occidente

En el mundo occidental el cristianismo apenas logra organizarse a partir del siglo III, excepto en la región en torno al Mar Egeo. Por

lo demás, todo se restringe a núcleos insertos en grandes ciudades como Alejandría, Antioquía y Roma, entre inmigrantes orientales, siempre apoyados en estructuras sinagogales.

Los cristianos desde temprano penetran en Alejandría, la segunda ciudad del imperio. Hay una vía litoraleña desde Azote, en el sur de Judea, a Cirene y de ahí a Egipto. En Alejandría, los judíos controlan dos de los cinco barrios de la ciudad, son poderosos. El judaísmo alejandrino suscita figuras como Filón, hombre de cultura, teólogo eminente de notable influencia sobre el pensamiento cristiano. La ciudad produce la primera generación de cristianos intelectuales, como la fascinante figura de Valentino, un creador de mundos, un poeta cósmico y ecológico y un gran educador.

En Roma, capital del imperio, los cristianos viven en las estrechas callejuelas de los barrios populosos en las márgenes del río Tíber, y son visitados por maestros orientales como Valentino de Alejandría, Marción de Ponto, Justino de Palestina, Taciano de Mesopotamia. Como Roma es la encrucijada del mundo, todo converge en ella. Los maestros tratan de formar grupos de reflexión, y en eso unos tienen más éxito que otros.

La grandeza imperial de Roma no deja de contagiar a los líderes cristianos. Los presbíteros, entonces, gustan de imaginarse al resto del mundo humillado a sus pies, sueñan con ordenar alrededor suyo los grupúsculos cristianos aislados y esparcidos por el mundo en una organización sólida y prestigiosa, siguiendo el patrón de la administración imperial. No se sienten bien con la imagen de un Jesús galileo y pobre, y prefieren a un Jesús que da órdenes y envía a sus apóstoles al mundo. Parten para la guerra contra maestros y profetas que ellos califican de perturbadores de la estabilidad institucional. En su ansia por poner orden en casa y acabar con las confusiones surgidas en torno a maestros y profetas, los presbíteros de las grandes ciudades controlan la lectura de los textos bíblicos en los núcleos, favorecen unos y mandan eliminar otros como heréticos.

La iniciativa en el sentido de seleccionar y preservar textos considerados ortodoxos y de rechazar otros, proviene de los presbíteros en las grandes ciudades. El proceso es ambivalente. Sin duda, la preservación física de los textos apostólicos es altamente beneficiosa. Así, tales textos escapan al inmenso remolino de las más variadas manipulaciones y adaptaciones, son retirados de las manos de "entusiastas" y puestos en manos seguras. Terminan siendo conservados en bibliotecas y archivos de monasterios,

donde son copiados y recopilados y, por último, a partir del siglo XV, impresos. De este modo llegan hasta nosotros. Pero, por otro lado, textos igualmente apostólicos (en el sentido más amplio del movimiento de Jesús) son lanzados al fuego. Mucha cosa se pierde para siempre. Y lo más grave: la iglesia "secuestra" el Nuevo Testamento, ella se comporta como mediadora y "propietaria" del libro y lo explica como quiere. Da la impresión al pueblo de que ella está dentro del plan de Dios y su única misión es divulgarlo a los seres humanos, "evangelizar".

Tercera Parte

Los evangelios
de la primera generación

38. Cuáles son los evangelios de la primera generación

Si contamos treinta años por generación, entonces podemos llamar el período entre 30 y 60 “período de la primera generación cristiana”. La investigación reciente muestra que esa generación posee ya sus evangelios, sus “buenas nuevas”, que circulan en núcleos muy pequeños, tan pequeños que pasan desapercibidos, tanto para las autoridades como para los historiadores (como Flavio Josefo).

Quien no acompaña las novedades acerca de los estudios referentes a los orígenes del cristianismo, hallará extraña la afirmación de que existen más de cuatro evangelios, y que antes de los evangelios conocidos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan (que son de la segunda generación, es decir, fueron redactados en el período entre 60 y 90) entre los años 30 y 60, por lo tanto algunas décadas antes de la redacción de los evangelios que estamos acostumbrados a leer, ya circulan otros, poco conocidos por nosotros. Las investigaciones sobre los orígenes del cristianismo permiten afirmar esto.

Por eso, una presentación sumaria de lo que la ciencia ha encontrado respecto a esos evangelios puede que no sea del todo inútil. El principal evangelio de la primera generación fue bautizado como “evangelio Q”, siendo que esa letra Q proviene de “Quelle”, que en alemán significa “fuente”. Con ello los estudiosos quieren decir que ese evangelio es una fuente de información para los evangelios de Mateo y Lucas. Se trata de un texto compuesto en el decenio de los años cincuenta, probablemente en Tiberíades de Galilea, y que estuvo perdido. Solo muy recientemente él fue recompuesto por especialistas, siendo que la extracción de ese primitivo evangelio de los textos conocidos de Lucas y Mateo es

sin duda una de las mayores hazañas de la exégesis del siglo XX. No que se haya llegado a conclusiones definitivas, ya que algunos especialistas continúan escribiendo sobre Jesús sin incorporar esos nuevos hallazgos, mientras otros sí los utilizan. Todo lo que hoy se escribe, inclusive las presentes páginas, queda, por ahora, en el plano de las hipótesis por una simple razón: la falta de documentos.

Aun así, es posible decir lo principal. Una conclusión que desde ya se impone se refiere al carácter campesino del evangelio Q, lo que lleva a importantes innovaciones en el estudio del universo en que los primeros agrupamientos cristianos se hallan insertos. El evangelio Q es una colección de breves textos lapidarios, sirve para la memorización de personas iletradas o poco letradas. Sabemos por otros hallazgos (en especial en el campo de la papirología) que los primeros cristianos acostumbraban cargar consigo, en el bolso o alrededor del cuello, breves textos para recordar mejor dichos y hechos de Jesús. Los textos reunidos en el evangelio Q figuran, pues, en la frontera entre la cultura oral y la cultura escrita. Recién en la segunda generación es que se elaboran textos más seguidos, mejor elaborados y ordenados, aunque, de otro lado, redactados también bajo mayor control por parte de las autoridades.

39. ¿Reducirlo todo a un único evangelio?

El evangelio Q (de los años cincuenta) proviene (probablemente) de Tiberíades, el evangelio de Juan (de los años cien) de Éfeso, el de Mateo (de los años ochenta) de algún lugar en Siria. Esas diferencias muestran, por sí solas, que ningún evangelio se dirige a todos los pueblos y todas las culturas con las mismas palabras. Hay diversidad de tiempo y lugar, lengua y cultura.

No obstante, siempre hay gente queriendo presentar el evangelio de Jesús en un único texto que serviría para todos los tiempos y todos los lugares. La primera propuesta en ese sentido viene de Marción, un maestro oriental que enseña a los cristianos en Roma. Propone seguir a Pablo y Lucas, y eliminar el resto. Esa solución enfrenta una dificultad fundamental: ¿cómo saber, por ejemplo, que Lucas sería más confiable que Marcos?

Después del alejamiento de Marción aparecen otros, como Justino y Taciano, también orientales enseñando en Roma, quienes proponen hacer una selección de textos de los cuatro evangelios:

Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Taciano, inclusive, elabora un famoso evangelio unificado, intitulado Diatessaron, un trabajo bien hecho, leído durante siglos en muchos núcleos. El problema es que una tal selección presupone una operación de escogencia. Algunos textos pasan, otros no. Así, Taciano elimina todo lo que pueda valorar la vida sexual. Para él, perfección cristiana y vida sexual son incompatibles. En la práctica, ese método de la unificación del evangelio en un solo texto y de la selección de textos es muy usado hasta hoy en la catequesis y en la predicación, lo que es de lamentar.

Una tercera propuesta parte de la presuposición de que la tradición más antigua sería más fiel a los dichos y hechos de Jesús. Hacia el 170 diversos líderes cristianos, inquietos ante la variedad de propuestas presentadas por figuras influyentes como Marción, Valentino, Taciano y Montano, optan por esa propuesta en el sentido de escoger los textos considerados más antiguos. De esta forma, llegan a cuatro evangelios y excluyen los demás. Esa tentativa vale lo que vale, esto es, tiene puntos positivos (en cuanto simplifica las cosas), pero también negativos. Así, no consigue evitar que se infiltre el preconceito (contra el pueblo judío, por ejemplo), la cobardía (al no criticar a las autoridades romanas, por ejemplo), la influencia del ambiente (al abandonar una historia específicamente galilea), la lucha por el poder (al rechazar los textos apocalípticos). Por más que intentemos comprender la motivación de quienes articulan la propuesta de los cuatro evangelios entre los años 170 y 200, es innegable que ella de cierta forma empobrece el mensaje cristiano. Habría sido mejor reconocer que no se dispone de una tradición evangélica aséptica y pura. Todo tiene sus imperfecciones, y las tradiciones evangélicas no escapan a la regla.

40. ¿Qué pensar de los estudios sobre el “Jesús histórico”?

La cuestión planteada en el capítulo anterior evoca otra que preocupó a muchos estudiosos en los dos últimos siglos: el empeño por llegar a un mejor conocimiento del “Jesús histórico”, el Jesús tal cual existió, actuó y habló. Desde el famoso libro de Renan: Jesús (1863), y pasando por Schweitzer (1906) y Klausner (1927), la investigación de los orígenes cristianos ha manifestado

una mayor concentración en el estudio de la figura de Jesús que en el estudio del movimiento social que se constituyó alrededor suyo. Estudios recientes, como el de Charlesworth (1992), Crossan (1994), Meier (la primera parte publicada en 1993), Vermes (1995), se enfocan predominantemente en Jesús y relegan su movimiento a la sombra.

Este tipo de estudio tiene la desventaja de no prestar la debida atención a los escritos de la primera generación (tanto a las cartas de Pablo como a los primeros evangelios), que muestran poco interés por la persona histórica de Jesús. Apenas tres ejemplos. Como ya escribí arriba, lo que interesa a Pablo no es la persona de Jesús, ni tampoco sus palabras (él no lo cita), sino lo que está detrás de la palabra y que él llama "soplo". Yo diría: lo que interesa a Pablo es el Ungido, es decir, la persona histórica animada por el soplo de Dios. El Ungido es la nueva autoridad del universo. Todo lo demás es obsoleto y no vale más nada.

Lo mismo acontece con el evangelio Q, escrito con la intención de agudizar la sensibilidad por los marginados y excluidos de la sociedad, adquirir un alto nivel ético, además de mucha apertura de espíritu. El evangelio Q no duda en tocar uno de los puntos más difíciles para los judíos, acostumbrados a considerarse herederos de la única religión verdadera, vale decir: el perdón al adversario, no siete veces, sino setenta veces siete. Otros puntos son la no-violencia activa, la sinceridad encima de todo ("que su sí sea sí"), el cultivo de las "pequeñas virtudes" de la modestia, discreción y fidelidad.

Un tercer ejemplo remite a otro documento hoy considerado, por lo menos por algunos de los mejores estudiosos de la materia (como Helmut Koester), entre los textos de la primera generación: el evangelio de Tomás. Se trata de un texto que contiene altas exigencias en términos del coraje de pensar por cabeza propia, de no dejarse llevar por el pensamiento de otro ni por la presión de la sociedad, de saber resistir y mantener la firmeza en medio de las dificultades. He aquí un texto para militantes de movimientos que no cuentan con el apoyo de la sociedad. Esos movimientos no suelen practicar el culto a la personalidad, ni insisten en el seguimiento incondicional de un líder, puesto que son contrarios a la heroicización.

En los textos de la primera generación cristiana hallamos el perfil de un cristianismo (todavía) no centrado en la figura de Jesús. Pienso que un autor como Horsley, a quien presento en el capítulo siguiente y que analiza el carácter fundamentalmente

campesino del movimiento de Jesús, sin detenerse demasiado en la persona de su animador, tiene más condiciones y posibilidades de hacer un trabajo provechoso que los estudiosos que se ocupan con la cuestión del "Jesús histórico".

41. Apóstoles eufóricos

Los evangelios de la primera generación aluden a una iniciativa exitosa de Jesús: la de enviar apóstoles por las pequeñas fincas rurales o chacras de Galilea. La acción impresiona tanto, que repercute en tres evangelios de la segunda generación: Mc 6,6-13; Mt 10,9-14; Lc 9,1-6. El relato de la misión, tal cual lo leemos en el capítulo 6 del evangelio de Marcos, impacta por el tono ejecutivo y la rapidez con que las órdenes deben ser ejecutadas, con eficacia y en conformidad con lo planeado. Se trata realmente de una revolución, un cambio repentino de las mentalidades del pueblo galileo. La autoridad de los apóstoles es absolutamente nueva. Mucho más categórica que la de los escribas, fariseos y sacerdotes del templo.

El envío de apóstoles es parte de un proyecto en el sentido de formar un cuerpo de "itinerantes radicales" (el término es del biblista alemán Gerd Theissen) para recorrer Galilea, con la finalidad de despertar en el pueblo la capacidad adormecida de resolver por sí mismo sus problemas.

Les recomendó que nada llevaran para el camino,
a no ser un cayado apenas, ni pan, ni alforja, ni dinero en el
cinto...

Los que llegaban y los que partían eran tantos
que no tenían tiempo ni de comer.

En un primer momento el pueblo no entiende nada, sin embargo pronto se deja contagiar por el entusiasmo de los apóstoles y ayuda a "expulsar los demonios".

Los apóstoles vuelven eufóricos: "Hasta los demonios nos obedecen" (Lc 10,17). Los tiempos nuevos, anunciados por Moisés y Elías, están llegando. Llegan los días del éxodo y de la pascua. Ahora, en estos días, estamos pasando de Egipto hacia la tierra de la promesa. Y así como hubo la pascua en Egipto, la travesía del Mar Rojo, el retiro de cuarenta años en el desierto, el maná, las tablas de la ley en el Sinaí, el arca de la alianza, así también

los apóstoles anuncian una nueva pascua, una nueva travesía (del lago de Genesaret), un nuevo retiro en el desierto (del otro lado del lago), una nueva alimentación en el desierto (Mc 6,30-42), un nuevo Sinaí y, finalmente, la remoción del sistema opresivo que se apropió del templo y la instalación de un nuevo orden social. En la hora del anuncio de tan sorprendente novedad, de tan promisoría “buena nueva”, todo tiene que ir de prisa. De ahí la misión de setenta y dos enviados a recorrer los campos de Galilea: “El Reino de Dios está próximo” (Mt 10,7; Lc 9,2).

42. Un movimiento campesino

A partir de esas incursiones exitosas en las pequeñas fincas o chacras de Galilea, el movimiento de Jesús comienza a tener éxito en la región. El pueblo empieza a soñar con cosas nunca antes esperadas: mesa llena, salud, bienestar para las familias campesinas. Quien nos informa es el autor estadounidense Horsley, en su libro *Bandidos, profetas y mesías*¹, que muestra el movimiento de Jesús relacionado con los estratos más populosos y olvidados de la sociedad.

Desde el surgimiento de la ciudad, ocho mil años atrás, los campesinos viven en sociedades marcadas por la injusticia, con privilegios para unos y la exclusión de las personas del campo. Los propietarios y comerciantes se apropian de los granos y demás víveres producidos en el campo, mientras el productor campesino depende de ellos para garantizar su sobrevivencia. Si no hay quien lleve los productos a la ciudad, estos se pudren. Al apropiarse de los granos, el propietario al mismo tiempo se apropia de la palabra. Proclama que la tierra le viene de los antepasados, de documentos legítimos de posesión. Pasa entonces a cobrar impuestos a los campesinos a cambio del uso de la tierra. He aquí la “historia oficial”, que no encuentra respuesta por parte de campesinos privados de las letras, de la instrucción, de un discurso legitimado por la sociedad.

Reconocer el carácter campesino del movimiento de Jesús abre nuevas perspectivas. La Baja Galilea, tierra fértil en producción de trigo, uva y oliva, queda en las manos de propietarios que

¹ São Paulo, Editora Paulus, 1995.

viven en Séforis, Cafarnaúm, Tiberíades, y dejan el cuidado de sus haciendas a administradores que por su parte contratan trabajadores por día (la parábola de la undécima hora) y otros “moradores” para hacer el servicio pesado. Quien mora en la tierra no tiene la propiedad, en tanto los propietarios viven fuera, en la gran ciudad.

El propio Jesús es originario de la aldea campesina de Nazaret y es con base en la emoción y la indignación frente a las condiciones de vida campesina, que decide entrar en la escena pública. Solamente dentro del mundo referencial campesino se entienden los evangelios de la primera generación. Ahí aparecen personas del campo con capacidad intelectual envidiable, herederos de una larga y bonita tradición intelectual cultivada en Israel por muchos siglos. Intelectuales del pueblo, de manos callosas, filósofos a su modo, cuidadosos por descubrir siempre el sentido más profundo de las cosas.

43. Los campesinos reconocen a Jesús

Es a partir de la manera de pensar de los campesinos galileos de los años 20-40 que alcanzamos a comprender la figura de Jesús. Él es inmediatamente entendido por ellos, sin mayores dificultades, como profeta y ungido. ¿Cómo entender esto?

Los campesinos son muy religiosos. Constituyen la base multiseccular de las religiones. Antiguamente ellos llenaban las sinagogas, más tarde las casas comunitarias, aún más tarde las basílicas y las iglesias, en un movimiento ininterrumpido que dura siglos y que a final de cuentas perdura hasta hoy. Ellos nos acompañan ya por seis o siete mil años y constituyen “más de la mitad de las personas que vivieron desde el inicio de los tiempos”, como afirma Horsley en el citado libro. A lo largo de los siglos, nacen, viven y mueren sin prácticamente ningún registro escrito de su paso por la tierra.

Los documentos cristianos no son una excepción: casi no mencionan a los campesinos. En la época de Jesús ellos constituían más del 90% de la población de Palestina, aun así esa mayoría es poco nombrada en los textos evangélicos. Ahí se habla antes de fariseos y “doctores de la ley” que de campesinos.

Jesús no es el único que asume el liderazgo de un movimiento campesino en la Palestina de aquel tiempo. Horsley (1995: 222s.)

se preguntó cuáles eran los nombres dados por los campesinos de la época a líderes de movimientos de liberación. Llegó a tres términos típicos: bandido, mesías y profeta. Definió así una tipología de los movimientos campesinos, y registró un listado de nombres. Bandidos famosos son Ezequías (cerca de 47-38 a. C.), los salteadores de las cavernas en la década de los treinta d. C., Eleazar ben Dinai (30-50), Tomolau (inicio de la década de los cuarenta), Jesús hijo de Safías (década de los sesenta) y Juan de Gíscala (año 66). Entre los mesías contamos a Judas, hijo de Ezequías, y a Simón (ambos aproximadamente en el año 4); Antroges (aproximadamente 4-20); Manaém, hijo de Judas el Galileo (aproximadamente año 66); Simão bar Giora (68-70) y Bar Kokeba (132-135). Profetas conocidos son Juan Bautista (finales del decenio de los veinte), el Samaritano (aproximadamente 26-36), Teudas (aproximadamente año 45), el Egipcio (aproximadamente año 56) y Jesús, hijo de Ananías (62-69).

Todos esos movimientos buscan revertir una situación de extrema injusticia, penuria y marginación. Por lo general son dirigidos contra la élite nacional templaria, la casa de Herodes o los representantes del imperio romano. Jesús nunca fue reconocido como bandido (aunque haya sido crucificado entre dos "salteadores", o sea: bandidos), no obstante era relativamente fácil para los campesinos galileos reconocer en él un mesías o un profeta. El referencial se encuentra en la cultura campesina de la época, transmitida en las sinagogas. Ahí las figuras del ungido y el profeta son conocidas y se espera el surgimiento de un ungido (como David), que conduzca la resistencia de su pueblo contra la dominación, o de un profeta tipo Elías o Eliseo. Figuras como Amós, Miqueas o Jeremías, son de igual modo muy populares.

44. Jesús: ungido y profeta

Los campesinos reconocen enseguida en Jesús a un "ungido". La expresión "Reino de Dios", utilizada por él, corresponde a una larga tradición de espera de una realeza popular. Los romanos condenan a Jesús bajo la acusación de ser "rey de los judíos" (Mc 15,26), un término usado por el pueblo en relación a Jesús. Por otro parte, Flavio Josefo, el historiador judío que sigue siendo nuestra mayor fuente de conocimiento acerca de toda esa historia, atestigua que el pueblo judío acostumbraba aclamar como reyes

a sus líderes. En realidad, "esos reyes populares aclamados por el pueblo eran líderes armados" (Horsley, 1995: 122). Jesús huye del figurín. Es un "ungido" diferente. No anda armado. Es un "ungido" campesino de verdad (o, si quieren, un cristo, pues "cristo" es la traducción griega del término hebreo mashiah o mesías, ungido), un rey ungido para liderar a su pueblo.

No se busque en el término "cristo", por lo menos en lo que atañe al período que nos ocupa, otra cosa sino la simple traducción de un término muy común entre los campesinos galileos de la época. Solo más tarde, ya en un ambiente cristiano, la expresión se vuelve más compleja, en particular con la asimilación de lineamientos filosóficos griegos. Los campesinos de Galilea tampoco encuentran dificultad en descubrir en la persona de Jesús un profeta (Mc 6,15-16). Él hace lo que se espera de un profeta, inspira con dinamismo un movimiento que en último análisis es de Dios. Los campesinos perciben en él un nuevo Moisés, Josué, un nuevo líder del tiempo de los Jueces, un nuevo Elías o Eliseo, de cualquier modo una gran figura que corresponde a la vigorosa tradición de profetas de Israel. Pues los profetas son figuras eminentemente populares. Hay poca evidencia del surgimiento de profetas en medio de los fariseos o de los esenios, quienes viven lejos del pueblo. Uno de los profetas con quien Jesús se aproxima es Juan Bautista, considerado el predecesor o hasta mentor suyo, por la proximidad de los mensajes de ambos.

45. Una victoria de la no-violencia

Tanto el historiador judío Flavio Josefo como el romano Tácito relatan que, entre los años 29 y 36, Palestina vive una relativa calma en el plano político, lo que se debe al método de no-violencia activa tan admirablemente puesto en práctica por los judíos en los acontecimientos del año 26. El hecho merece ser relatado aquí, ya que en mi entender tiene algo que ver con el comportamiento de Jesús.

El procurador romano Pilatos manda traer una especie de banderolas del emperador para colocarlas dentro del templo de Jerusalén, sin embargo enfrenta la oposición decisiva de los judíos. Para ellos, mezclar al emperador con Dios era una vergüenza insoportable. Contrariado, el procurador se retira a su residencia en Cesarea, pero aun ahí es seguido por una masa de judíos que

cercan su casa y permanecen ahí de rodillas por cinco días y otras tantas noches. La situación se hace insostenible y Pilatos manda entonces conducir a los manifestantes al estadio de la ciudad, se sienta en la silla del juez y ordena que tres hileras de soldados los cerquen. Dejemos a Flavio Josefo con la palabra:

Los judíos se echaron por tierra, ofrecieron sus nuca y gritaron que preferían morir que irrespetar las leyes de su país. Profundamente impresionado, Pilatos ordenó que inmediatamente fueran retiradas las banderolas de Jerusalén ².

Una victoria tan espectacular de la no-violencia activa no podía sino influir la vida pública de Palestina durante la gestión de Pilatos. ¿Por qué entonces Pilatos resuelve entregar a Jesús? Sabemos que Herodes conocía ya a Jesús, lo mismo que los fariseos y escribas. ¿Hubo una deliberación? Los evangelios nada informan explícitamente, con todo, las entrelíneas permiten percibir que es, ante todo, la perspicacia aliada a la no-violencia la que hace de Jesús un adversario temible. ¿Cómo lidiar con alguien que provoca, en todos los que se le aproximan, un proceso de conversión? ¿Cómo engañar a quien habla en la pura desnudez de la palabra, sin rodeos? Nada se le escapa, él desnuda a quienes

Gustan del lugar de honor en los banquetes,
de los primeros asientos en las sinagogas,
de recibir los saludos en las plazas públicas,
que los hombres les llamen “rabbi” (Mt 23, 6-7).

La no-violencia se relaciona con la simplicidad del corazón. La persona de corazón simple no es violenta. En el lenguaje semita, el “corazón” es la verdad de la persona. Ella puede abrirse o endurecerse (tornarse de “corazón duro”). Se vuelve “doble” cuando el comportamiento externo no corresponde a la verdad interna. Es el corazón dividido entre Dios y César, el servicio y el poder. La paz de la persona está en la simplicidad del corazón, o sea, en el amor a Dios que significa al mismo tiempo solidaridad humana. Amar a Dios y al prójimo es una sola cosa. El modelo del precepto fundamental del evangelio es la propia simplicidad de Dios. Dios en el cielo, la solidaridad en la tierra.

² Flavio Josefo, Guerra judaica. São Paulo, Editora das Américas, 1945-1963, pág. 174.

46. Las tácticas campesinas

Jesús brega con una situación en la que los campesinos de Galilea viven prácticamente “sin tierra”, trabajando en las tierras de los grandes latifundistas. La concentración latifundista se había agravado desde el momento en que se inició la exportación de los productos agrícolas de la fértil Galilea: trigo y aceite. Los “sin tierra” son asimismo los “sin letras”, no saben leer ni escribir. Para muchos, ellos parecen simplones y hasta ingenuos.

¿Será cierto? ¿Será que los “sin tierra” y “sin letras” son en verdad “sin táctica”? Todo lo contrario. Como no disponen de medios para presentar su manera de entender la vida, los campesinos descubren —con astucia— hilos de liberación dentro del propio tejido opresivo con que la élite busca envolverlos. De esa forma corren menor riesgo de ser hostilizados. El pueblo campesino posee una multiseccular habilidad, hecha de mil y una artimañas, para desenmascarar los más duros proyectos elaborados para someterlo a la obediencia y sumisión. Todos los que tengan algún contacto con el medio campesino conocen algunas de esas tácticas (burlas, retenciones, indolencias, “tortuguismo”, ignorancias y servilismos aparentes, ironías), que constituyen un arsenal de resistencia. La élite también las conoce, pero prefiere mantener la ilusión de la legitimidad del poder de los propietarios sobre la sociedad. He aquí un primer punto: la cotidianidad de una subversión silenciosa y sutil. Sin embargo, no siempre las cosas permanecen silenciosas y aparentemente tranquilas. Hay raros momentos en que a causa del coraje y liderazgo de alguien que hable abiertamente en nombre de los campesinos, la contradicción se hace explícita.

Cuando Jesús proclama en alta voz: “El reino (de justicia y fraternidad) está llegando”, su simple palabra conmueve los pilares de la sociedad palestinese: el templo, la dinastía de Herodes y, sobre todo, la supremacía romana. De ahí, de un lado, la prisa de los apóstoles en anunciar por todas las chacras la palabra de orden: “El reino está llegando”, y, de otro lado, la rápida reacción de las autoridades. Frente al choque causado por las palabras de los apóstoles, muchos campesinos toman conciencia de lo que durante generaciones permanecerá en las sombrías regiones entre conciencia y subconciencia, presentimiento emocional y evidencia racional. Con todo, la élite también percibe de inmediato que no hay que perder tiempo. Jesús, el maestro de Galilea, es más peligroso que los profetas exaltados que sin razón lo prometen

todo, o que los guerrilleros de las laderas del Mar Muerto. La élite capta que el anuncio de la llegada inminente del reino de Dios pone en peligro el sistema como un todo. La solución solo puede ser la intervención violenta, por más que acarree daños morales a la imagen de la institución. No hay lugar para procedimientos más prudentes, es necesario eliminar a Jesús. Este es ejecutado, pero su muerte causa un daño irreparable a la versión oficial de la historia. Nunca más el discurso sobre la legitimidad de los poderosos recupera la autoridad de antes, tal la conmoción producida por las palabras del maestro galileo. Ciertas palabras milenarias quedan irremediadamente desacreditadas, por más que se intente revitalizarlas. Todavía hoy vivimos bajo el impacto del electrificante grito de Jesús: “El Reino de Dios está llegando”.

47. Enviados a los “sin tierra”

La iglesia interpreta con frecuencia el relato de la misión de los doce apóstoles (Mc 6,6-56) como un texto que se aplica a los sacerdotes, quienes por consiguiente deben llevar un estilo de vida muy diferente al de los comunes mortales, mucho más radical. Recientemente algunos estudiosos plantean que Jesús quiso formar grupos de laicos “itinerantes radicales”, personas dispuestas a recorrer las aldeas y las chacras de Galilea, viviendo la pobreza, la fraternidad y la gratuidad de forma radical. Esos grupos serían como fermento en la masa.

Ahora bien, no se puede ir demasiado lejos en esas interpretaciones. Siempre es bueno ver y comparar lo que está escrito en la Biblia con lo vivido diariamente. Los apóstoles no son enviados nada más para “andar”, para “dejarlo todo”, para ser radicales en el comportamiento a la manera de los filósofos cínicos de la época. Ellos son enviados para acompañar el movimiento de los “sin tierra” y comunicar: el tiempo anunciado por Moisés y Elías, llegó.

Estamos en el tiempo del éxodo y de la pascua. Ahora, en estos días, estamos saliendo de Egipto, atravesamos el Mar Rojo, andamos cuarenta años en el desierto, comemos el maná, recibimos las tablas de la ley en el Sinaí, y finalmente protegemos el arca de la alianza. Los apóstoles de Jesús anuncian y realizan una nueva pascua, una nueva travesía (del lago Genesaret), un nuevo retiro en el desierto (del otro lado del lago), una nueva alimentación

en el desierto (Jn 6), un nuevo Sinaí y, por último, una nueva ley, que consiste en la remoción del sistema opresivo instalado en el templo y en la instauración de un nuevo orden social.

La autoridad de esos apóstoles es absolutamente nueva, es distinta de la autoridad de los escribas y fariseos y de los que se apropiaron del templo. Este tiene que ser restituido a Dios: “La casa de mi Padre es una casa de oración y ustedes hicieron de ella una cueva de ladrones”. Como vimos ya en un capítulo anterior, en el momento de la proclama de tan extraordinaria novedad (evangelio), todo tiene que ir de prisa. De ahí la misión de setenta y dos apóstoles para recorrer todas las chacras de Galilea. La meta es un rompimiento abierto con el sistema elitista y dominador asentado en el templo de Jerusalén. No obstante Jesús enfrenta adversarios desiguales. La respuesta de la élite es rápida y brutal. Ella decide eliminar al hombre que había anunciado públicamente el nuevo mensaje.

¿Esa lucha con los “sin tierra” tiene resultados palpables en la historia? Es claro que Jesús y sus apóstoles no disponen de los medios políticos, económicos y sociales comunes para resistir al poder de la élite dominante. Aun así, ellos disponen de un poder mayor: el de la imaginación, la fe, la confianza, la habilidad y la astucia por parte de los pobres. El poder de la religión, a final de cuentas. La memoria subversiva del rompimiento público entre el movimiento campesino y el dominio de la élite del templo, de la casa de Herodes y del imperio romano continúa, hasta hoy, agitando las conciencias, por más que se intente explicar el cristianismo como un movimiento puramente espiritual y religioso.

48. Tácticas apostólicas

Vale la pena indagar, en el capítulo seis del evangelio de Marcos, cómo Jesús y los apóstoles logran llegar hasta las autoridades del templo y hacer la proclamación pública de la irrupción del reino de Dios delante de todos, mediante bien planificadas y cuidadosas tácticas. En primer lugar, Jesús utiliza la movilidad que le es concedida por ejercer un trabajo relacionado con la carpintería. Los carpinteros pueden circular con libertad sin levantar sospechas entre las autoridades, en oposición a los campesinos que están directamente ligados a la tierra. Quienes

no permanecen en la tierra donde trabajan, son tachados de vagabundos. Jesús no, él puede desplazarse de su aldea Nazaret hacia un centro como Cafarnaúm sin levantar sospechas. Ahí él comienza a relacionarse con pescadores, trabajadores que de igual modo pueden desplazarse con cierta libertad, y a hacerse de compañeros entre ellos. Una movilización en gran escala en el mundo campesino propiamente dicho, habría provocado sospechas entre las autoridades que con gran cuidado lo controlan todo, como bien atestiguan los evangelios. Un movimiento de pescadores y artesanos, en cambio, suscita menos desconfianza.

Aun así, al enviar sus apóstoles de dos en dos por las chacras de Galilea, Jesús les recomienda que frecuenten únicamente casas dispuestas a recibirlos. No deben ir de lugar en lugar ni hablar en plaza pública. En las casas se puede discutir la buena nueva del reino inminente con los vecinos, y eventualmente con simpatizantes que vayan llegando. Los apóstoles han de “sacudir el polvo de las sandalias” contra los no simpatizantes. Es una advertencia contra posibles traidores. Es preciso trabajar en secreto.

Sin embargo, la élite va tomando conocimiento de que algo está ocurriendo en el tan sumiso y sosegado mundo campesino. El pueblo empieza a hablar de un poderoso curandero que anda por Galilea. La casa de Herodes se inquieta. En adelante es preciso que Jesús se retire con los apóstoles a lugares desiertos, en la frontera, más allá de lago de Genesaret. Quiere evitar una confrontación prematura con las autoridades y crear espacio para que el grupo crezca en seguidores y simpatizantes. Las regiones fronterizas siempre son difíciles de controlar. Así, Jesús y los suyos están seguros, aunque no desapercibidos. Inmediatamente después de la alimentación milagrosa en el desierto, una delegación enviada por las autoridades demanda de Jesús una declaración pública acerca de sus reales intenciones. Él se niega, respondiendo de manera velada y ambigua: “cuidado con la levadura de los fariseos y de Herodes” (Mc 8,15). No hay forma de escapar más: una confrontación abierta es cada vez más inevitable. Al fin, Jesús y sus apóstoles consiguen llegar al templo con un número no despreciable de campesinos galileos y sus familias.

Esta historia, contada en los evangelios, muestra cómo el disfraz y el secreto fueron vitales en la conducción del proceso, dentro de la perturbada Palestina de la época. Si los apóstoles hubiesen trabajado abiertamente, de seguro las autoridades del templo habrían enviado un contingente de soldados al norte. Jesús usa con habilidad el poder de la religión para desestabilizar

el sistema: “el reino de Dios está llegando”. La religión preserva la memoria de Jesús. Matando a Jesús, las autoridades cometen un error histórico. Rápidamente su figura se convierte en punto de atracción por todas partes: en Siria, Egipto, Asia Menor, el Mediterráneo oriental y hasta en Mesopotamia. Lo que queda en adelante a los dueños del poder es el incansable empeño por manipular el contundente mensaje de Jesús, un proceso que dura ya dos mil años.

49. Un adversario invencible

Las tácticas simples de Jesús (no violencia, transparencia, sencillez de corazón) hacen de él un adversario invencible. Ni Pilatos, ni Herodes, ni el sumo sacerdote del templo resisten entablar un diálogo con él. Le temen más que a cualquier bandido armado.

La invencible lucidez de Jesús se revela a la hora de las tres tentaciones en el desierto, cuando se rehúsa a usar los medios utilizados por todos los políticos para atraer a las multitudes: pan, milagro, poder (Mt 4,1-11). La narración de esas tentaciones pasará al cristianismo y causará un daño irreparable a los poderes constituidos. En ningún lugar del mundo donde se difunde un cristianismo mínimamente libre, el discurso sobre la legitimidad de los poderosos recupera su antigua autoridad. La conmoción causada por las palabras del maestro galileo es definitiva. Ciertos conceptos multiseculares quedan desacreditados, por más que se insista en revitalizarlos a través de sacrosantos imperios, sacerdocios eternos, consagraciones “por la gracia de Dios”, lo mismo que por la inquisición y diversos procedimientos represivos.

Existe un comentario famoso acerca de las tres tentaciones en el desierto, en la leyenda del gran inquisidor de Dostoievski inserta en su romance Los hermanos Karamazov. El romancista pone a Jesús delante del inquisidor de Sevilla, que representa a la iglesia, y se presenta como continuador de su obra. El inquisidor lo acusa de no haber cedido a las tentaciones del desierto, pues ellas abren el camino de la historia. Tranquilamente afirma que, en efecto, la iglesia se articula sobre las tres alianzas sugeridas por Satanás. Ella da pan, milagros y “la espada de César”, es decir, la alianza con el poder, y con eso hace mucho bien. Hablando de lo elevado de su muy exitosa experiencia, el inquisidor afirma que Jesús está equivocado:

Usted quiere ir al mundo y va con las manos desnudas, con una oferta de libertad que ellos [los pueblos], en su simplicidad e innata falta de visión, no consiguen imaginar, que les infunde horror y espanto. Ha hecho un juicio demasiado elevado respecto a los hombres.

Jesús permanece callado³.

Del mismo modo, las autoridades no soportan el silencio de Jesús y resuelven asesinarlo mediante una farsa de proceso judicial. Pero las cosas se les dan mal: muy rápidamente, la figura de Jesús se proyecta por todas partes.

50. ¿Jesús guerrillero?

Una cuestión que levantó una gran polvareda entre las décadas de los sesenta y los ochenta del siglo pasado, fue la de una pretendida relación entre el movimiento de Jesús y el de los así llamados zelotas, guerrilleros de la época. Se trató de una consecuencia de la fuerte polarización en torno a la cuestión de la violencia y la no-violencia vigente en esos años. Como diversos movimientos marxistas efectivamente habían conquistado el poder en diferentes países (Rusia, China, Cuba) mediante la lucha armada, hubo una asimilación entre movimientos populares y violencia. De ahí que algunos defendían un Jesús no-violento en oposición a movimientos campesinos violentos, mientras otros presentaban una especie de Jesús guerrillero.

¿Qué decir? En nuestro estudio *El movimiento de Jesús*⁴ ya escribimos que de esa forma la cuestión está mal planteada, por un motivo muy simple: Jesús nunca bregó con zelotas por el hecho de que el movimiento no existía en su época. Horsley (1995: 9s.) explica:

Los zelotas, tal cual acostumbran aparecer en los estudios recientes, son una elaboración académica reciente... Sencillamente no hay pruebas de un movimiento organizado que hubiese defendido la revuelta armada contra Roma entre los años 6 y 66.

³ Véase el comentario de Juan Luis Segundo en *Essa Comunidade chamada Igreja*. São Paulo, Loyola, 1976, págs. 107-109.

⁴ Petrópolis, Vozes, 1994. Edición española: *El movimiento de Jesús*. México D. F., Ediciones Dabar, 1996.

En la época de la vida de Jesús prevalece la resistencia no-violenta (véase capítulo 46). La violencia armada solamente surge en el invierno de 67-68, esto es, las personas toman las armas en el momento en que comienza la guerra judaica contra Roma, la que termina de modo tan dramático con la destrucción del templo de Jerusalén por los ejércitos del emperador Tito.

51. El combate al hambre

La guerra de Jesús es otra. Él combate el hambre, la enfermedad, la injusticia, la miseria entre los am há'aretz (arameo: pueblo de la tierra, campesinos). Jesús quiere remitir a cuestiones muy concretas que afligen al pueblo campesino de Galilea. La primera de ellas, la más urgente, es el hambre. No el hambre casual de quien está fuera de casa y no tiene donde obtener comida, sino el hambre endémica de los que pasan hambre durante toda su vida. La tarea es urgente. El hambre no conoce espera. La religión de los hambrientos tiene como señal primera y principal de esperanza la mesa llena, el pan, el vino, la "eucaristía" (agradecimiento) por causa del pan y el vino que aparecen en la mesa.

El hambre del pueblo constituye la primera urgencia, la inmediata, que lleva a Jesús a actuar. Él sale del anonimato y se manifiesta ante la sociedad. Inconforme con el hambre que ve por todas partes, quiere remediar la que le parece una situación insostenible. Jesús es el primero en preocuparse por dar de comer al pueblo, la comida sencilla de todos los días: pan y peces. Evocaciones de mesa abundante se repiten a lo largo de las narraciones evangélicas. La felicidad suprema consiste en "nunca más tener hambre, nunca más tener sed" (Ap 7,16). Porque morir de hambre es la última desgracia (Ap 6,8).

La expresión "pan y pez" aparece continuamente en los evangelios. Es que la atención del pobre siempre está volcada hacia la mesa y lo que sobre ella se pueda encontrar: pan y pez. Quien pasa hambre solo ve ante sí el espejismo de la comida abundante. Gandhi expresa: "Para el hambriento Dios tiene la figura de pan". He aquí el sueño de los pobres de todos los tiempos y cuadrantes de este mundo, el sueño que habita en las mentes de los primeros oyentes de Jesús en Galilea.

Es en su juventud, durante sus largas caminatas por las chacras de Galilea, que Jesús observa el hambre del pueblo. Durante

toda su vida conserva las imágenes del hambre recogidas en las andanzas para entregar piezas de carpintería a los habitantes de la región (Mt 13,55). De ahí su orientación a los apóstoles: no digan únicamente palabras generosas, la fraternidad tiene dimensiones concretas, inclusive materiales y financieras (Mc 10,21; Mt 19,16-30). Lo que enraza las narraciones evangélicas en el suelo de la realidad vivida es su íntima relación con el mundo de los hambrientos. Jesús trata de manera directa con hambrientos y dirige su palabra y su acción en beneficio de ellos.

Escribe José Comblin: "El evangelio es una palabra dirigida a los hambrientos". Los campesinos galileos vislumbran una situación totalmente nueva en las palabras del evangelio, una comunión en el pan y el pez, una solidaridad entre todos, la circulación de los bienes de la vida entre todas las personas. ¡Qué alegría se transparenta en los textos que tratan de esa comunión de bienes entre todos! ¡Un sueño largamente acariciado: "No habrá pobres entre ustedes" (Dt 15,4), se está haciendo realidad!

52. La eucaristía

La eucaristía es el exuberante grito de alegría en la hora en que aparece el pan en la mesa, en el momento de la multiplicación de los panes en la mesa. Si raspamos el barniz de los siglos que recubre los distintos relatos evangélicos de esas multiplicaciones, veremos que se trata ante todo del entusiasmo de las personas frente a la acción de Jesús y de los apóstoles en pro del pan para todos. Los textos evangélicos que narran esa multiplicación han sido tan manipulados que han llegado hasta nosotros con una serie de exageraciones, agregados y comentarios, al punto de hacerse casi imposible el reconocimiento de lo que realmente aconteció.

Acepto la explicación de Theissen para quien en el origen de la narración está el episodio en que el grupo reunido alrededor de Jesús se queda sin comida a una avanzada hora de la noche. En aquella oportunidad, argumenta Theissen, Juana, mujer de Cuza (quien trabajaba en la casa de Herodes), podría haber enviado al grupo, aislado en el campo, pan, frutas y peces ⁵. Es una entre muchas explicaciones. Con todo, el autor no explica lo principal:

⁵ Theissen, G. A Sombra do Galileu. Petrópolis, Vozes, 1989, pág. 143.

la acción eficaz de Jesús frente al hambre endémica del pueblo galileo.

Si los cuatro evangelistas hablan con insistencia de esa multiplicación y muestran el gran entusiasmo del momento, y si refieren que los ayudantes recogen los restos de pan con extremo cuidado "para que nada se pierda", es que debe haber habido algo más que un milagro, un momento maravilloso, aunque pasajero. Jesús debe haber pensado en un plan en el sentido de vencer el flagelo del hambre. Si las personas exclaman: "Ese es verdaderamente el profeta que debe venir al mundo", es porque entienden que apareció un hombre capaz de multiplicar el pan en la boca del pueblo. ¿Qué fue lo que él hizo? Enseñó a sus seguidores a compartir con otros el pan en la mesa. Ensayó una conducta radicalmente nueva frente a la cuestión del hambre, una "comunión de bienes", una "comensalidad" franca y abierta.

Esa nueva conducta no se aplica solamente al hambre, sino también a otros tópicos de la vida cotidiana como, por ejemplo, al terror provocado por el pago compulsivo de tres impuestos: uno al templo, otro al estado y un tercero a los que se decían enviados por las autoridades del imperio y que muchas veces no eran más que aventureros que andaban por las chacras aterrorizando al pueblo. Ese pago compulsivo aterrorizaba a los campesinos por la amenaza de prisión en caso de que no pagasen. Ese debe haber sido un problema difícil para los campesinos de Galilea. Informaciones provenientes de otras regiones muestran que quizá en toda la extensión del imperio, el impuesto causaba un continuo dolor de cabeza en las personas. Papiros (pequeños billetes) de la misma época encontrados en las arenas de Egipto, atestiguan las mismas dificultades fiscales enfrentadas por campesinos coptos. Jesús tomó posición frente a esa cuestión y estimuló la "comunión de bienes", en el sentido de constituir una "caja común" para pagar deudas.

Hay indicios en los evangelios de que quienes tenían mejores condiciones ayudaban a otros a pagar los impuestos. Había compañeros más afortunados que aportaban grandes sumas para la constitución de un patrimonio comunitario, como relatan los Hechos de los Apóstoles en el caso de Bernabé, quien "siguió la orden del Señor, vendió su campo y dio la suma a los apóstoles" (Hch 4,36-37). Los mismos Hechos (2, 44) confirman que así hicieron muchos: "vendían sus campos y sus propiedades y compartían el resultado entre todos, según las necesidades de cada uno". Todo eso suscita la eucaristía.

53. El judaísmo frente al hambre

El hecho de tener un plan para erradicar el hambre del pueblo no es una iniciativa enteramente nueva por parte de Jesús. La idea de un reino de Dios que aparece en la forma de pan para todos, ya se encuentra en la antigua tradición de Israel. Todos son hijos de Israel, ricos y pobres, propietarios de tierras y quienes vagan por los caminos. La actuación de Jesús y de los apóstoles recupera esa antigua tradición, en la línea de los profetas que siempre criticaron la no-observancia de ciertos puntos de la legislación social y económica de Israel e insistieron en la organización solidaria del pueblo.

Las palabras de Jesús se sitúan frente a un ambiente judaico. Todos somos hijos de Dios y, por consiguiente, hermanos y hermanas entre nosotros. Luego, la comunión de bienes nos es connatural. La cena de los judíos, el seder, que los cristianos llamarán “cena” o también “eucaristía”, es el momento en que las alegrías de la mesa sustituyen el hambre. Hasta hoy, los judíos aman la mesa y la fiesta en torno a ella. Toda su religión está centrada en la “mesa de la comunión”. El momento religioso por excelencia no es el del libro y la lectura, sino el momento de la mesa y la comida en torno a ella.

El judaísmo bien vivido implica una lucha contra el hambre, para que todos puedan participar de la misma mesa. El movimiento de Jesús se inserta en esa tradición judaica de la victoria sobre el hambre. En torno a la mesa no hay diferencia entre griego y judío, hombre y mujer, esclavo y señor, circunciso e incircunciso, bárbaro y ciudadano romano. Todos tienen boca y estómago, todos sienten hambre y se alegran cuando están frente a los alimentos. Como dicen los primeros textos cristianos: dos se hacen uno. El tema “dos en uno” vuelve con frecuencia en los primeros documentos cristianos y evoca exactamente la mesa, de manera concreta. En torno a la mesa todos son “uno”. El sentido de “dos en uno” significa en sus orígenes que la situación de hambre en el mundo es superada cuando las personas se unen y rompen las fronteras existentes entre personas y naciones. El realismo de la boca y del estómago se revela a la hora de comer. Si todos tienen estómago, entonces todos tienen que unirse frente al enemigo común: el hambre. He aquí una formulación bien característica del proyecto inicial del movimiento de Jesús. Ella constituye la esencia de los mensajes transmitidos por el joven movimiento: seguir a Jesús significa practicar, de una forma u otra, la comunión

de bienes, para luchar de modo concreto contra la vergüenza del hambre que devasta a la humanidad. Es así como las primeras comunidades entienden las cosas.

54. Pan para todos

El capítulo anterior nos lleva de nuevo al tema de la así llamada “comunión de bienes” que, conforme el relato de los Hechos de los Apóstoles, habría sido practicada en las primeras comunidades (Hch 4,32). ¿Qué pensar de esto? El sistema en que vivimos se resiste a admitir que el cristianismo, en sus documentos más antiguos, haya defendido esa comunión, que le parece muy próxima a un comunismo primitivo. ¿Ese comunismo cristiano habrá existido en verdad algún día? ¿Qué nos informan los documentos? Confesamos que no hallamos mucha cosa, además de los textos genéricos y un tanto idealistas de los Hechos de los Apóstoles.

Un insight realista nos es ofrecido en los capítulos 11 a 15 de la Didajé (un catecismo cristiano elaborado en Siria alrededor del año 120), que refieren cómo recibían las comunidades a los apóstoles itinerantes:

A todo apóstol que venga junto a ustedes, recíbanlo como al Señor. Pero él no se quedará sino un día o dos, si fuese necesario; si se quedase tres días, es un falso profeta (11,4-5; véase también 12,2-5).

Las comunidades no disponen de recursos para hospedar y alimentar por muchos días a personas que no ayuden a costear los gastos de la alimentación. No obstante, con qué placer se describe lo que el apóstol debe recibir cuando se hospeda junto a una comunidad:

Tomen las primicias del lagar y de la era, de los bueyes y de las ovejas y denlas a los profetas, porque ellos son nuestros sumos sacerdotes. Igualmente, si ustedes abriesen una vasija de vino, saquen los primeros tragos y ofrézcanlos a los profetas (13, 1-6).

Una vez más la imagen de una mesa abundante, buen vino, hartura de pan. He aquí los grandes símbolos, los paradigmas litúrgicos, la imagen popular por excelencia del reino de Dios.

El texto de la Didajé muestra que, en efecto, los cristianos compartían la mesa con los recién llegados, si bien no por mucho tiempo. La pobreza no lo permitía. La alegría que ese espíritu de repartición derrama por todo el canto es, a nuestro entender, la clave para el entendimiento de la palabra de Jesús: "Hagan esto en memoria mía". Hagan la fiesta, preparen las comidas, dispongan la cena. Jesús quiere ser recordado en una fiesta, alrededor de una mesa donde es bueno comer con los otros. He aquí la "nueva alianza": todos como hermanos en torno al alimento. El Talmud prescribe que se parta el pan en pedazos y que estos se den a todos los participantes. Es lo que Jesús hace en la multiplicación de los panes. "Pan para todos": he aquí la voluntad del Padre, así en la tierra como en el cielo. Este es el sentido original de esas palabras, pronunciadas diariamente en la liturgia, aunque sin la fuerza de los orígenes. Quién se atreve a decir hoy: "Vamos a dar gracias a Dios, porque nuestra casa dispone de pan para todos. En nuestro barrio no hay más hambrientos. Nuestra solidaridad elimina el hambre".

55. El combate a la enfermedad

Una de las más perversas consecuencias del hambre es la enfermedad. No la enfermedad que aparece como una eventualidad remota, en los países donde la vida está prácticamente garantizada para la mayoría de las personas hasta los treinta años. En esos países las personas recién comienzan a pensar en la muerte a la edad de sesenta años. Ellas mal imaginan cómo es la muerte en el Tercer Mundo de hoy, o en la sociedad campesina del tiempo de Jesús. De acuerdo con estudios realizados en el Tercer Mundo, en promedio, un tercio de los niños que sobreviven al parto mueren antes de completar los seis años. Cerca del 60% de los niños restantes estarán muertos a los 16 años, el 75% a los 26 y el 90% a los 46 años. Solo un número muy pequeño de personas alcanza los sesenta años.

Ahora bien, el cristianismo se desarrolla durante siglos en sociedades donde la muerte era una compañera constante en la vida, no una realidad que apenas empieza a ser visualizada a los sesenta años o más tarde. Lo común era "morir antes de tiempo". Por eso, Jesús y los primeros militantes campesinos se preocupan activamente por la salud del cuerpo, y en ese punto también

el nuevo movimiento se destaca en el mundo campesino de la época. En el seguimiento de Jesús se practica de manera concreta la curación. La nueva religión es una religión de "curanderos". Jesús une las dos recomendaciones: anunciar el reino y curar los enfermos. La cura es señal del reino. Los seguidores son, al mismo tiempo, curanderos y profetas.

Para que se comprenda bien lo que aquí escribimos, es preciso recordar que la expresión "cura" (terapia) está culturalmente condicionada. Lo que una determinada cultura considera enfermizo no es necesariamente considerado tal en otra. En el tiempo de Jesús, la pobreza social es considerada una enfermedad, un mal a ser erradicado, algo vergonzoso para un pueblo. La cura, en ese sentido, implica una serie de actividades terapéuticas tanto de orden físico y psicológico, como asimismo político y social. Por eso, Jesús siempre hace la doble recomendación: curar a los enfermos y anunciar el reino.

Y así permanece hasta hoy: el cristianismo trata de asuntos de tierra, acompaña a los "sin tierra", el mundo del trabajo, la explotación de la mujer, la esclavización del negro, la marginación del campesino, la eliminación del indígena, y toma partido. Esos y otros temas pertenecen al núcleo del mensaje original, no son apenas suplementarios y opcionales. Como en otros aspectos, aquí también Jesús vino a radicalizar y a reafirmar lo que ya estaba escrito en los profetas del Antiguo Testamento y en la Torá.

56. La salud pública en Galilea

Una simple lectura de los tres primeros capítulos del evangelio de Marcos nos convence: la situación de la salud pública en Galilea, en tiempos de Jesús, era sencillamente calamitosa. Ante la absoluta falta de amparo aparecían en medio del pueblo terapeutas de todo tipo: milagreros, exorcistas, curanderos, médicos populares. Las autoridades no gustaban de eso, como se deduce del episodio de curación que envolvió a Pedro y a Juan en el templo (Hch 3,1-10) y que originó una gran confusión con las autoridades del sanedrín (Hch 4,1-22). El impacto de un predicador popular sobre el pueblo dependía en gran medida de su capacidad de curar.

Eso es comprensible: el pobre —hoy y ayer— aguanta y sobrevive cuando está bien de salud. Pero cuando esta falta, es el fin. Los servicios médicos no están a su alcance. Por eso mismo

apela a Dios. En todos los rincones del mundo y en todas las épocas de la historia, la falta generalizada de salud provoca una enorme onda religiosa. La falta de salud es de lejos el mayor combustible de las religiones. Se reza al Dios “compasivo y misericordioso” en todas las religiones, entre judíos y musulmanes, budistas y cristianos, sintoístas, animistas, primitivos y desarrollados, antiguos y modernos, intelectuales y personas del pueblo. El Dios que cura es realmente universal.

Ante la falta de salud pública y las enfermedades generalizadas en Galilea, Jesús se impresiona profundamente. Los evangelios recurren al término griego *splanchnon* (conmoción en las entrañas) para expresar lo que siente delante de los enfermos: “sus entrañas quedaron conmovidas”; “él quedó emocionado de compasión”; “él lloró”. Quienes tienen contacto con Jesús, quedan impresionados con esa demostración de sensibilidad por la “gente de la tierra” y por el abandono en que vive. Jesús acostumbra tocar a las personas enfermas, incluso al leproso de la sinagoga, lo que es muy peligroso pues no existen todavía los antibióticos que hoy permiten esa acción. Todos se extrañan de eso (Mc 1,40; Mt 8,1-4; Lc 5,12-16), más aún porque el tocar está prohibido en las prescripciones rituales e higiénicas de la Torá.

57. Jesús terapeuta

Los textos de la primera generación son los documentos fundamentales que nos informan acerca de la acción de Jesús frente a la enfermedad. Son los relatos de milagros. Desde temprano circula una “colección de milagros”, inserta más tarde en los evangelios de Marcos (2, 6 y 8) y Juan (2-9). Son los “hechos de Jesús” (al lado de sus “dichos”). En ellos Jesús aparece como un gran terapeuta popular, siendo que sus milagros son cuidadosamente registrados. Mateo (4,23-25), por ejemplo, afirma que Jesús vino para “curar toda enfermedad y todo malestar en el pueblo”. Por eso mismo, “numerosas multitudes” de Galilea, así como de Decápolis, Jerusalén, Judea y hasta de la región más allá del Jordán, lo siguen. Es a través de historias de milagros que la primera buena nueva se difunde en Galilea, y después en Judea. Los apóstoles son, a su vez, también terapeutas. Las multitudes empiezan a seguir al grupo de terapeutas que aparecen en las aldeas. Léase en ese sentido Mc 3,7-8 y el texto ya citado de Mateo.

Los cuatro evangelios hablan de grandes multitudes en busca de salud. El evangelio de Juan —un escrito complejo que reúne episodios que solo pueden ser registrados por un testimonio ocular junto a consideraciones teóricas— presenta la imagen de un Jesús preocupado por el sentido que el pueblo da a los milagros (véase Jn 6), y que intenta explicar ese sentido. De ahí el uso que ese evangelio hace del verbo *didaskhein* (en griego: enseñar). Para él, los milagros son “signos” que apuntan hacia un horizonte más allá de la curación inmediata. Esto es fundamental para Juan: el sentido está más allá, no está en la simple curación instantánea.

En efecto, la curación es apenas un signo o señal. Lo importante consiste en la creación de comunidades terapéuticas que brinden un ambiente sano de seguridad y acogimiento. Por eso, las primeras comunidades conceden mucho valor a quienes tienen la capacidad de “curar” por medio de un acogimiento agradable, fraterno. En el listado de los ministerios, el don de curar aparece inmediatamente atrás del carisma de apóstoles, profetas y doctores. De acuerdo con Pablo: “Vienen, seguidamente, los dones de los milagros, de las curaciones, de la asistencia” (1Cor 12,28). La persona sufriende es acogida en un “hogar” donde tiene condiciones de curación, tanto mediante la medicina y la oración, como además el despertar de una conciencia social y política.

El hecho de curar es tan relevante en el primitivo movimiento de Jesús, que el texto copto del evangelio de Tomás (14,2) (que, como ya explicamos, puede, por buenos motivos, ser clasificado entre los textos de la primera generación) emplea el verbo griego “curar” para designar las actividades de los apóstoles en general. Hacer apostolado es curar. Jesús recomienda:

Quando fuesen a cualquier región
y anduviesen por el campo,
cuando las personas los recibiesen,
coman lo que les sirviesen
y curen a aquellas que estuviesen enfermas.

58. Jesús no consigue esconderse más

Con este capítulo terminamos nuestra lectura de los evangelios de la primera generación. A partir de su renombre como terapeuta, Jesús no logra esconderse más. De ahí en adelante, tiene que evitar

la confrontación con quienes vienen de Jerusalén para seguir sus pasos. Para ello, usa al máximo de la movilidad concedida por su condición social de profesional en el transporte y comercialización de objetos de carpintería y se desplaza continuamente. Jesús Se aprovecha con habilidad de esa situación y se traslada de su aldea Nazaret hacia un centro mayor, Cafarnaúm, donde comienza a relacionarse con pescadores, haciendo de ellos sus compañeros y más tarde apóstoles. Articula el movimiento también en otros lugares, siempre en la Baja Galilea.

Como ya dijimos, una movilización en gran escala en el mundo campesino propiamente dicho, habría suscitado sospechas entre unas autoridades que todo lo controlan. Pescadores y artesanos, en cambio, que andan por las veredas que llevan a las chacras donde viven los campesinos de Galilea, producen menos desconfianza. Aun así, Jesús, al enviar a los apóstoles de dos en dos (Mc 6 y correspondientes en Mt y Lc), les recomienda que frecuenten únicamente casas de confianza. En esas casas se puede discutir la buena nueva del reino inminente sin levantar mayores sospechas. Es preciso trabajar con cuidado.

Con todo, el pueblo empieza a esparcir la noticia de un poderoso terapeuta, ungido y profeta, así como de un inminente reino de Dios. Los miembros de la casa de Herodes comienzan a inquietarse y el propio rey piensa que Jesús es Juan Bautista resucitado. Jesús se retira con los apóstoles a lugares distantes, próximos a la frontera, más allá del lago de Genezaret. Quiere evitar una confrontación directa con las autoridades.

Sin embargo no hay manera de esconderse más. Incluso las autoridades en Jerusalén toman conocimiento de lo que pasa en Galilea, una región solo recientemente incorporada al judaísmo y donde las reglas de la Torá son seguidas con demasiada libertad, por lo menos a los ojos de los fundamentalistas de Jerusalén. Ahí se realiza la conexión entre Jesús y los profetas exaltados, los guerrilleros de las pendientes del Mar Muerto, los salteadores de las cavernas, los “ungidos” que prometen de todo al pueblo.

La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, rodeado de galileos, el domingo de Ramos, es la gota que desborda los niveles de tolerancia mantenidos hasta entonces por los defensores de Israel: saduceos que dominan el templo, fariseos que dominan las sinagogas, autoridades romanas, siempre atentas. Todos ven con horror que Jesús y sus apóstoles lideran un número no despreciable de campesinos galileos, dispuestos a presionar a las autoridades y exigirles reaccionar frente al hambre y enfermedad que asolan al

pueblo trabajador de Galilea. La entrada de galileos en Jerusalén es una verdadera manifestación pública, una manifestación política en el sentido actual del término. Como veremos adelante, los evangelios de la segunda generación suavizan la narración, puesto que son redactados después de la estruendosa derrota de los nacionalistas judíos frente a las fuerzas de ocupación romana y de la destrucción del templo de Jerusalén en el año 70 por parte de esas tropas. Se inicia entonces una época de represión, lo que explica el tinte pro-romano de los evangelios de la segunda generación. En vez de buscar un diálogo con la representación popular venida de Galilea, las autoridades del templo resuelven confrontarlas. Piensan que únicamente una intervención enérgica es capaz de salvar la situación, por más que está ocasionada daños morales a la imagen de la institución.

Cuarta Parte

Los evangelios de la segunda
generación

59. Cuáles son los evangelios de la segunda generación

Existe una considerable diferencia entre los evangelios de la primera generación y los de la segunda. Recuerdo que los evangelios de la primera generación son redactados entre los años 30 y 60, y que los principales son el evangelio Q y el de Tomás. Hay también una “colección de milagros” y otros pocos textos menores. Los evangelios de la segunda generación, redactados entre el 60 y el 90, abarcan los cuatro universalmente conocidos: Mt, Mc, Lc y Jn. Fueron escogidos por los obispos, a partir del final del siglo II, como textos confiables para lectura en público de los núcleos.

La diferencia entre esas dos “generaciones” de evangelios proviene básicamente de tres factores. Está el factor político. En el año 70 el ejército romano aplasta una revuelta judaica, destruye el templo de Jerusalén e instala un régimen de rígido control sobre Palestina. El historiador judío Flavio Josefo describe los horrores de esa guerra zelota, que ya mencionamos en el capítulo 50. El resultado es que los evangelios de la segunda generación no tocan ni de lejos cuestiones de política externa, y exhiben, por el contrario, una postura explícitamente pro-romana en diversos tópicos, en particular los referentes a la prisión y condenación de Jesús. Las autoridades judaicas aparecen como las únicas culpables de tal muerte, mientras Pilatos se lava las manos en la inocencia.

Un segundo factor deriva de la tendencia humana a glorificar a sus líderes. Por más que se insista en los resultados nefastos de esa tendencia ¹, ella actúa. Mientras los primeros evangelios insisten en la responsabilidad personal, los de la segunda generación van

¹ Bertold Brecht: “¡Ay! del pueblo que necesita héroes”.

transfiriendo el proceso de la formación cristiana hacia la devoción consagrada a la figura de Jesús. Él se transforma en el salvador que quita los pecados del mundo. Este cristocentrismo constituye la marca registrada de los evangelios de los años 60-90.

Los evangelistas aprenden de los rabinos cómo glorificar a su líder. Ellos acostumbran citar textos sagrados para demostrar que tal o cual figura entra en la categoría de los grandes. Se trata de un método tradicional, llamado en hebreo targum o midrash. Los evangelios aplican el método targum a Jesús. Jesús perseguido y torturado es el “siervo de Dios” de Isaías (52,23 a 53,12). Su grito en la cruz es el grito del salmo 22: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonó” (v. 2). Jesús es el “enviado de Dios”, el “hijo de David”, el “hijo del hombre”, el “ángel glorioso”, el “hijo de Dios”. Las más gloriosas imágenes bíblicas le son aplicadas con envidiable libertad, lo que irrita bastante a los rabinos ortodoxos (ver los capítulos 32 y 33). Se trata de un recurso que cae mal en los medios rabínicos ortodoxos, celosos de una lectura correcta de sus Escrituras sagradas, una verdadera incursión en terreno ajeno, un robo. De ahí la acusación contra los cristianos: ustedes nos roban las Escrituras. Más adelante volveremos sobre este punto.

Un tercer factor consiste en la apertura universal. Mientras los evangelios de la primera generación tienen a Galilea como horizonte, ahora, muy en la línea de Pablo y ciertamente influidos por él, el horizonte se abre al mundo. Un texto como Mt 28,19: “Háganse presentes entre todos los pueblos y formen ahí discípulos”, es por completo extraño a la tradición judaica. Eso significa: abandonen el estrecho mundo de la Torá y enfrenen “todos los pueblos”.

60. Jesús, alegre y serio

La imagen de Jesús que los evangelios de la segunda generación transmiten, va mucho más allá de la imagen anterior de un terapeuta popular. Ahora Jesús aparece como profeta. Mas es un profeta diferente, en contraste con la imagen tradicional del profeta que evoca pecado y castigo de Dios, arrepentimiento y penitencia. Jesús, por el contrario, es liviano y alegre, sabe reír y divertirse con sus apóstoles.

En él, risa y seriedad andan de la mano. Jesús y sus apóstoles saben apreciar el lado placentero de la vida. Las caminatas son,

ciertamente, duras, pero son al mismo tiempo alegres y saludables. Jesús no tiene nada de “asceta”. Los moralistas del rechazo de la carne, del vino y de las mujeres aún no proyectan su sombra sobre él. En los núcleos reina un espíritu optimista, pues Jesús es el “ungido”, el inspirado por el soplo de Dios, el victorioso.

Sin embargo, al mismo tiempo, Jesús es serio. En la trilogía que Vermes, un autor judío, escribió sobre Jesús ², muestra cómo él era considerado por sus contemporáneos un maestro y sabio rabino dentro de la tradición israelita. Viniendo de un autor judío, esa observación merece nuestra atención especial. Es un rabino con gran sensibilidad social. Identificado con los serios problemas que los amha'aretz (campesinos sin tierra) enfrenan en Galilea, entiende que las cosas no pueden quedar como están. De repente, él lanza el grito:

El Reino (de justicia y fraternidad) está próximo. Bienaventurados ustedes, pobres y pequeños, gente que llora y tiene hambre y sed, ustedes son el nuevo frente de batalla, el cuerpo de soldados de avanzada en la lucha por una Galilea nueva.

Esas palabras son un latigazo en la conciencia adormecida del pueblo: es necesario resolver los problemas. En un primer momento, la gente no entiende nada, interpreta a Jesús simplemente como terapeuta y trae enfermos en masa, no obstante, lentamente el proyecto va madurando. Un número creciente de campesinos toma conciencia de algo que durante generaciones permaneció en las sombrías regiones entre conciencia y subconciencia. Hay un impresionante despertar de conciencia que se revela con fuerza el día de los ramos de olivo en Jerusalén, cuando Jesús hace su entrada en la ciudad, sentado en un burrito y rodeado por una multitud entusiasta de galileos.

La inteligencia de Jesús se revela en el hecho de que sabe tomar su metodología de la milenaria sabiduría de los amha'aretz de Galilea. Lo mismo hacen, más tarde, Gandhi y Martin Luther King. El respeto y el conocimiento de los fundamentos culturales de las religiones, constituyen la base de una actuación exitosa.

² Publicada por la editorial Imago de Rio de Janeiro.

61. La comedia de los separados

La palabra de Jesús es franca e inconveniente, llega a ser indecente. El ser humano no se ensucia “por lo que le entra en la boca, sino por lo que sale de ella” (Mt 15,11). (Los separados) “son ciegos que guían ciegos” (Mt 15,14). “Donde está guardada su fortuna, ahí está su corazón” (Mt 6,21). Los capítulos cinco a siete del evangelio de Mateo muestran que, para Jesús, el mundo vive una comedia general. Las personas suelen ser comediantes, fingen, viven sujetas a mil y una hebillas que controlan sus reacciones, como si fuesen marionetas. Los separados (fariseos), por ejemplo, creen que el mundo se divide entre puros e impuros, justos e injustos, santos y pecadores. Todo eso, para Jesús, es pura comedia. No existe mirada sincera ni palabra verdadera entre las personas. Ellas tienen miedo a la libertad, prefieren la mascarada de la mentira a la franqueza del discurso desnudo.

Jesús está convencido de que el mundo nunca se redimirá mediante una guerra santa entre el Bien y el Mal, sino por la conversión interior en la cotidianidad de la vida a través del pasaje siempre retomado de la mentira a la verdad. Para Jesús, no hay un Señor de la Guerra que gobierne los destinos de la humanidad. Él cree en el “Dios de las pequeñas cosas”. Jesús no acepta una visión del mundo basada en la lucha entre el Bien y el Mal. (El Padre) “hace que el sol salga sobre buenos y malos. Él hace llover tanto sobre los justos como sobre los que se burlan de la justicia” (Mt 5,45). El Padre aborrece los “ajustes de cuentas” que las personas acostumbran hacer. Todos somos igualmente humanos, practicamos el bien y el mal. La solución consiste en la conversión no en un ajuste de cuentas: “No resista al mal” (v. 39)”, así usted será “sal de la tierra, luz del mundo” (v. 13).

Dios no es conocido. La inmensa mayoría de las personas lo imaginan como un rey persa sentado en su trono, abanicado por lacayos celestiales, en opulencia y con plenos poderes sobre la vida y la muerte. El Dios de mentira habita las mentes y los corazones. Medio desesperado, Jesús enseña a los discípulos cómo rezar:

Padre nuestro que está en los cielos,
usted es santo,
haga que todos lo conozcan.
Que según su voluntad todo se realice,
tanto en la tierra como en el cielo (Mt 6,9-10).

Es necesario que Dios sea conocido. Medio impotente ante tanto trono de Dios señor todopoderoso y omnipotente, Jesús pide insistentemente que se rece el Padre nuestro, una oración nueva, desconocida de la Tora, donde Dios aparece en su verdadera identidad. Es un engaño pensar que el evangelio confirma la imagen de Dios que las personas cargan dentro de sí.

62. La lucha contra la mentira

A Jesús le horroriza la mentira instalada en la religión de ritos y ceremonias. Desenmascara el ritualismo al repetir las duras palabras de los profetas Isaías y Amós, ambos del siglo ocho antes de Cristo.

Isaías:
Tengo horror del incienso
y de la celebración solemne.
No quiero más...
sus manos untadas de sangre
se van a lavar,
se van a limpiar...
defiendan a las viudas,
los derechos de los huérfanos (Is 1,13-17).

Amós:
Odio sus fiestas, las desprecio;
sus asambleas me repugnan...
¡Lejos de mí el vocerío de sus cantos!
¡No quiero oír más sus arpas!
Que el derecho corra en largas ondulaciones,
que la justicia sea un torrente inagotable (Am 5,21-24).

Jesús habla como el profeta Oseas: “Prefiero la compasión a los ritos (Mt 9,13). La vida en primer lugar. El hambre de los discípulos quebranta la ley del sábado (Mt 12,1-8). Hoy, el hambre del mundo quebranta cualquier ley. Con eso, Jesús entra en conflicto con los separados (fariseos), quienes viven de la religión ritual. Al poco tiempo, ellos deciden conspirar para eliminarlo (Mt 12,14), porque él, con sus palabras y actitudes, amenaza quitarles su base de sustentación junto al pueblo, el fundamento de su posición social y económica. Al percibir que Jesús desnuda su juego, gritan escandalizados que él “ofende a Dios”. Jesús les

responde que Dios no se siente ofendido por la falta de ritos, sí por la falta de justicia. Desplaza la religión del área ritual hacia el área social:

No son los que repiten “Señor, Señor” los que entrarán en el Reino de los Cielos, sino únicamente el que haya hecho la voluntad de mi Padre en los cielos (Mt 7,21).

La respuesta de Jesús a los separados que le plantean cuestiones de protocolo y ritualismo, es fulminante: “¿Por qué sus discípulos se llevan el pan a la boca sin lavarse las manos” (Mt 15,2). Jesús: “¿Por qué ustedes privan a padre y madre de lo esencial para ofrecerlo a Dios?” (v. 5). Vale decir: con tal de mantener sus ritos, ustedes son capaces de matar a los propios padres. Y aquí Jesús recurre de nuevo a Isaías:

Este pueblo solo me honra con palabras,
su corazón está lejos de mí (Mt 15,8-9; Is 29,13).

63. Palabras sucias

La lucha de Jesús contra la religión ritual es una constante en los evangelios. En el capítulo 15 del evangelio de Mateo, él dice que lo que sale de la boca de la persona enoja a Dios, pues es sucio (v. 18). Sucias son las palabras pronunciadas en el templo, el cual debía ser una casa de oración, mas, en realidad, era una cueva de ladrones (Mt 21,13). Los separados son mentirosos, ciegos que guían a ciegos (Mt 15,14). Jesús siente enojo ante los sacerdotes que engañan al pueblo recomendándole ritos que supuestamente agradan a Dios, cuando son el fundamento de su sustento. En efecto, su envidiable posición política, social y económica proviene de la administración de los ritos. Son comediantes “que rezan de pie, en las asambleas y en las plazas públicas, seguros de ser vistos” (Mt 6,5).

La religión ritual es hoy más fuerte que nunca, y con la televisión alcanza una audiencia no tenida antes. Por eso, vale la pena retomar los textos que hablan de un Jesús que no suelta las armas y parte en ofensiva en la lucha por Dios y la comprensión social del evangelio: “No vine a traer la paz, sino el puñal. Vine a

dividir hijo y padre, hija y madre, nuera y suegra” (Mt 10,34-35). “Quien ama a padre o madre más que a mí no es digno de mí” (v. 37). “Quien quiere salvar la vida la perderá y quien pierde la vida por mi causa la encontrará” (v. 39). Muchos se sienten inseguros frente a palabras tan duras, pero “alegría de aquel que no hago temblar” (Mt 11,6). Ellos perciben las razones de la alegría de Jesús:

Los ciegos ven,
los cojos andan, etc. (Mt 11, 5).

Esto es lo que importa, y no el incienso, la ceremonia, el culto divino, las palabras vacías y repetidas de tantas celebraciones religiosas. Por eso, Jesús no deja de castigar a escribas y fariseos, o sea, a la élite letrada que no se compadece con el dolor del pueblo. Es el único grupo humano al que condena. Para él, esos letrados son falsos, no muestran su cara, son mentirosos. Sus palabras más duras son dirigidas contra ellos: “Los recaudadores de impuestos y las mujeres públicas entrarán antes que ustedes en el reino de Dios” (Mt 21,31). Ellos simplemente no entran en el reino: “Ustedes cierran el reino de los cielos al género humano. Ustedes no entran ni dejan entrar a los otros” (Mt 23,13-14).

Aquí viene el terrible capítulo 23 del evangelio de Mateo. Jesús afirma que los escribas y separados andan por el mundo sembrando el terror psicológico, amedrentan a los campesinos y descubren pecado por todos lados, mientras ellos mismos no tienen pecado, siempre son correctos, merecen los primeros lugares, los saludos en la plaza pública, el respeto general. Gustan de ser llamados “rabí” o “maestro”, sin embargo impiden que las personas se aproximen a Dios. Con todo, ellos tienen un cáncer que los devora por dentro: “El exterior tiene bella apariencia. Por dentro solo pudrición” (v. 27). El camino de Jesús es diametralmente opuesto: “No permitan que los llamen ‘rabí’. Ustedes solo tienen un maestro, y todos son hermanos” (v. 8).

64. El peligro de la ciudad

En los evangelios de la segunda generación, Jesús llora al contemplar la ciudad de Jerusalén: ella “mata a los profetas” (Mt 23,37). Para él, la ciudad es el lugar de la doblez o falsedad

de corazón. Allí la élite romana subyuga a los líderes judíos (Mt 23,37), manteniendo un tipo de clientelismo que priva a las personas de su libertad. En Lc 7,1-10, el centurión romano hace de los ancianos de Cafarnaúm sus “niños de recados”, enviándolos a Jesús para hacerle un pedido. Las élites judaicas en las ciudades de Palestina pasan por la humillación de tener que mantener ese tipo de relación con el dominador romano.

Efectivamente, en la época de Jesús las ciudades helenizadas de Palestina contrastan con el campo, que mantiene la “simplicidad de corazón”, no “vende” su corazón al dominador. Ahí la palabra todavía puede resonar en su pureza original: “Dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César”. Jesús entiende el mundo campesino como un espacio de libertad. Ahí la palabra todavía es palabra: “Su sí sea sí, y su no, no”.

Tanto el fariseísmo como la sinagoga son estructuras relacionadas con la ciudad y, por tanto, amenazadas por la duplicidad de corazón. Jesús sabe que hay buenos fariseos, valora lo que hay de bueno en el movimiento, no obstante permanece desconfiado. Es específicamente contra las enseñanzas en las sinagogas que afirma: “El sábado fue hecho para el hombre, no el hombre para el sábado”. Ahora que, el lugar más afectado por la falsedad de corazón es el templo, que queda en medio de la ciudad. En él no reina la libertad.

Todas las figuras de proa de los inicios del cristianismo insisten en la importancia capital de la libertad y son de una u otra manera anti-templarios. Esteban discute con el sanedrín de la ciudad de Jerusalén y exalta la libertad de los cristianos. Pablo: “Fue para la libertad que Cristo nos liberó” (Gl 4,31). Marción: “Jesús es la propia ‘antítesis’ de la idea de la opresión”. Tertuliano: “Dios trae libertad al ser humano” (Adv. Marc. 1,17). Con el tiempo, sin embargo, la postura radical frente a la ciudad, lo mismo que el aprecio por la “simplicidad de corazón”, en el sentido judaico del término, se revela siempre más difícil. El templo renace dentro del cristianismo y hay un movimiento general de acomodamiento a la ciudad.

65. No hay modo de huir

Una simple lectura del evangelio de Mateo muestra que el primer impacto causado en las personas al aproximarse a Jesús

suele dejar huellas profundas. No hay modo de huir o esconderse ante él. Al discípulo que quiere disculparse por abandonar el grupo alegando que debe ofrecer el último homenaje a su padre difunto, Jesús le responde abruptamente: “Que los muertos cuiden de los muertos” (Mt, 8,22). En la extraordinaria cena con el separado que lo invita a cenar (Lc 7,36-47), aparece pronto la mentira del anfitrión. La mujer “fuera de la ley” que besa y perfuma los pies de Jesús, ella sí está en la verdad. Jesús se complace en desenmascarar las mentiras del separado. Por otra parte, su incompatibilidad con los separados no tiene otro motivo sino la mentira.

Es verdad que el movimiento de Jesús se origina en el seno del movimiento de los separados, aunque con esa gran diferencia: el rechazo puro y simple de la mentira, sobre todo de la más sutil y perversa que consiste en el autoengaño. Pues los separados se engañan a sí mismos, convencidos de que se elevan sobre el común de la humanidad por sus ayunos prolongados, las largas piezas de pergamino con oraciones inscritas, fijas en la cabeza o en los brazos, la amplitud de la franjas y de la orla de sus vestidos. Lo que agrada a Jesús es la mujer que tiene la valentía de tocarle las franjas (Mt 9,20), el centurión romano que le pide curar a un empleado suyo (Mt 8,5-13), los dos ciegos que tanto lo molestan pero que acaban siendo atendidos (Mt 9,27-31). Es decir, le agrada la persistencia, el coraje, la confianza, la terquedad de creer que las cosas pueden cambiar, y no el protocolo, la formalidad, en fin, la mentira.

Jesús sabe que su propuesta es extremadamente difícil de ser realizada. En Mc 10,17-31 hay un interesante intercambio de ideas sobre el éxito o fracaso de esa propuesta con ocasión de la reacción de un joven rico que no está dispuesto a dejarlo todo para seguir a Jesús. Ahí Jesús recuerda que “es más fácil que un camello pase por el hueco de una aguja que un rico entre en el reino de Dios”. Más y más desorientados, los discípulos comentan entre sí: “Entonces, ¿quién puede salvarse?” Jesús los contempla: “Si dependiese de los hombres, nadie. Pero eso depende de Dios, y todo es posible para Dios” (v. 25-27). Dada la condición humana, el reino no viene. Jesús es realista y percibe lo difícil de reorientar la vida, de recomenzarlo todo con una base diferente (nuevos hermanos, hermanas, casas, madres, hijos, campos, todo, con persecuciones encima: v. 30). En compensación, sin embargo, algo absolutamente nuevo en él es la percepción de que dejar de mentir significa, en última instancia, dejar de sufrir, estar siempre feliz.

66. Jesús, el soltero

Abordamos aquí un tema delicado y complejo: la posición del cristianismo frente a la sexualidad. Vamos por puntos. Un primer punto es que, en los evangelios de la segunda generación, Jesús recomienda de forma expresa que sus seguidores abandonen la familia. Él mismo abandona la suya, deja a su madre atrás y va recorriendo las chacras de Galilea (Mt 10,35). Su modelo de vida es calcado de los que viven sin familia y se hacen de nuevos padres, nuevas madres, nuevos hermanos, nuevas hermanas (Lc 18,29), personas que ocupan el lugar del padre y la madre, del hermano y la hermana. Cuando Jesús celebra la Pascua no reúne a la familia, según la costumbre de los judíos, sino a sus militantes. Queda claro que quiere interrumpir el orden patriarcal e instituir un nuevo orden, un nuevo parentesco, una nueva familia. Deja la impresión de que la familia como tal pertenece a un mundo que pasó.

No obstante, esa es una impresión equivocada. Ni la familia ni el matrimonio están superados, aunque sí el orden patriarcal que gobierna la familia y el matrimonio. Con todo, acontece que la posición de Jesús ha sido malinterpretada y mal imitada, y esa interpretación equivocada marca profundamente el cristianismo, que cultiva las virtudes de la vida soltera y parece olvidar el mundo de los padres de familia y de las mujeres amas de casa y educadoras de sus hijos. Además de eso, ciertas actitudes típicas de la sinagoga en relación a la sexualidad y a la familia fueron heredadas por el cristianismo. La sinagoga es bastante cerrada en términos de contrato matrimonial.

Las cartas de Pablo proporcionan datos concretos acerca de este último punto. Como el matrimonio suele ser un arreglo hecho por los padres de familia, e implica un grave deber de honra para ellos, la persona casada frecuentemente solo tiene reales condiciones de tomar su vida en sus manos después de la muerte del (de la) cónyuge indicado(a) por la familia, por consiguiente en edad avanzada las más de las veces. Aun así, las segundas nupcias no son bien vistas por la sinagoga. Es dentro de esa mentalidad sinagoga que nace la iglesia tal cual la conocemos hoy. En la sinagoga muchos hombres prefieren la continencia, tanto más que ella implica un reconocimiento positivo por parte de la comunidad.

De acuerdo con el historiador Peter Brown, este habría sido el camino que abrió espacio en las estructuras de la iglesia, tanto para el viudo como para el célibe. Esa actitud, que en los siglos II y III tiene su razón de ser, da origen a una cultura antimatrimonial

y, con el tiempo, antisexual, en el seno del cristianismo. Ahora que, no se puede negar la temprana aparición, entre los primeros militantes del movimiento de Jesús, de expresiones como: “los discípulos ya no se casan..., ya son iguales a los ángeles..., ya alcanzaron el mundo del más allá y de la resurrección”.

67. El evangelio de Tomás y la sexualidad

Un segundo punto a ser abordado es el de la postura del evangelio de Tomás, que clasificamos aquí entre los evangelios de la primera generación, frente al cuerpo y la sexualidad. Ese evangelio es contundente: “el mundo es un cadáver” (dicho 56). Es necesario declarar la guerra contra ese mundo podrido, inclusive contra la familia y la actividad sexual que perpetúa la pudrición. La manera es renunciar al mundo por un ascetismo sin tregua, luchar contra el deseo del cuerpo.

A primera vista, estamos aquí ante un antisexualismo enfermizo. Sin embargo no es así. El evangelio de Tomás es, en último análisis, optimista. ¿Cómo? Es verdad que en él la vida sexual es considerada superada, el sexo no tiene más sentido, no en el sentido que el sexo es pecado, sino en el sentido que hay algo más importante que el sexo en la vida. Ese algo más es la vida en el “soplo santo”, conferida por el bautismo, que eleva a hombres y mujeres hacia el mundo de la libertad integral. Todos son llamados a la perfección, la santidad está al alcance de todos y ella consiste básicamente en una vida de libertad.

En las comunidades sirias, inspiradas por el evangelio de Tomás, la mujer puede ponerse en medio de la comunidad con el cabello suelto. En los Hechos de Tomás, una de las principales producciones culturales del cristianismo de Tomás, una mujer declara en alta voz: “No porto el velo porque el velo de la corrupción me fue retirado: no me avergüenzo, porque el acto de vergüenza fue apartado lejos de mí”. El cabello suelto, símbolo de atracción sexual, se torna aquí señal de la esperanza cristiana. El bautismo echa por tierra el ansia sexual.

68. ¿Pablo antimatrimonial?

A menudo, Pablo es tachado de antisexual y antimatrimonial. Sus cartas contienen trozos donde condena el mundo, pero aquí,

una vez más, es bueno leer el texto mismo, no solamente los comentarios, y captar lo que el apóstol quiere decir; no atenerse nada más a lo que él dice con sus palabras precarias y pasajeras, relacionadas con circunstancias concretas, como todas las palabras (véase la primera parte de este libro: Saber leer). Ante todo, Pablo quiere la libertad. “Fue para la libertad que el Ungido nos liberó”. Frente a la búsqueda de libertad todo pasa a un segundo plano, incluso el matrimonio. Pablo no es antimatrimonial ni antisexual, es pro-libertad y pro-desobediencia, conforme analizamos en los capítulos dedicados a su pensamiento.

Los comentaristas acostumbran citar el séptimo capítulo de la primera Carta a los Corintios como ejemplo de antisexualismo por parte de Pablo. El texto expresa que el matrimonio es un “remedio contra la concupiscencia”, una defensa contra el deseo sexual. Convengamos en que Pablo estaba, aquí como en otros puntos, influenciado por la mentalidad farisaica de su época. El sexo se le presenta como signo de la falta de vocación, como impedimento en el camino del apóstol. ¿Acaso no tiene Pablo derecho a ser un hombre normal, con sus defectos y preconcepciones? ¿Tiene que ser perfecto en todo? Él indica que el hombre casado pierde la “simplicidad de corazón”, ya que “se preocupa por las cosas del mundo, y cómo agradar a la mujer, él está dividido” (1Cor 7,33-34). Pablo quiere que todos sean militantes ciento por ciento, dedicados por entero a la construcción de un universo de desobedientes frente a la Torá, libres ante el mundo, cuidadosos con otras personas, abiertos a todos (“ni judío ni griego”, etc.). Está totalmente consumido por los compromisos en favor de la causa del Ungido, lo que no implica que sea de manera explícita antisexual o antimatrimonial.

69. La mujer en el mundo judaico

Para entender la actitud reticente ante el sexo que se observa tanto en el evangelio de Tomás como en las cartas de Pablo, ahondemos en algunos textos que muestran la opinión corriente, en el judaísmo así como en las culturas mediterráneas y sirias de la época, acerca de la mujer. Tales textos nos recuerdan las palabras del historiador inglés P. Thompson: “Las atrocidades, si se las tolera y alimenta, pueden adquirir una sorprendente influencia y longevidad”. Ciertamente, no había motivos para

que los primeros cristianos abrigaran sentimientos negativos frente a la mujer. Su presencia es preponderante en los orígenes del cristianismo, no obstante, ellas mal aparecen en los textos, los cuales viven sumergidos en un universo patriarcal y machista.

Un ejemplo: la historia cuenta que en una iglesia africana, todavía en el 303, las autoridades policiales confiscaron 38 velos, 82 túnicas de mujeres, 47 pares de chinelas femeninas y apenas 17 piezas de vestuario masculino. O sea, 167 piezas de vestuario femenino contra 17 de vestuario masculino, lo que indica una participación masculina de apenas el 10% en las comunidades de aquel tiempo. La misma relación que los observadores dan hoy para las comunidades de base en Brasil: 90% de los (las) participantes son mujeres. A partir de datos como este tenemos como cierto que, en sus inicios, el cristianismo ofrece un amplio espacio para las mujeres. Allí ellas encuentran un nuevo espacio de vida.

Esta afirmación gana peso cuando comparamos la situación de la mujer en el judaísmo y en el imperio romano con aquella que ella encuentra en el cristianismo. El judaísmo es terrible para las mujeres, únicamente les concede espacio en la cocina, en el cuidado de los hijos y empleados, en la plantación, en el servicio del señor marido. El libro de los Proverbios termina con una descripción de la “perfecta ama de casa”, que

...trabaja con manos ágiles,
todavía por la noche,
y se levanta para alimentar a los criados.
Y de noche su lámpara no se apaga...
Ella no come el pan de ociosidad (31,10-31).

Sí, aunque es preciso agregar que ella nunca participa de la mesa con los hombres, a los cuales le compete servir (Gn 18,9). Su cuerpo permanece marcado por la idea de la impureza, sea por causa de la menstruación (Lv 15,19-30: un texto terrible), sea por acostarse con el marido (Lv 15,18). Por eso mismo siempre debe llevar el velo en la cabeza, incluso a la hora de las relaciones sexuales (Gn 38,14ss). Un texto rabínico conserva la declaración de una piadosa mujer que dice: “Jamás a través de mi casa verán las trenzas de mis cabellos”. Solamente las prostitutas no se cubren con el velo.

La mujer que se arriesga a salir sin velo puede ser repudiada inmediatamente por el marido, sin mayores complicaciones legales. Los rabinos no se muestran en público en presencia de sus

mujeres. Al contrario, encontrándolas en el camino, ni las saludan. Lo normal es que la mujer se presente en público de tal forma que no pueda ser reconocida. Así, documentos judaicos refieren el caso de un sacerdote de Jerusalén que, sin reconocerla, aplicó a su propia mujer el “juicio de Dios”, prescrito para las sospechosas de adulterio.

La lista de prescripciones discriminatorias contra la mujer en la literatura rabínica es interminable. Se trata de un machismo enfermizo y degradante. Resulta casi insoportable pensar que innumerables generaciones de mujeres vivieran bajo ese régimen, y nos ayuda a comprender mejor el comportamiento de Jesús.

70. La mujer en la sociedad romana

La situación de la mujer en la sociedad romana no es muy diferente. Aquí también ella es la sierva, la persona dócil y sumisa que sigue en todo al marido. Los filósofos la comparan con “todo lo que es vago, sin objetivo, desprovisto de forma y de dirección”. El varón, por el contrario, es firme, sólido, decidido. “En el acto de la concepción, es el semen masculino el que confiere solidez y forma a la emisión floja y desestructurada de la mujer”. Sabemos, por los tratados cristianos sobre la virginidad, que en cada parto la mujer romana casada enfrenta peligro de muerte. Por causa de ese factor, la mortalidad femenina supera a la masculina. El riesgo es tal, que muchas mujeres mueren antes de los veinte años de edad. Además de esos peligros físicos, la mujer enfrenta sufrimientos psíquicos como la terrible vergüenza de una eventual esterilidad, y la consecuente humillación de ser sustituida en el afecto del marido por alguna esclava de mejor apariencia o más bonita.

El tema retorna en cada página de la literatura romana. En ella, el matrimonio aparece como una prisión femenina. En realidad, la prisión comienza mucho antes para la mujer. La niña de las clases privilegiadas deja de estudiar a los doce años. Solo los niños continúan estudiando letras (poesía, gramática, literatura, historia) y retórica. A los catorce años ella ya es llamada “domina”, “kyria”, “señora”. A la madre de Séneca su marido le impidió estudiar filosofía, “pues él consideraba tal materia un camino hacia el libertinaje”. La vida de la mujer es controlada por la sociedad: ropa, uso del velo, corte del cabello. Ellas se preocupan por los adornos. En las iconografías romanas la mujer siempre luce

adornada. “Viendo que nada más les queda compartir el lecho de un hombre, las mujeres se ponen a adornarse: no tienen otra perspectiva”. Su vida es una “prisión sin rejas”. En las iconografías aparecen siempre, junto a la mujer, el huso y otros instrumentos de hilado de la ropa. Una vez casada, la mujer queda presa de la familia. “Ser madre de familia constituye (en la aristocracia romana) una honrosa prisión”. Se requiere echar mano de la astucia para librarse de esa prisión. Uno de los instrumentos es el rechazo del intercambio sexual.

Esa mentalidad romana marca profundamente a los escritores cristianos, hasta nuestro días. Es evidente la incomodidad de la tradición cristiana en lo tocante a la relación entre Jesús y las mujeres. No se sabe cómo tratar el comportamiento de Jesús frente a María Magdalena. Incomoda la imagen de un Jesús que no rechaza el perfume ni el afecto de una mujer, que insiste en que la memoria de la ternura de una mujer sea preservada “por donde quiera que venga a ser proclamado el evangelio” (Mt 26,12), y que privilegia a una apóstola (María Magdalena) sobre los apóstoles.

Luego, la memoria cristiana es omisa en relación a la actuación de las mujeres. Los Padres de la iglesia no conservan casi nunca las memorias de mujeres, aun cuando varios de ellos mantuvieran correspondencia con mujeres. Así, de las 240 cartas de San Agustín, 14 son dirigidas a mujeres, con todo no se conserva entre sus papeles ningún escrito redactado por una mujer. De San Juan Crisóstomo se conservan 53 cartas dirigidas a mujeres, entre ellas 17 a Olimpia, gran amiga, sin embargo ninguna palabra redactada por ella. De San Jerónimo tenemos 34 cartas a mujeres y apenas una carta redactada por una mujer.

71. Jesús y las mujeres

El tema ha sido tratado de las más variadas formas, por ejemplo, en el musical Jesus Christ Superstar. En realidad, Jesús sigue las costumbres de su época en lo que atañe a las mujeres. En los evangelios, invariablemente, las mujeres sirven. Cuando Jesús va a cenar a casa de Lázaro, es Marta quien sirve (Jn 12,2). Las mujeres sirven a los hombres. Hay un grupo de mujeres en torno a él en Galilea “que lo servían” (Lc 8,2-3). Marcos 15,40-41 narra la presencia de ellas con ocasión de la muerte de Jesús en el calvario de la siguiente manera:

Y también estaban ahí algunas mujeres, mirando de lejos.
Entre ellas María Magdalena, la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé.
Ellas lo seguían y servían (diaconein, en griego) mientras estuvo en Galilea.
Y aun muchas otras que subieron con él a Jerusalén.

Estamos aquí ante una memoria antiquísima, probablemente anterior a Marcos, que menciona el hecho de que “muchas mujeres” pertenecían al grupo de Jesús y acostumbraban emprender los largos viajes de Galilea a Jerusalén con él, prestando sin duda los servicios básicos (véase también Mt 27,55ss).

No obstante, dentro de ese condicionamiento cultural, Jesús muestra una rara sensibilidad frente a la posición de la mujer en la sociedad. Cuando afirma: “No vine para ser servido, sino para servir” (Mc 10,45), alude al trabajo de la mujer ya que a ella le toca servir, el hombre es servido. Cuando una mujer en Betania derrama aceite sobre su cabeza, Jesús llama la atención hacia la importancia del gesto (Mc 14,9). Él sintoniza con las mujeres, conversa libremente con ellas, y esto a los hombres no les gusta en lo más mínimo. Es el caso de la conversación de Jesús con la samaritana en el pozo de Jacob, en el cuarto capítulo del evangelio de Juan. Ese tipo de comportamiento entra en conflicto directo con la mentalidad machista. Observemos las reacciones de Pedro (Mc 8,31s), de los discípulos (Mc 9,30s), de Santiago y Juan (Mc 10,32ss). Las mujeres, por otra parte, traen perfumes y ungüentos para, de algún modo, cuidar del cuerpo del humillado y torturado Jesús después de su muerte (Lc 23,55-24,1).

Durante estos dos mil años, tales gestos de las mujeres se repiten en mil y una circunstancias: ellas continúan prestando los servicios básicos en términos de alimentación, salud, educación y cuidados del cuerpo en general. Por eso, el imponente edificio cristiano reposa en la actualidad sobre hombros femeninos. Si ellas hiciesen huelga de servicio en las iglesias, ciertamente este edificio se derrumbaría.

72. El despertar de la conciencia femenina

Con todo, hay un despertar de la conciencia femenina en el movimiento de Jesús. La memoria de la actuación femenina en el seguimiento de Jesús se destaca con perfil bien delineado frente

a la triste rutina de esos cuadros femeninos judaicos y romanos presentados en capítulos anteriores. Por eso mismo, tal memoria merece un rescate histórico. El ejemplo de Jesús quien muestra sensibilidad en relación a la samaritana, a María Magdalena, a las mujeres apóstolas, no cae en el olvido. Jesús capta el potencial de la mujer, y llama la atención de los discípulos machos hacia la importancia de la “revolución silenciosa” efectuada por la mujer. Para ello, en contra de las convenciones sociales de la época, no vacila en abordar a las mujeres en público. Ante el asombro de los discípulos, habla con una mujer samaritana en la orilla del pozo de Jacob; conversa con María y Marta en casa del amigo Lázaro; acepta que una mujer derrame perfume sobre su cabeza (Mt 26,6-13).

Esto despierta la conciencia femenina, como vemos en los Hechos de los Apóstoles, donde la actuación de las mujeres es esencial. Ellas facilitan sus casas para las reuniones (Hch 12,12-16), hospedan a los misioneros (Hch 16,12-14), confeccionan ropas para la comunidad (Hch 9,36-39), dirigen comunidades (Hch 18,26-27), hablan en las reuniones (Hch 21,9) y, sobre todo: preparan los alimentos. Esto es, son ellas las que dan el primer encaminamiento al proyecto: pan para todos.

La mujer de los primeros tiempo da el ejemplo de una comunicación desembarazada entre personas, por encima de preconceptos sexuales y tabúes, de la tristeza, la penitencia ritual, el ayuno y la abstinencia. Los discípulos y las discípulas de Jesús son como “aquellos que fueron invitados para el banquete nupcial” (Ap 19,9). No ayunan, y con eso engendran incomodidad entre los discípulos de Juan Bautista, quienes envían emisarios para demandar de Jesús un comportamiento más en consonancia con la ley (Mc 2,18-19). Su respuesta es de una esplendorosa novedad: “¿Pueden los amigos del novio ayunar mientras el novio está con ellos?” (Mc 2,19). Y agrega: “Nadie hace un remiendo de paño nuevo en ropa vieja, porque la pieza nueva estira el vestido viejo y la rasgadura aumenta” (v. 21).

En la tradición cristiana, podemos apreciar muchos indicios de incomodidad respecto al relacionamiento de Jesús con las mujeres. Tomemos, por ejemplo, los relatos de la presencia de María Magdalena a la hora de la muerte de Jesús. Los evangelios sinópticos ponen a María Magdalena asistiendo “de lejos” (Mt 27,56), o “a la distancia” (Mc 15,40; Lc 23,49). María, su madre, no figura en los textos sinópticos. En el evangelio de Juan, por el contrario, ella aparece en primer plano, “cerca de la cruz”,

mientras la Magdalena queda en un plano secundario (Jn 19,25). Esta comparación muestra una evolución en el imaginario cristiano acerca de María Magdalena. El texto de Juan es más puritano, en tanto los evangelios sinópticos, probablemente, representan una versión más auténtica.

Otro caso de puritanismo en la tradición lo hallamos en la historia de otro trozo del evangelio de Juan: 8,1-11, que cuenta cómo Jesús perdona a una mujer adúltera. Los exegetas llegaron a la conclusión de que el texto no es de Juan, pues está ausente de los códices del siglo IV y no se lo encuentra en ningún papiro primitivo o en ninguna cita de un autor cristiano primitivo. Solo puede haber sido inserto con posterioridad por un editor, probablemente un representante del ala más abierta de la iglesia. Mientras los primeros líderes cristianos adoptan en su mayoría una posición muy rigurosa en relación al pecado sexual, la escena muestra que Jesús perdona a la mujer y acusa a los hombres: "Quien no tuviese pecado lance la primera piedra". Por detrás de casos como este se perfila una oposición entre líderes cristianos puritanos y otros más abiertos, menos preconceptuosos. Todavía en el siglo IV, Agustín evidencia cierta timidez al comentar un texto tan francamente libre y liberador.

73. María Magdalena

La mujer más famosa de los orígenes es María Magdalena, la única que es mencionada al lado de los apóstoles machos. Más aún: en los relatos de la resurrección ella es la figura central. Existe inclusive un "evangelio de María", redactado en el siglo II, donde María Magdalena evangeliza a los hombres. En un determinado tramo del evangelio Pedro se siente amenazado y se pone nervioso:

¿Será que el Salvador habló secretamente con una mujer sin contar con nosotros?

¿Será que tenemos que escucharla?

¿Será que ella es mayor que nosotros?

Leví interviene y defiende a María:

Si el Salvador la apreció,
¿quién es usted para rechazarla?

Sin duda el Salvador la conoce muy bien
y la valora más que a nosotros³.

En el evangelio de Tomás, el propio Jesús asume la defensa de María Magdalena ante Pedro: "Simón Pedro dice: Que María salga de nuestro medio, porque las mujeres no son dignas de la vida". Jesús le responde:

Vean, voy a hacer de ella un hombre,
que ella también se torne un soplo vivo,
semejante a ustedes, hombres.
Pues cada mujer que se hiciese hombre
entrará en el reino de los cielos.

La polvareda de los tiempos se llevó estos textos interesantes. Lo que quedó es la imagen de una María Magdalena pecadora. Desde temprano es discriminada y se la asemeja, en los sermones, con la prostituta anónima de Lc 7,36-50, o incluso Lc 8,1-3, donde se lee que las mujeres que andan con Jesús "habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades". Aun así, todavía en el siglo V, en el interior de Siria, se pinta un mosaico donde María Magdalena aparece en el centro de los apóstoles-hombres, junto a María la madre de Jesús, animando la iglesia. Sin embargo, se trata de un caso aislado. Con el tiempo, María Magdalena no figura más como apóstola y es reducida a la condición de pecadora penitente.

Un sermón del papa Gregorio Magno, pronunciado en Roma a finales del siglo VI, identifica a María Magdalena con la mujer anónima del evangelio de San Lucas (Lc 7, 36-50), la pecadora pública, la meretriz (PL 76, 1238). Siglos después ese sermón es copiado por el famoso abad Odo II de Cluny (+948), y de este modo pasa a las lecturas en los monasterios y los claustros, y de ahí al imaginario cristiano en general a través de los sermones (PL 133, 713-21). Para muchos, hasta hoy, María Magdalena es la mujer prostituta del evangelio de Lucas. Este proceso de rebajamiento de la figura de la mujer significa en realidad un rebajamiento de la vida sexual, una victoria del machismo, solamente entorpecida por la sensibilidad de artistas, capaces de encontrar en María Magdalena encantos nada pecaminosos y valores nada despreciables.

³ Véase Hoornaert, Eduardo. A Memória do Povo Cristão. Petrópolis, Vozes, 1986, pág. 233.

Es interesante observar que la exégesis practicada por el papa Gregorio Magno es deficiente, puesto que en los evangelios aparecen al menos cuatro figuras femeninas notables, dos Marías y otras dos anónimas. Veamos:

- 1) María Magdalena, apóstola, figura central de la narración sinóptica de la resurrección (Lc, 8,2; Mc 16,9; Mt 27,55-56; Mc 15,40-41; Lc 23,49; Jn 19,25; Mt 28,1-10; Mc 16,1-8; Lc 24,1-40; Jn 20,1-2 y 11-18);
- 2) María de Betania, hermana de Marta y de Lázaro (Lc 10,38-42; Jn 11,1-44; Jn 12,1-11);
- 3) la prostituta que entra en la casa donde Jesús está reclinado a la mesa de un fariseo (Lc 7,36-50);
- 4) la mujer que echa aceite sobre la cabeza de Jesús (Mt 26,6-13; Mc 14,3-9; Jn 12, 1-9).

Todo esto prueba que los predicadores, a lo largo de los tiempos, mezclaron y confundieron estos textos.

Quinta Parte

Los evangelios escondidos

74. Una literatura escondida

La primera literatura evangélica no se agota en los evangelios de la primera y de la segunda generación. Hay una literatura apócrifa, escondida, de numerosos escritos evangélicos rechazados por las autoridades de la iglesia, por diversos motivos.

La iglesia no permitió a ciertos evangelios, hechos de apóstoles y apocalipsis entrar en la lista de los libros sagrados. Como era prohibido leer esos textos en público, una importante parte de ellos permanece “apócrifa” o “escondida” (apocriphos, en griego, significa: esconder) y así sobreviven hasta hoy, unos apenas en fragmentos, otros íntegramente preservados. Las personas esconden u ocultan esos textos porque gustan de ellos, al igual que los intelectuales del pueblo, los artistas, los músicos, los soñadores, los poetas. Por eso, las pinacotecas, los catálogos de obras poéticas y musicales del mundo cristiano están repletos de evocaciones apócrifas, donde emana un cristianismo de cada día, con José en el taller del carpintero y Jesús ayudando a su padre, María sacando agua de la fuente en la pequeña villa de Nazaret o limpiando la casa, como millones de amas de casa antes y después de ella. Los niños jugando afuera, el sol entrando por la puerta de la casa. Las uvas y los granos de trigo, el olor del mundo campesino que atraviesa milenios. Un cristianismo sabroso, de la leche y la manzana, de la risa de Jesús y del abrigo en el regazo de María, una religión aún no divorciada del taller del carpintero ni de la cocina del ama de casa.

Además de esos lindos escritos sobre el nacimiento y la educación de María, el nacimiento y la infancia de Jesús, la vida de José carpintero, existen las maravillosas aventuras de apóstoles y apóstolas.

Las personas se recordaban de que María se casó, tuvo su hijo Jesús y que José trabajó duro para sustentar la familia. Que Pedro y Pablo hicieron grandes cosas por la fe. Todos miraban

con respeto hacia esas grandes figuras. ¿Sería posible imitar tan sublimes ejemplos? Así pasaban de boca en boca lindas historias sobre la infancia de Jesús, el nacimiento y la educación de María, la vida de José carpintero, los milagrosos viajes de San Pedro y San Pablo, las historias de Nicodemo y Pilatos, las andanzas de María Magdalena y Santa Tecla.

Con la caída del exacerbado racionalismo que reinó en los estudios bíblicos hasta muy poco tiempo atrás, los anónimos evangelios escondidos están siendo revalorizados. Hoy, la “inteligencia emocional” y los sueños, la mística y el imaginario, son valorados como medios para conocer la realidad. Y en esa corriente entra la nueva valoración de los evangelios anónimos. Con ello, solo podemos ganar. He aquí lo que los evangelios anónimos nos permiten saborear, ¡y deseo a las (a los) lectoras(es) mucho placer! Ojalá mis textos ayuden a que ustedes tomen en sus manos esos maravillosos textos.

75. El evangelio de Tomás (1)

El interés por la literatura cristiana apócrifa o escondida fue reavivado por el sensacional descubrimiento, en 1945, de una antigua biblioteca cristiana entera, en la grieta de una roca en Nag Hamadi, en un lugar perdido del interior de Egipto. De esa biblioteca, el hallazgo más valioso es el evangelio de Tomás, con texto íntegro, en traducción copta (el original es griego). Presento aquí brevemente la interesante historia de ese hallazgo. En un pequeño lugar de Egipto, a seis kilómetros de la vía férrea hacia el Cairo, al pie de un peñasco en el valle del Nilo, se encontró una vasija, cuyo orificio estaba sellado con pez, conteniendo doce o trece “códices” de papiro, tiras de más o menos tres metros por veinte centímetros dobladas en “códices” de 30-40 centímetros y de esa forma guardadas como libros en tapas de cuero. La vasija contenía 52 textos, 40 de ellos hasta entonces desconocidos. Como dijimos, la pieza más valiosa es el evangelio de Tomás, del que con anterioridad solo se conocían copias griegas incompletas. Ese evangelio, redactado probablemente en Jerusalén bajo la influencia de Santiago, comprende dichos de Jesús registrados en la década de los años 50 en un ambiente sirio-judaico.

Es probable que el descubrimiento de 1945 pueda ser explicado de la siguiente manera: en el transcurso del siglo IV, monjes

de un monasterio del alto Egipto habrían escondido documentos antiguos para que escapasen a la orden de 367 del obispo de Alejandría, Atanasio, en el sentido de quemar, en todo el territorio egipcio, los textos no aprobados por la autoridad eclesiástica. Esa hipótesis gana fuerza por el hecho de que Nag Hamadi queda apenas a ocho kilómetros de distancia del antiguo sitio de Tabenisi, donde Pacomio hizo su experiencia cenobita. Es posible que monjes paconianos ocultaran los documentos.

¿Por qué el obispo mandó quemar esos textos? Probablemente porque eran considerados “gnósticos”. No abordo aquí la cuestión de la gnosis, por ser demasiado complicada para estas páginas. Por otra parte, el tema no está aclarado como es debido entre los especialistas. Entonces, es mejor abstenerse. Lo que sí puedo decir es que el evangelio de Tomás es un texto difícil. Si no, vean:

Dijéronle (a Jesús) los discípulos:

“En Israel hablaron veinte y cuatro profetas,
y todos hablaron de usted”.

Él les contesta:

“Ustedes rechazan a aquel que está vivo
delante de ustedes
y hablan de aquellos que murieron”.

Es el dicho (en griego: logion) número 52. En el siguiente capítulo presento otros textos del evangelio de Tomás.

76. El evangelio de Tomás (2)

No podemos comentar aquí toda la colección de 114 sentencias reunidas bajo el título: Estas son las sentencias secretas que Jesús pronunció y Judas Tomás, su hermano gemelo, registró. Veamos, a manera de ejemplo, cómo reacciona Jesús ante la forma de pensar sobre su persona por parte de quienes le rodean. Y es que, desde el principio, el pueblo quiere elevarlo sobre el común de los mortales.

De en medio de la multitud, una mujer le dijo:

“¡Feliz el vientre que lo llevó
y los senos que lo amamantaron!”.

Él respondió:

“Felices más bien aquellos que oyen
la palabra del Padre
y la observan de verdad” (dicho 79).

Los discípulos también son alcanzados por la misma tendencia de glorificar a Jesús:

“Díganos quién es,
para que podamos creer en usted”.

Él les dice:

“¿Ustedes analizan aspectos del cielo y de la tierra
y no conocen a aquel que está al frente?

¿Ustedes no son capaces

de apreciar el momento presente?” (dicho 91).

El evangelio de Tomás retoma cuatro veces ese tema: “¿Quién es usted, Jesús?”, y Jesús siempre contesta que ese asunto no es importante. Lo importante es acompañarlo en la acción. La pregunta acerca de la identidad de Jesús lleva a un desvío. Por eso, Jesús siempre responde evasivamente o con ironía. Dice: No importa de dónde yo venga, lo que importa es lo que hago y digo. Quiero ser acompañado por gente autónoma, que entiende de qué se trata, y no adorado. Pretendo formar compañeros, no admiradores. No quiero ser conocido como “el fundador de una ‘iglesia’”, sino como inspirador de acciones valientes en pro de la mayoría silenciosa.

La historia demuestra que la mayoría de las personas no tienen la debida madurez como para no hacerse preguntas sobre la identidad de Jesús, y prefieren la adoración al seguimiento, la admiración al conocimiento. Pienso que Jesús debe haber sufrido bajo esas constantes manifestaciones de inmadurez y la tendencia hacia el servilismo por parte de sus apóstoles. Su reacción irónica parece indicar que debe haber sentido caer sobre sus hombros el enorme peso de la historia de los seres humanos, de sus pre-conceptos y subterfugios, mediocridades y conformismos. Pero no hay remedio: en poco tiempo, sus compañeros hacen de él un rabino, un maestro, un rey, un Dios, y de ese modo lo entregan a nuevos escribas, a nuevos fariseos y a tantos que se apropian del derecho de explicarlo a las futuras generaciones.

77. Un modelo judaico

Tanto los evangelios escondidos como los autorizados son judaicos en el contenido y la forma. En ellos existen recursos

largamente experimentados en la literatura de Israel como el refrán, el proverbio, la alegoría, la parábola, el enigma, la comparación, la visión (revelación, apocalipsis) y, sobre todo, la metáfora. Es bueno ir, poco a poco, tomándoles el gusto en el sentido semita de las cosas, en las imágenes del “soplo” y el “ungido”, tan características de Pablo, en los “labios ardientes” y en el “corazón duro” de los profetas, o incluso en las metáforas contundentes y lapidarias de los evangelios: “ustedes son la luz del mundo” (Mt 5,14); “yo soy la puerta” (Jn 10,9); “yo soy el buen pastor” (Jn 10,11); “yo soy la luz” (Jn 8,12). Los rabinos son experimentados maestros en contar historias que encierran una honda sabiduría. Jesús domina ese método de manera admirable y lo utiliza en sus parábolas. En ellas, las palabras, más que indicar las cosas en sí, apuntan hacia una realidad más allá del primer sentido. Así son los evangelios apócrifos: historias inventadas que incluyen profunda sabiduría.

Muchas historias apócrifas que circulan hasta hoy entre los cristianos, como la del nacimiento de María, su educación en el templo, la escogencia de José como compañero, el nacimiento de Jesús en un pesebre, los magos de Oriente, la estrella, la huida a Egipto, Jesús enseñando a los doctores de la ley en Jerusalén, pueden que no correspondan a hechos vividos, pero no por eso carecen de sentido.

Un único ejemplo. “La infancia de Jesús por Tomás”, un texto del siglo II, probablemente de origen sirio, con versiones antiguas en griego, siríaco y latín, cuenta los prodigios obrados por Jesús entre los cinco y los doce años. Juega con pajaritos que le obedecen; causa ceguera a quienes lo ofenden, y quienes le pegan caen muertos; estudia con el profesor Zaqueo, sin embargo sabe más que él; resucita un niño; lleva agua en un jarro quebrado; logra una cosecha excepcional para toda la aldea; va con otros dos profesores que tampoco consiguen enseñarle nada; cura a su hermano Santiago, mordido por una cobra; resucita a varias personas; y, por último, en el auge de los prodigios, cuando va a Jerusalén enseña a los doctores de la Ley. Se trata, sin duda, de un texto ficticio, aunque ese hecho no le quita su valor histórico. No obedece a los cánones de la historiografía moderna (positivista), su valor se halla en otro lugar. Pone en escena un niño Jesús que gusta de jugar y reír, un Jesús juguetón, bien distinto del Jesús sufridor y serio de las imágenes transmitidas por los sermones. De ahí su encanto. Los artistas, a lo largo de los siglos, captan la diferencia entre la predicación oficial y el gusto del pueblo

y prefieren el Jesús juguete al sufridor. Por eso, el primero sobrevive en calendarios, martirologios, libros memoriales, horas canónicas, pinturas, himnos, danzas. Todo en una alegre y creativa contraposición con la fastidiosa y árida doctrina.

78. Jesús antitemplario

El evangelio “La infancia de Jesús por Tomás”, comentado en el capítulo anterior, presenta una imagen grandemente original de Dios. No es el Dios serio y tenso de Zaratustra ni el Dios colérico y vengativo de muchos profetas hebreos, sino un Dios que sabe jugar. La capacidad de enfrentar la vida con liviandad y optimismo se refuerza con ese evangelio, al mismo tiempo que su aversión al formalismo religioso, a templos, ritos y ceremonias sin correspondencia con la vida vivida. Ese Dios refuerza la imagen que los profetas Amós e Isaías trazan del Dios de Israel, y que ya mencioné arriba (Am 5,21-23 e Is 1,11-15).

Quien quiera investigar más acerca de este importante tema, lea Os 8,13; Jr 7,1ss; 26,6; Mi 3,12; Ap 21,22. Jesús entra de lleno en la tradición antiformalista, antitemplaria y antidiscriminatoria de los profetas, toma decididamente posición a favor de los que no cuentan en la sociedad, prefiere relacionarse con los amha'aretz de Galilea, con María Magdalena (la apóstola apócrifa, oculta y discriminada en los sermones y las clases de catecismo, pero viva y victoriosa en la vivencia de muchos cristianos), con la mujer samaritana, el cobrador de impuestos, la mujer fenicia y la valerosa mujer hemorrágica que le toca la túnica.

En la literatura apócrifa encontramos un Jesús que no es ningún filósofo formado en las academias, sino un hombre que participa de la vida aldeana y se indigna con el abandono de los campesinos de Galilea. Un hombre que asume un serio compromiso con los arrojados de la tierra, los esclavos, las amas de casa, los niños, por todas partes.

79. El evangelio de Nicodemo

Un evangelio apócrifo poco conocido es el Evangelio de Nicodemo. Comprende dos partes: las “Narraciones sobre Nuestro

Señor Jesucristo ante Poncio Pilatos” y el “Descenso de Cristo al Infierno”. Se trata de un texto muy antiguo y divulgado en la época, ya conocido por Justino a mediados del siglo II. Existen copias en griego, latín, siríaco, copto y armenio. Este evangelio ha ejercido considerable influencia sobre el imaginario cristiano, hasta hoy. Su contenido coincide en parte con los evangelios canónicos, y constituye el más antiguo documento sobre María existente en el mundo judaico.

La figura de Nicodemo personifica a los judíos que toman partido por Jesús y, por tanto, son hostilizados por la ortodoxia sinagoga: “Usted se hizo discípulo suyo y, por eso, habla en su favor”. La integridad moral de Nicodemo contrasta con la mentalidad prejuiciada y falsa de los líderes judíos, la cobardía de Pilatos y, finalmente, el conformismo ingenuo de los beneficiados por Jesús, quienes no se atreven a reclamar contra la prepotencia de los “jefes del pueblo”. Nicodemo asiste a las acusaciones contra Jesús proferidas por esos jefes:

Primero, tú viniste al mundo por fornicación; segundo, tu nacimiento en Belén trajo como consecuencia una matanza de niños; tercero, tu padre José y tu madre María huyeron a Egipto por sentirse amenazados en la ciudad.

Él reconoce que Pilatos, al mismo tiempo que percibe la grandeza moral de Jesús, cede ante los “jefes de los sacerdotes” y de la multitud fanatizada que exige la condenación de Jesús.

La ceguera de las autoridades judaicas queda patente en uno de los episodios del proceso conducido contra Jesús. Cuando cierta mujer, llamada Berenice, grita de lejos, en el tribunal: “Cuando estuve enferma con hemorragia, toque el extremo de su manto y la hemorragia de doce años se detuvo”, los jueces judíos no aceptan su declaración: “Existe, en nuestra ley, un precepto que prohíbe que la mujer sea oída como testigo”. Finalmente, Pilatos cede ante el poder del sanedrín judío y se lava las manos: “Soy inocente de la sangre de este justo”. El “evangelio de Nicodemo” expresa el resentimiento existente en los núcleos cristianos frente a la mayoría de los judíos, quienes se rehúsan a reconocer la grandeza de Jesús.

Con la segunda parte del evangelio, el “Descenso al Infierno”, llega el momento de la venganza. Jesús desciende a la prisión subterránea donde Satanás mantiene encerrada a toda la humanidad detrás de “puertas de bronce y cerrojos” (exactamente como en las prisiones romanas), y grita: “Levanten las puertas,

príncipes, levanten las puertas eternas, que va a entrar el Rey de la Gloria". Entonces Satanás y el Infierno comienzan a gritar: "¿Quién es ese Rey de la Gloria?". Y la voz del Señor responde: "El Señor fuerte y poderoso, el Señor fuerte en la batalla". El primero en ser liberado es Adán, seguido por una multitud incalculable.

La figura de Nicodemo representa al mártir cristiano, aquel que es mal visto en la sociedad por seguir a Jesús. Se trata de una dramatización construida con base en una situación real vivida por los pequeños núcleos cristianos de los primeros tiempos. A menudo algún miembro de esos grupos es llamado por las autoridades para declarar. Vuelve después de ser torturado o cuando menos humillado. Algunos mueren. Pero no solo las autoridades persiguen a los cristianos; acontece que los habitantes del propio barrio suelen maltratarlos de palabra y, a veces, físicamente. En cada grupo hay uno o más casos de personas mutiladas como consecuencia de malos tratos, o incluso personas que perdieron sus pertenencias en uno de esos repentinos y violentos pogroms. Para sobrevivir, los cristianos dan la máxima visibilidad a sus mártires, no escatiman ningún esfuerzo en el sentido de realzar su valor. Es dentro de ese contexto histórico que se sitúa el evangelio de Nicodemo.

80. Los milagros de Pedro y Pablo

En los textos apócrifos, los apóstoles Pedro y Pablo practican muchos milagros. Doy aquí solo unos ejemplos. Los Hechos de Pablo, redactados en Asia Menor alrededor de 185-195, describen los viajes de Pablo llenos de peripecias. En Éfeso, es condenado a las fieras, sin embargo convierte y bautiza al león que se preparaba a devorarlo. El león parte en paz y en adelante desprecia los llamados de las leonas, o sea, se hace asceta. Esa historia, en el decir de la tradición, provocará muchas conversiones al cristianismo. Después de eso, Pablo viaja a Roma, pero la comunidad le aconseja salir de ahí para no ser apresado. Al pasar por la puerta de la ciudad encuentra al Señor que entra: "¿Adónde va?" (Quo vadis?), pregunta Pablo. A lo que Cristo responde: "A ser crucificado". Pablo, arrepentido, se regresa y es decapitado. Los soldados, en lugar de sangre, son salpicados con leche.

Un caso parecido acontece con el apóstol Pedro. Los Hechos de Pedro, escritos entre 180 y 190, cuentan que viaja a Roma para

predicar el evangelio. Famoso es el episodio del Foro Romano, cuando mide fuerzas con Simón el Mago para saber quién consigue hacer cosas más extraordinarias. Simón quiere mantenerse volando en el cielo (ascensión) y muere en la tentativa. Pedro es el mayor, su poder sobrepasa el de los magos. En esos Hechos hay asimismo un episodio "Quo vadis?", semejante al de Pablo. Finalmente Pedro es crucificado en Roma, por expresa voluntad con la cabeza hacia abajo, en una actitud de humildad ante Jesús crucificado.

Esos Hechos nos ayudan a entender la formación del imaginario cristiano a lo largo del siglo II. Basados en "ágrafos", vale decir, en dichos no escritos, en una primera fase se transmiten oralmente de generación en generación. En un segundo momento son anotados por escrito. Son, por tanto, compilaciones de la cultura oral, como se percibe por las frecuentes citas en los Padres de la Iglesia, quienes las recogen por todas partes. Estamos aquí frente a un dato importante: historias repetidas de padres a hijos, de madres a hijas, y que resultan en una abundancia de textos desparramados por todo el mundo cristiano. Cada comunidad local produce los Hechos de un determinado apóstol, cada iglesia se declara apostólica, lo que presupone la idea de que el movimiento de los apóstoles no termina con la muerte del último testigo ocular de la vida de Jesús, ni se restringe a Galilea o Palestina. Los Hechos de los Apóstoles, entonces, se extienden por el tiempo y el espacio en círculos cada vez más amplificados. Cada aldea conoce al menos un apóstol en sus cercanías, un "hombre santo" que es signo visible de Dios. El apóstol local hace lo que hicieron Pedro y Pablo, expulsa demonios, conversa con ángeles, sana y resucita, predica la buena nueva a los pobres y combate a los enemigos de la fe.

Ciertos investigadores encuentran en la literatura milagrera la principal razón de la sensacional expansión del cristianismo en el transcurso del siglo II. Efectivamente, existe una abundante literatura en la cual Jesús y los apóstoles aparecen ante todo como milagrerros. El propio Pablo escribe que el éxito de su trabajo no proviene tanto de sus argumentos bien contruidos ni de su retórica, cuanto "de las señales y milagros" que acompañan su acción junto al pueblo. El Dios de los cristianos se muestra más fuerte que los dioses de otros. Tal el caso de la "conversión" del procónsul Sergio Pablo por Pablo, relatada en los Hechos de los Apóstoles de Lucas. Pablo enceguece al mago en que confía el procónsul, y con eso prueba poseer mayor "dinamismo" divino. El procónsul se impresiona y se convierte al movimiento. El

poder de los milagros arrastra a las personas hacia la fe sin que ellas tengan condiciones de reaccionar. Milagrosos y exorcistas corresponden a un sentimiento religioso vigente en todo el ámbito del imperio romano. El exorcista se ubica en el centro del proceso de expansión del cristianismo, él desafía y desacredita a los demonios y demuestra el poder superior del Dios de los cristianos.

81. Emerge la figura de María

Una figura emergente en la literatura apócrifa es la de María, madre de Jesús. Un texto muy antiguo denominado La natividad de María, o también Protoevangelio de Santiago, lo comprueba. Ese evangelio conserva elementos de una historia muy difundida desde los inicios. Compuesto en Egipto hacia el año 200 y muy propagado en los primeros siglos (hay versiones antiguas en siríaco, geórgico, copto, etíope y latín), el texto está hoy olvidado.

El protoevangelio de Santiago refiere el nacimiento de María, hija de Joaquín, hombre rico, y de Ana. María aprende a andar, pero apenas da siete pasos en el suelo común de la tierra, pues inmediatamente es llevada al templo para ser educada por sacerdotes y preparada para ser la madre de Jesús. “Permaneció en el templo como una palomita, recibiendo alimento de manos de un ángel”. Ella es diferente a las otras mujeres: “ninguna cosa vulgar o impura pasó por sus manos”. Tenemos aquí el postulado “teológico” de la virginidad de María, señal del respeto extremo hacia aquella que fue llamada a ser la madre de Jesús. Su habitación en el templo es un oratorio. Es alimentada por las manos de un ángel y vive apartada de las otras personas. Es dada en matrimonio al viudo José, de 89 años, de cuya vara sale una paloma. De esta forma Dios indica al privilegiado padre adoptivo de Jesús. Rezando en su oratorio, María recibe la visita del ángel Gabriel quien le da la increíble noticia de que fue llamada para ser la madre de Jesús.

En realidad, este protoevangelio es una sedimentación literaria de numerosas historias que circulan en los núcleos. Resta interpretar las narraciones del nacimiento de Jesús en circunstancias de marginalidad, en medio de pastores y magos. Ello puede sugerir que el nacimiento habría sido clandestino. En la literatura rabínica, tanto los pastores como los “magos de Oriente”

son figuras discriminadas. Nadie debe comprar leche, lana o carne directamente a los pastores, porque son ladrones que roban parte del rebaño del dueño. Los magos tampoco merecen confianza, y está prohibido hablar con ellos bajo pena de muerte. ¿Denotará esto que Jesús habría nacido “fuera de la ley”; quizá fuera de un matrimonio legal? Se trata de una hipótesis con base documental que no puede ser descartada sin más. Versículos que pueden ser invocados son: Mt 1,19 (José decide repudiar a su mujer), así como Jn 8,41 (“Nosotros no nacimos de la prostitución”). Se invoca de igual modo la manera en que Jesús se dirige a María: nunca la llama madre. Con todo, aquí no es el lugar de profundizar tal cuestión por lo que remitimos a un autor que la aborda ¹.

82. La ascensión meteórica de María

Durante los dos primeros siglos todavía existen textos que tratan la figura de María con desprecio. Así, por ejemplo, el filósofo Celso, quien escribe en torno al 175, habla de Jesús y de María con el mayor desprecio. Jesús habría sido

...un desamparado que recorre el país con diez u once seguidores sacados del lodo del pueblo, entre marineros y publicanos, sin futuro, ganando vergonzosamente una precaria subsistencia.

María, por su parte, sería una

...campesina que tuvo relaciones con un soldado, mujer de carpintero, mujer sin futuro ni nacimiento noble, (pues) ni sus vecinos la conocían, mujer que vivía de su trabajo.

No obstante tal situación cambia radicalmente a partir del siglo III, cuando María acaba con la competencia de Isis como la figura femenina más simpática del universo romano. Su ascensión meteórica acontece no solo en la literatura cristiana; autores no-cristianos empiezan también a presentarla como el modelo por excelencia de la honra y la virginidad. Más que ninguna otra figura, ella expresa el modelo de vida cristiana que se va imponiendo en

¹ Xabier Pikaza, Los orígenes de Jesús. Ensayo de cristología bíblica. Salamanca, Sígueme, 1976; La madre de Jesús. Salamanca, Sígueme, 1989.

la sociedad, en especial en el este del Mediterráneo, pasando por el interior del Medio Oriente hasta los confines de Irán.

Para los cristianos, la ascensión de la figura de María está ligada a la victoria de su visión sobre la sexualidad, que se torna el signo más claro de la victoria de Cristo sobre la muerte y el mundo. En efecto, el sexo es entendido como la manifestación más nítida y original de la pérdida, por parte de Adán y de Eva, de aquella inmortalidad que les fuera conferida por el Soplo Santo. La renuncia a la actividad sexual pasa entonces a ser relacionada con el restablecimiento de una libertad humana perdida, la recuperación del Soplo Santo, la capacidad de librarse de las obras de la muerte. Y la imagen de María expresa ejemplarmente tales valores.

Ya en el transcurso del siglo III, el clero se apropia de la imagen de María y la capitaliza para ganar un espacio mayor en el imaginario cristiano. Esa apropiación acompaña la subida del hombre célibe en los grupos, sea él soltero o viudo, y su consiguiente conquista de cargos siempre más relevantes en la organización. Precisamente en el mismo período en que los rabinos pasan a ser respetados en la comunidad como buenos padres de familia, los dirigentes cristianos prevalecen mediante su renuncia al sexo. Es ese tipo de liderazgo el que, a final de cuentas, distingue al cristianismo de las otras dos religiones bíblicas, el judaísmo y el islamismo, al mismo tiempo que traza una clara línea divisoria entre el clero y el laicado en el seno de la nascente iglesia. La poderosa imagen de la Virgen María constituye así uno de los paradigmas del cristianismo.

Aun así, la figura de María funciona igualmente en un sentido liberador. La virgen escapa al dominio del hombre. Ella es nuestra hermana, vive a nuestro lado, aunque nunca es “nuestra”. No se enmarca en una relación en la que la dominación sexual por parte del hombre es ley y el matrimonio su confirmación efectiva. La virgen preanuncia y anticipa un mundo donde acariciar no significa poseer, amar no significa dominar. Para las sucesivas generaciones cristianas, la imagen de la Virgen María es complicidad, presencia amiga y solidaria, un puro estar juntos en la solidaridad. Tregua entre hombre y mujer, entrega definitiva de las armas, fin de las hostilidades, simple confiar y acontecer. La actitud digna de las mujeres cristianas de los primeros tiempos revela, sin duda, la forma en que Jesús las trató. Eso se transparenta asimismo en la delicadeza y el respeto con que la figura de María es abordada en el protoevangelio de Santiago, que comentamos en el capítulo anterior.

83. José participa del éxito de María

Así como María vence a Isis, Artemisa y Demeter en la devoción de los pueblos, José, el hombre escogido para vivir junto a María y educar al niño Jesús, vence al antiguo dios egipcio de la buena muerte, Osiris. La Historia del carpintero José, compuesta alrededor del año 400 en Egipto, con versiones antiguas en lengua copta y árabe, evidencia diversos puntos de analogía entre José y Osiris.

Después de vivir 40 años como soltero, José vive otros 48 años como casado. Luego de pasar un año como viudo, por tanto cuando tiene 89 años, le es confiada María. José vive con ella tres años antes del nacimiento de Jesús. El embarazo de María le produce el mayor asombro. Solo se tranquiliza cuando un ángel le aclara que ella está embarazada del Soplo Santo. Por lo demás, su vida transcurre con una tranquilidad únicamente atribuida a Osiris. José es un obrero aplicado y fiel, además de ser un hombre saludable: “Y después de tanto tiempo, su cuerpo no se mostraba enfermo, ni tenía la vista débil, ni había siquiera un solo diente dañado en su boca”. La muerte de José es descrita con todos los pormenores, siguiendo el modelo de las historias de Osiris. Jesús viene a acompañar a su padre en la hora de la muerte, asiste a todo en presencia de María. El luto envuelve toda la ciudad de Nazaret, del cielo descienden ángeles para amortajar el cuerpo y Miguel y Gabriel llevan el alma de José al cielo.

He aquí la “sagrada familia” completa: Jesús, María y José. La sagrada familia es la mejor obra del imaginario cristiano, permanece como modelo para cualquier familia. Por supuesto, historias como esta no funcionan según los modelos de la historiografía moderna. En ellas entran sueños y sentimientos, una creatividad enorme. Es por medio de sueños y revelaciones que la historia se desarrolla. El sueño es más real que la realidad y el corazón tiene razones que la razón no entiende. Mucha historia humana se origina en el imaginario y de ahí pasa a la realidad física de hechos narrados. Ahora estamos privados de todo eso, no recibimos más la visión celestial, no oímos el rumor de los ángeles ni el murmullo de los oráculos. En otras palabras: para poder penetrar en el mundo del cristianismo de los orígenes, es preciso dejar atrás el mundo moderno, aprender a valorar los juegos de la imaginación y la creatividad poética. Solo muy recientemente las ciencias humanas están redescubriendo el sueño, la emoción, en fin, las riquezas del ser humano más allá de la “razón pura” de Descartes.

84. María Magdalena fuera de la escena

Mientras María Madre y José entran en escena, María Magdalena queda fuera. El Evangelio de María Magdalena, del siglo II, muestra cómo la mujer María enseña a los hombres la valentía y la sabiduría, pero por eso mismo es rechazada por ellos. Ella sale de los marcos de la honorabilidad femenina que reserva tres estados de vida para la mujer: la virginidad, la maternidad, la viudez.

La virginidad es altamente valorada en la literatura cristiana que exalta de manera ininterrumpida la continencia. En este punto existe un contraste evidente con la literatura rabínica de la época, que no la valora. En el cristianismo, el soltero y la soltera son valorados. Es una honra para un padre comunicar a la comunidad que su hijo permanece "incorrupto" o su hija virgen. La mujer que sabe responder con firmeza a las invocaciones por parte de algún pretendiente, es respetada por todos.

La maternidad es igualmente valorada en la literatura cristiana. Las madres van a la sinagoga, más tarde a la iglesia, acompañadas de sus hijos. La fidelidad de esa frecuencia en el culto es la mayor garantía de la permanencia de las instituciones cristianas. La imagen del padre yendo a la iglesia acompañado de su hijo, de la madre llevando a su hija, atraviesa los siglos y da continuidad a los trabajos de la iglesia. En el momento en que los hijos no acompañan más a los padres en la ida a la iglesia, un eslabón multiseccular se rompe.

Un tercer estado de vida femenina bastante valorada es la viudez. La viuda acostumbra ser la benefactora de la iglesia, principalmente cuando pertenece a la clase privilegiada. Escribe el historiador Peter Brown, refiriéndose a los primeros siglos del cristianismo: "Las viudas influyentes representan lo que hay de más activo en la iglesia". Las mujeres son incentivadas a permanecer viudas después de la muerte del marido y son ellas las que atraviesan la historia con su generosidad silenciosa, sustentan al clero, ayudan a construir templos y se responsabilizan por su limpieza.

María Magdalena escapa del figurín. No es ni virgen, ni madre de familia, ni viuda. Es simplemente mujer. No se sabe si es casada, virgen, o viuda. Ella no encuentra lugar en la historia del cristianismo, sino como penitente. No penetra en los ambientes reservados a las célibes como, por ejemplo, en los locales donde se ejercita la lectura y la escritura. Las célibes suelen

ser letradas, enseñan, explican. Son profesoras. Ganan dignidad e independencia. Las madres suministran lo esencial para las comunidades: la participación de los hijos. Las viudas son de igual modo respetadas, en particular cuando son benefactoras. María Magdalena queda fuera de todo eso. Vive privada de privilegios. Es un símbolo femenino de la mayor importancia, una figura que hace pensar sobre el papel atribuido a la mujer por la sociedad.

85. Tecla, la mujer intrépida

Otra figura femenina de la antigua tradición cristiana, junto a María Magdalena, es Tecla, la mujer intrépida, audaz. Ella aparece en los Hechos de Pablo, redactados al final del siglo II en Asia Menor. Este escrito, muy popular en los inicios, es declarado apócrifo por un decreto del papa Gelasio y permanece olvidado durante siglos. Acapara las atenciones por el descubrimiento, en 1894, de una copia escrita en lengua copta en una biblioteca de Heidelberg. El autor, probablemente un presbítero, debe haber sido un gran admirador de Pablo, pues se interesó en recoger varias tradiciones vivas sobre los viajes del apóstol, pasando por once lugares: Damasco, Jerusalén, Antioquía, Iconio, Mira, Sidón, Tiro, Éfeso, Filipo, Corinto y finalmente Roma, donde Pablo muere martirizado. Era buen escritor y logró tejer una trama coherente y pedagógica. Su intención era crear en sus lectores(as) una disposición positiva hacia la vida cristiana.

He aquí el resumen de la trama: cuando Pablo llega a Iconio, una joven de buena familia, llamada Tecla, lo observa desde la ventana de su casa y queda fascinada por su forma de hablar. Tecla ve mujeres conversando con él y colaborando en los trabajos, y desea ardientemente hacer parte de ese mundo. Huye de casa y se viste de hombre para poder acompañar a Pablo en sus viajes. Resiste los más inusitados peligros, las más osadas embestidas masculinas, salvaguardando siempre su disposición a viajar por el mundo y, al mismo tiempo, su virginidad.

Pablo y Tecla andan juntos por el mundo, solidarios en la idea de la misión. Tecla supera la barrera sexual, quiebra el tabú de la no-comunicación entre hombre y mujer. Ella es símbolo de aquellas mujeres que dejan el marido, los hijos y la casa para caminar por la vida en libertad, prosiguiendo una misión. Los numerosos santuarios dedicados a ella, esparcidos por todo

el Medio Oriente y muy frecuentados por mujeres, son prueba de la gran aceptación de esa figura femenina durante siglos consecutivos. En los santuarios de Tecla las mujeres se distancian por algún tiempo de las tareas de la casa, escapan un poco de la familia, en ciertos casos olvidan el yugo del marido y de los hijos. El camino de Seleucia (gran santuario de Tecla) es un camino de libertad para la mujer.

Es muy probable que Tecla nunca existiera. Aun así, el impacto de su historia sobre el imaginario de las mujeres fue enorme. No raramente la vida literaria es más “real” que la vida física. Las letras tienen vida propia. La historia de Tecla demuestra que la mujer puede acompañar al hombre en la libertad, que la “prisión domiciliar” no es irrevocable. La extraordinaria difusión de la leyenda de Tecla evidencia que el ideal de la libertad no deja de ejercer una gran atracción sobre las personas. Perpetua, una mujer casada, que existió realmente y fue mártir en Cartago, ni de lejos alcanzó el grado de popularidad de una figura legendaria como Tecla, que simboliza la salvaguarda de la personalidad, amenazada de aniquilamiento por la sociedad. La vivencia de la virginidad viene a ser una afirmación de la persona humana frente a las leyes de la sociedad.

Sexta Parte

Los maestros

86. Quiénes son los maestros cristianos

Para entender los orígenes del cristianismo no basta con leer a Pablo, los evangelios de la primera y de la segunda generación e incluso los evangelios apócrifos o escondidos. Es necesario tener, además, alguna idea de la actuación de los maestros cristianos en el transcurso del siglo II. Ese siglo es fundamental en la evolución del cristianismo a causa de la férrea lucha por el control de la palabra de Dios entre los presbíteros (o: pastores, obispos) y los maestros (o: doctores, profetas). En los capítulos siguientes presento algo acerca de la historia de esa lucha.

Al comenzar el siglo II el cristianismo todavía no tiene palabras propias que expresen de manera adecuada la novedad evangélica. Las palabras cristianas todavía son las palabras de la sinagoga. En el transcurso del siglo el movimiento cristiano crea, en silencio, un modo de pensar peculiar, forja palabras propias y manifiesta actitudes que lo distinguen de las demás religiones. El resultado aparece al final del siglo, cuando el movimiento cristiano alcanza suficiente visibilidad para que las autoridades romanas lo perciban como algo distinto del judaísmo. De ahí en adelante, las persecuciones —en su mayoría pogroms (en ruso: persecución) localizados y esporádicos— tocarán siempre más a los cristianos, específicamente.

Libre del judaísmo, el cristianismo se expresa pronto en términos propios, comprensibles tanto para personas de cultura griega como para quienes viven la cultura siria y oriental en general. Esboza las primeras disputas con filósofos platónicos, estoicos, cínicos y pitagóricos, al principio tímidamente, aunque con resultados cada vez más satisfactorios, al punto de ser considerado, al final del siglo, una “filosofía”. Todo eso es mérito de maestros cristianos.

Hablaremos un poco de ellos, pues tienen mucho que enseñarnos. En las ciudades grandes como Roma, Alejandría, Antioquía, la enseñanza de esos maestros encaja en el gusto de un público habituado desde mucho tiempo atrás a “escuelas”, esto es, grupos formados alrededor de algún filósofo o maestro. Tales filósofos son sabios, críticos de la sociedad y de las costumbres. Son reconocidos de inmediato por la barba crecida, la ropa sencilla y pobre, la vida en pobreza y el desprecio del lujo. Acostumbran vivir en la calle y dormir en el suelo en lugares públicos. Ese modo de vida extremadamente pobre contrasta con su autoridad, que supera la de la más altas autoridades políticas.

Es conocido el episodio de Diógenes y Alejandro Magno. Alejandro, el hombre más poderoso de su tiempo, le pregunta a Diógenes, quien vive en un tonel y está tomando un baño de sol, qué puede hacer por él. Respuesta: “Usted me está dejando en la sombra. Córrese, por favor”. Esos filósofos del siglo II son, por tanto, muy diferentes de los filósofos modernos. Kant, por ejemplo, no se reconocería en ellos. Funcionan como la conciencia pública en la sociedad, dicen lo que los otros no pueden o no quieren decir.

87. De nuevo los maestros cristianos

Cuando los inmigrantes cristianos de Oriente llegan a una ciudad grande como Roma, comienzan a buscar ambientes donde poder animarse y reanimarse en un mundo que les es extraño, y se terminan reuniendo en la barbería, en la tenería, siempre en las callejuelas estrechas (y malolientes) de las insulae (barriadas pobres) de la gran ciudad. Con el tiempo, conocen los “gremios” o libres asociaciones entre personas, normalmente basados en el ejercicio de la misma profesión o en la devoción de un mismo dios. Están los herreros adoradores de Hércules, los comerciantes de ropas adoradores de Mercurio, entre otros. Las más prestigiosas de esas cofradías consiguen la protección de algún “mecenas”, es decir, de un magistrado o senador dispuesto a ayudarlas en lo financiero. Los cristianos imitan ese modelo y organizan “gremios”, que a veces llaman “iglesia” (como es el caso de los militantes de Pablo). En la sociedad pagana las mujeres no tienen acceso a esos “clubes”, y no será uno de los menores méritos del cristianismo crear escuelas femeninas, bajo liderazgo femenino

(ver los capítulos 84 y 85, sobre el liderazgo de María Magdalena y Tecla).

En la sociedad romana, la primera y más definida finalidad de una asociación o cofradía de esclavos consiste en proveer un funeral digno para el miembro participante, para que no sea abandonado como un perro muerto. De ahí el éxito de los cementerios cristianos entre los esclavos. Uno de los trabajos más notables de la “iglesia” cristiana consiste en sepultar dignamente a las personas, no solo los cristianos, sino todos indistintamente. Un esclavo cristiano de principios del siglo III, llamado Calixto, muestra gran capacidad para organizar cementerios cristianos y llega a ser obispo de Roma.

Ocurre que las escuelas cristianas poseen un carácter típicamente filosófico, siendo que el filósofo es ante todo un maestro de la vida. Imaginemos pequeños círculos estudiantiles de discípulos, que se reúnen por años sin interrupción alrededor de un guía espiritual. Muchos cristianos de aquella época alcanzan un deseable desarrollo espiritual mediante el contacto con algún maestro amado y de prestigio. Aun cuando esos círculos sean pequeños, su irradiación es grande. Constituyen las fuentes de energía de la cultura cristiana en los siglos II y III.

La principal lección de la “escuela” cristiana es la del “corazón simple”. Conservamos un texto al respecto, el Pastor de Hermas, escrito en la primera parte del siglo II (véase en la bibliografía mi ensayo sobre ese escrito).

En otras palabras: los núcleos cristianos se agrupan alrededor de algún “maestro de vida”. En Roma, por ejemplo, hay importantes agrupamientos en torno a celebrados maestros como Hermas, Marción, Valentino, Taciano y Justino. En Cesarea de Palestina actúa el famoso Orígenes, en la primera parte del siglo III. Se conserva un documento que refiere el caso de un obispo que viaja de Capadocia a Palestina para participar del curso de Orígenes, el “profesor cristiano” por excelencia.

88. Una vez más los maestros

Dentro de un lenguaje más tradicionalmente judaico, los maestros son también llamados “profetas” o “doctores”. Son al mismo tiempo instructores y consejeros de los núcleos, y su autoridad proviene, por lo común, de una historia personal, de la

fuerza de su “conversión” (metanoia). Maestros típicos de finales del primer siglo son el autor del Apocalipsis, atribuido al apóstol Juan, así como Hermas, el autor del Pastor, ya citado en el capítulo anterior.

Es interesante observar que el término “escuela” equivale a “herejía” (en griego: escolha), sin que tenga un sentido peyorativo ya que las personas escogen el maestro que desean seguir. Otro término de la época es “secta”, del latín secta, que a su vez proviene del verbo “seguir” en latín y no tiene sentido negativo. Más tarde, con la influencia de la idea de una iglesia unificadora, los términos “secta” y “herejía” son rechazados. Es en ese sentido específicamente sociológico que decimos que el cristianismo entre el 100 y el 200 es, en esencia, herético y sectario. O sea, que los primeros cristianos son voluntarios que escogen con libertad el maestro que desean seguir.

La fórmula de la escuela cristiana armoniza bien con algunas de las ideas centrales del movimiento de Jesús. El evangelio es claro: nadie consigue vivir el mensaje sin seguir un maestro, un “sabio”, un profeta, un escriba, un orientador (Mt 23,34). Él(la) seguidor(a) de Jesús requiere saber seguir y escuchar un maestro. Después de dar la buena orientación, el maestro devuelve la persona a la complejidad de la vida, nadie queda prisionero en una institución. El maestro no es propagandista, no hace proselitismo. Jesús es contrario a la propaganda, evita la concentración de masas, no gusta de figurar. Las multitudes, en rigor, no entran en su proyecto, sino indirectamente, por medio de la lenta fermentación de las ideas, con la ayuda de algún maestro. Las así llamadas “conversiones en masa” son superficiales y no resuelven la cuestión de la “duplicidad de corazón”, que es la principal cuestión de la conversión cristiana.

Jesús opta por un trabajo con poca gente, en profundidad. En ese sentido, los maestros del siglo II, como Hermas y Valentino, ambos provenientes de Egipto; Marción del Ponto (norte de Capadocia); Taciano de la lejana Mesopotamia; Justino de Palestina y Montano de Frigia (Asia Menor), todos con un período de actuación en Roma, prosiguen a su modo el trabajo de Jesús. Otras ciudades también tienen maestros famosos. En la primera parte del siglo III hallamos en Alejandría dos figuras excepcionales: Clemente y Orígenes. Mientras, en los grandes centros, la autoridad de los maestros es combatida con fuerza a partir de los últimos decenios del siglo II, en otros lugares ellos conservan su autoridad y autonomía por mucho tiempo, en algunas regiones por siglos.

Aún hoy se detectan en el cristianismo ciertas herencias de los maestros del siglo II como, por ejemplo, el concepto de la conversión; la práctica de “ejercicios espirituales” y de meditación diaria; las ideas de moral, providencia, disciplina y, finalmente, la del control sobre el cuerpo. Este último punto proveniente del diálogo entre maestros cristianos y filósofos estoicos.

89. Maestros contra pastores

La actuación de los maestros cristianos origina problemas. Ella es muy exigente para muchos y se levantan voces señalando que ella es perjudicial para el “pueblo sencillo”. Además, el vigor intelectual existente en las escuelas abre un diálogo con el paganismo, lo que, a los ojos de personas más conservadoras, es peligroso. Cuanto más el joven movimiento se libera del capullo judaico, tanto más se abre a la discusión con corrientes filosóficas como el estoicismo, el pitagorismo, el epicureísmo, el platonismo.

En vez de sofocar esas discusiones, los maestros las estimulan. Algunos de esos grupos de discusión tienen larga vida; así, durante siglos, los teólogos alejandrinos discuten con los antioqueños. Los primeros más espiritualizantes, los últimos más pragmáticos. Los primeros dicen que Jesús es hijo único de Dios, los últimos que él es semejante a Dios (como Dios). En el decir de los primeros, María es la madre de Dios, y, según los últimos, la madre de Jesús. Muchos, especialmente entre personas influyentes, no soportan este tipo de discusión y hallan que no se debe discutir de ninguna manera, sino repetir “al pie de la letra” las Escrituras, enseñarlas como están escritas, sin discusión. Esta es la forma de hablar de los pastoralistas, quienes afirman estar preocupados por el pueblo “sencillo”.

Los maestros reaccionan y surge la guerra. Los pastoralistas prohíben la libre circulación de textos en el seno del movimiento cristiano. Nada más puede ser leído lo proveniente “de los apóstoles”. He aquí un momento neurálgico en la formación del cristianismo histórico. La lucha en torno al control sobre lo que puede o no ser leído en los núcleos, constituye, según el gran maestro alemán en historia antigua del cristianismo, Adolfo von Harnack, uno de los factores principales de la formación de la iglesia. Para él: “En toda la historia de la iglesia no se puede señalar

un hecho mayor que la formación de la colección apostólica". Léase: el exclusivismo de la colección apostólica.

Luego, lo que viene de los apóstoles es válido, lo que viene de los maestros debe ser abandonado. Los apóstoles son los beneficiarios privilegiados de la revelación, la cual se cierra con la muerte del último de ellos. El Soplo Santo se reveló plenamente en la "era apostólica", en las generaciones siguientes él actúa de forma fragmentaria y esporádica. El trazado de una frontera nítida entre lo "apostólico" y lo "no-apostólico", empuja el movimiento de los maestros del siglo II hacia el margen, quita valor a las discusiones y desalienta la libertad. La "colección apostólica", he aquí la piedra angular de la iglesia. Esa "colección", tal cual está siendo elaborada a finales del siglo II, cerrada y restrictiva, es un artefacto dirigido contra la libertad y creatividad de los maestros.

Hay, ciertamente, circunstancias que explican la dura actitud de los pastoralistas. Los sustos provocados por maestros como Marción, Valentino, Taciano y Montano intranquilizan el ambiente. No pocos maestros son autoritarios e impulsivos, desprovistos de sentido pedagógico, y es necesario poner un dique ante las confusiones creadas alrededor de esos maestros. La intervención de los pastoralistas es, entonces, de cierto modo, una victoria del buen sentido. Pero ella, infelizmente, abre campo a otro tipo de abuso: el de la concentración del poder religioso en manos del clero, que toma para sí el control sobre la lectura de la palabra de Dios. Los textos no autorizados deben ser quemados. El resultado del proceso es un cristianismo oficial moldeado por una lectura prefabricada del dato revelado, no más por la libre lectura profética que brota al calor de la hora. La libre lectura es apartada como siendo herética. Como escribe Adolfo von Harnack: "La primera ortodoxia (de los maestros del siglo II) se tornó herejía".

90. El maestro Valentino

Alrededor del año 130 aparece en Roma un maestro proveniente de Egipto, cuyo nombre es Valentino. De él únicamente conservamos once fragmentos. Es a través de la discusión de sus ideas en las obras de Justino, Ireneo y Tertuliano que nos podemos formar una cierta opinión acerca de este controvertido maestro. El cristianismo histórico rechazó al maestro Valentino, es probable que a causa de la sorprendente libertad con que expone su

pensamiento. Pues él es el tipo de intelectual que no tiene miedo de pensar. Para que ustedes tengan alguna idea de su pensamiento, expongo aquí brevemente algunas de sus ideas. Como muchos antes y después de él, Valentino escribe en aforismos (dichos breves). Su pensamiento cabe en cuatro frases:

No escuchar las voces de los otros, sino su propia voz;
No seguir la voz del miedo, sino la de la confianza;
No ceder a la inseguridad, sentirse seguro;
No persistir en la enfermedad, querer una vida saludable.

Valentino no necesita insistir en la moral, sino en el conocimiento, en el saber. Sin sed de saber no avanzamos, puesto que no estamos sujetos a ninguna ley, somos libres. El bien más precioso que poseemos es nuestra inteligencia. Ella es nuestra salvación. El mayor crimen consiste en reprimirla. Los pastoralistas nos reprimen al insistir tanto en la obediencia y el seguimiento. Es preciso insistir en el libre pensamiento. Si Homero y Platón tienen algo que decirnos, tenemos que oírlos. El conocimiento va más allá de las fronteras religiosas. La sed de conocimiento conduce a una vida más feliz. Cualquier instancia que impida el conocimiento es criminal y debe ser combatida.

En la senda de Pablo, Valentino no está interesado en la objetividad histórica de los evangelios, cuanto en el valor del mensaje para la subjetividad humana. Dotado de una inteligencia privilegiada, Valentino no deja de percibir, al igual que Pablo antes de él, el carácter limitado de las categorías usadas en los evangelios. Encuadradas en una tradición local y en una cultura específica, ellas no son aplicables tal cual a todas las culturas. Hablar a alejandrinos y romanos sobre cielo e infierno, Dios y Satanás, bien y mal, pecado y merecimiento, bendición y maldición, en los mismos términos en que Jesús habla a los galileos, no constituye el procedimiento más indicado. La cabeza de campesinos galileos no piensa de la misma forma que la cabeza de personas que viven en Alejandría, Antioquía o Roma, metrópolis atravesadas por las influencias culturales más diversas, orientalizadas y, al mismo tiempo, helenizadas y romanizadas.

No se pueden trasplantar sin más, categorías del mundo arameo a las grandes metrópolis helenizadas del imperio romano. Se requiere buscar conceptos universalmente humanos. Valentino dialoga con el ser humano en general. La verdad no está contenida en un paquete de proposiciones fijas e inmutables a

ser aceptadas por todos. La palabra de Dios solo puede significar cuestionamiento y profundización. Que cada uno descubra por sí mismo la verdad evangélica, que es la verdad personal de cada uno(a). He aquí lo que Valentino y sus discípulos llaman gnose (en griego: conocimiento). La gnosis es un actuar sobre la propia interioridad. Valentino no teme confrontar el evangelio con las filosofías de su tiempo, sean ellas platónicas, estoicas, pitagóricas o epicureístas.

Una enseñanza tan libre y a la vez tan exigente, tropieza contra obstáculos de todo tipo en el seno del movimiento cristiano. Las personas más conservadoras se asustan y resuelven unirse contra Valentino. El maestro tiene que abandonar Roma. Sus lecciones todavía repercuten por siglos en el seno del movimiento cristiano.

91. El erotismo proscrito

El punto más susceptible a malentendidos en la enseñanza de los maestros, es el que atañe al erotismo. Los maestros proclaman un cristianismo optimista y volcado hacia la vida (inclusive erótica), pero simultáneamente exigente. Cada persona es capaz de volverse santa, no obstante para ello tiene que enfrentar una vida de un elevado patrón ético y mucha madurez. Muy pocos logran vivir conforme la orientación de los maestros. La gran mayoría no entiende (o no quiere entender) sus lecciones y tiende a la pérdida de la moral, desfigura su enseñanza. Es lo que ocurre en relación a la sexualidad. Hoy, es casi imposible rescatar la auténtica enseñanza de los maestros cristianos del siglo II acerca de la sexualidad. Lo que tenemos es la desfiguración de su pensamiento, la cual pasó al cristianismo histórico.

Ya hacia mediados del siglo II, el maestro Justino habla de un joven que se quiere hacer castrar para poder vivir el cristianismo en su perfección. A principios del siglo III, el gran teólogo Orígenes se castra efectivamente. Muchos confunden el cristianismo con el encratismo, un movimiento radical que considera incompatibles actividad sexual y perfección cristiana. Diversos Padres de la Iglesia, como Juan Crisóstomo, Jerónimo y Agustín, tratan del asunto, la mayoría de las veces con simpatía por la tesis ascética, aunque sin llegar al extremo de alentar la castración.

Desde el siglo IV, un poco por todas partes, el tema de los "eunucos" (castrados) figura en el orden del día de las reuniones

episcopales. En los ambientes episcopales, la lucha contra lo que se considera es el más claro indicio de la perversión del paganismo, el erotismo, es continua. En ese siglo, cuando la iglesia obtiene los favores del imperio, un sinnúmero de templos paganos, debidamente despojados de sus evocaciones eróticas, pasan a servir como iglesias cristianas. Excavaciones arqueológicas demuestran que numerosos bajorrelieves de cuño erótico se utilizan como losas en el piso de iglesias cristianas, vueltos hacia abajo. Venus y Baco ceden su lugar a Jesús, María y los apóstoles.

Se constituye un clero ascético, para que este, a su vez, influya al pueblo. Los clérigos desobedientes son calificados de inconstantes, borrachos, "contadores de chistes, frecuentadores de tabernas" y, por consiguiente, perseguidos por las leyes eclesiásticas. La iglesia rechaza a los sacerdotes "dionisiacos" y prefiere a los "ascéticos". Aun así, la danza dentro de los templos resistirá todavía por muchos siglos, como, por ejemplo, en Brasil, en las iglesias dedicadas a San Gonzalo del Amarante.

Con el advenimiento del cristianismo la palabra "taberna", que originalmente significa "hospedería", se convierte en sinónimo de borrachera, prostitución y libertinaje. El sacerdote ya no puede cantar en fiestas profanas, en adelante solamente canta en el templo. Si le gustase contar chistes, no escapa de la ira de las asambleas episcopales. El sacerdote no debe provocar risa, sino infundir seriedad y mover a la penitencia. El obispo se transforma en fiscal de la vida del sacerdote y, por extensión, en fiscal de la vida sexual del pueblo.

92. El infierno y el diablo

Al despreciar las orientaciones abiertas de maestros como Valentino, los pastoralistas recurren a dos antiguos mitos del Medio Oriente, el infierno y el diablo, en su ansia por reunir a las personas bajo su obediencia.

El mito del infierno posee una larga historia. Es ya mencionado en la literatura sumeria, pasa a los hebreos, iraníes y mesopotámicos y, del lado occidental, a los etruscos, griegos y romanos. El mito es largamente utilizado por el reformador iraní Zaratustra (siglo VI). El pensamiento religioso persa (proveniente de Zaratustra) tiene mucho que ver con esa visión dualista para explicar la complejidad del ser humano.

Jesús no insiste en el infierno y solo lo cita indirectamente; los pastoralistas, en cambio, perciben muy pronto su relevancia para la difusión del pensamiento cristiano. Los presbíteros cristianos son menos reticentes que sus colegas rabinos en relación al mito del infierno. Incluso puede decirse que en el cristianismo de los tres primeros siglos el infierno llega a su apogeo. El infierno cristiano es el más duradero, completo y terrible de los imaginarios infernales. Durante la Edad Media, los predicadores populares alimentan en el seno del pueblo un verdadero delirio infernal con suplicios macabros y “dantescos” (Dante). El infierno se convierte así en la principal arma en boca de los predicadores. Criticado por los filósofos de las Luces, el infierno presenta altibajos en los siglos XIX y XX, al sabor de las corrientes eclesiásticas. El catolicismo estaba presto a abandonarlo en el Concilio Vaticano II, no obstante ese espantajo horrible parece querer retornar hoy.

Lo mismo acontece con el diablo. El término latino *diabolus* se deriva del griego *diabolos*, un adjetivo que significa mentiroso, insidioso. El término es usado en la antigua traducción griega de la Biblia para traducir el vocablo hebreo *ha-satan* (Satanás), que designa un miembro de la corte divina, un informante secreto del cielo que investiga procedimientos humanos en sus viajes por la tierra. La noción proviene probablemente de funcionarios de servicios secretos de reinos orientales. Satanás es enemigo de los seres humanos, gusta de provocar conflictos entre ellos. No se sabe con certeza cómo se formó el mito de un Satanás enemigo de Dios y jefe de un reino de ángeles maliciosos. En la tradición judaica y en el pensamiento cristiano de los orígenes, el término Satanás aparece como un nombre propio. Él es enemigo declarado de los seres humanos y de Dios. Dos reinos en conflicto: el reino de Dios contra el reino de Satanás.

Pese a eso, el cristianismo no adhiere a la idea de un dualismo definitivo. Al final, Dios triunfa. Lo que persiste, y entra en las predicaciones por largos siglos, es la idea de que el ser humano está sujeto a fuerzas maléficas. Él puede ser “poseído” por un demonio, una fuerza del mal.

93. La tenacidad de Baco y de Venus

A pesar de todas esas embestidas en la línea del miedo e incluso del terror religioso, Baco (felicidad) y Venus (erotismo)

resisten con notable tenacidad. Son imágenes fuertes, representan aspectos esenciales de la vida: salud, alimento, habitación, cariño, ternura, sexualidad, procreación, placer. Baco, nombre latino del dios griego Dionisio, es un dios feliz. Él evoca buenos momentos de la vida, las comidas en fiesta de familia, las buenas recordaciones con amigos y parientes. Su imagen se encuentra con frecuencia en los sarcófagos que los romanos mandan esculpir para recordar a los difuntos en sus mejores momentos, para consuelo de los parientes y amigos.

Venus, Afrodita en el panteón griego, tiene su nombre derivado de *afros* (espuma), la espuma cálida que baña las playas del amor. La sexualidad, para los antiguos, es concebida en términos de calor y frío. El semen es la espuma de una caldera humana, así como la vagina queda “caliente”. Las imágenes de Baco y Venus, bien observadas y entendidas, representan un lindo sueño de humanidad.

Si usted contempla una escultura griega clásica, podrá admirar un excepcional sentido de equilibrio, racionalidad y sentimiento, una visión elevada del ser humano y sus capacidades. Esa imágenes suelen presentar rostros serenos, no afectados, que emocionan por su sentido de humanidad. A través de la imagen de sus dioses, el ser humano se presenta como él es, en toda su desnudez y belleza, con una tranquila capacidad de dominio sobre el mundo. Todavía hoy, esos rostros nos enfrentan con una franqueza que nos desafía en su sinceridad desnuda de fariseísmos y falsos pudores. El alejamiento de Baco y Venus, y la concomitante introducción del concepto de “concupiscencia de la carne”, producen tensiones en las personas. Los cristianos casados de los primeros siglos, aún continúan dando crédito a los médicos (paganos) que aconsejan el calor beneficioso a la hora del encuentro conyugal. Ellos ciertamente evitan el acto conyugal en los días prohibidos por la iglesia, como los domingos, las vigilias de las grandes fiestas, la cuaresma, sobre todo por temer los efectos genéticos de tales infracciones. Sin embargo, el clero va triunfando poco a poco, hasta lograr crear la impresión de que algo indecoroso se cierne sobre el lecho conyugal.

Hoy, Baco y Venus, por tanto tiempo expulsados del escenario litúrgico, están de vuelta. La “buena vida” es recuperada por el mercado que excita a las personas para extraer de ellas algún beneficio financiero. Es difícil recuperar la antigua serenidad de los griegos, en el placer y la vida feliz.

94. El imperio platónico

Los maestros cristianos se confrontan con una filosofía que, en la época, alcanza éxito entre personas cultas: el platonismo. Este término abarca una multiplicidad de filosofías y religiones, todas inspiradas en las ideas del filósofo griego Platón. La mezcla de ideas platónicas con ideas provenientes del mundo semita se procesa intensamente en Alejandría, en Egipto, la segunda ciudad del imperio romano.

En el año 244 aparece en Roma, proveniente de Alejandría, el filósofo Plotino (203-269), quien forma ahí su escuela y adquiere en pocos años un renombre extraordinario. Plotino capta admirablemente la soledad de los individuos en las grandes ciudades del imperio romano. A tal sentimiento de vacío y abandono, su filosofía corresponde con un estilo de vida que enseña el amor por las realidades espirituales, la purificación del amor. El imperativo es: elevarse, de la base material, al universo espiritual.

El éxito de esa filosofía (un estilo de vida) es tan grande, que alcanza al cristianismo. El platonismo cristiano se caracteriza por la oposición categórica entre lo espiritual y lo carnal, por la aversión frente al mundo de los sentidos, los cinco sentidos que nos ponen en contacto con el mundo. Únicamente por medio de una rigurosa ascesis la persona consigue liberarse de la materia. Por mucho tiempo, ese estilo de vida ejerce un fuerte impacto sobre los intelectuales cristianos. San Agustín es el ejemplo más conocido. La idea platónica se infiltra en los sermones, la catequesis, la moral y en el adoctrinamiento del pueblo.

En el platonismo, el tiempo y la historia pierden su sentido. El cristiano platónico no piensa en política ni en economía, no se preocupa por asuntos sociales. Para él, el drama real se verifica entre el alma y Dios. Los impulsos del cuerpo deben ser controlados y, en lo posible, eliminados. Todo es orientado a conseguir el éxtasis, a través de la contemplación, la meditación y otros diversos ejercicios espirituales. El platonismo está impregnado de un agudo sentido religioso, con la ventaja de tener puntos en común con el monoteísmo cristiano.

Con todo, no está desprovisto de graves defectos. En él no hay espacio para el cuerpo. El cuerpo y sus impulsos constituyen su enemigo número uno. Además, Platón no ríe. Los comentaristas del evangelio que se guían por el platonismo no saben, por ejemplo, cómo interpretar las ironías de Jesús cuando expresa

a los apóstoles en la hora en que es apresado: "Ahora pueden dormir" (Mt 26,45); o asimismo cuando dice a los fariseos: "No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores" (Mt 9,23). O cuando declara a la mujer cananea: "No está bien dar el pan de los hijos a los perritos" (Mt 15,26). Un maestro platónico no habla así. Cuando, en el capítulo 16 del evangelio de Mateo, Jesús juega con el apóstol Simón Cefas, hijo de Jonás, impetuoso y versátil como una ola del mar, diciéndole que él es una "piedra" (el término Kefa,, en arameo, significa piedra) (Mt 16,18), los comentaristas no saben qué pensar. Toman todo "al pie de la letra" y, por consiguiente, explican de manera errada. Muchas palabras de Jesús no son entendidas por quien está desprovisto de humor.

95. La risa desterrada

En el capítulo anterior vimos cómo, desde el siglo II, el cristianismo es contaminado por filosofías hostiles a la libre expresión de los sentimientos, como el estoicismo, el encratismo y el platonismo. Como consecuencia, la risa es expulsada del cristianismo oficial y se refugia en el cristianismo "ordinario" del pueblo. El sacerdote no ríe, el obispo mucho menos. Ambos repiten la lamentación del Eclesiastés:

Vanidad de vanidades,
neblina fugaz,
todo es vanidad (Ecl 1,2).

Solo el tonto ríe. En el reino de la decencia eclesiástica rige la actitud seria, la gravedad de comportamiento. Ya el filósofo griego Aristóteles clasifica la risa entre las expresiones más bajas del ser humano y señala que el niño llora al nacer. El niño bueno no ríe antes de catorce días de vida. Quien ríe al nacer, como Zaratustra, no es bueno. El ser humano no fue hecho para reír. Lo mismo sostiene, más o menos, Platón. La gran mayoría de los filósofos occidentales sigue a esos dos ilustres maestros e impiden la entrada a histriones, bailarines y poetas.

En la historia del cristianismo, los ascetas son los vencedores. De acuerdo con el intelectual cristiano Clemente de Alejandría, el cristiano "serio" no grita, no se altera, no ríe. Más tarde, Juan Crisóstomo llega a afirmar que Cristo nunca rió (Migne, PL 57,

69). En general, en los escritos de los Padres de la Iglesia, el tema del placer y la expansión de los sentimientos es abordado de forma negativa. Todo esto se refuerza con el movimiento monacal que se inicia en la segunda mitad del siglo III y propaga el ideal del ser humano controlado, discreto y apartado del mundo. Los cristianos se educan antes para el sufrimiento que para el placer, están más ocupados con quehaceres intelectuales y espirituales que con los carnales.

En su romance *El nombre de la rosa*, Umberto Eco refiere que el viejo bibliotecario de un monasterio medieval sabe bien que “la risa es incentivo para la duda”, y no permite que los jóvenes monjes discutan acerca de la risa de Cristo. Los monjes no pueden conocer el Cristo jugueteón, cuya memoria se guarda en el archivo secreto de la biblioteca. Pues un Jesús alegre contradice la gravedad del abad, del obispo y del papa.

Desde luego, esto conviene a regímenes políticos de cara tensa y puño cerrado, brazo levantado y bandera erguida, regímenes que condenan y persiguen la risa, como el fascismo, por ejemplo. Después de visitar a Adolfo Hitler en 1938, el escritor estadounidense Henry Miller anotó en su diario: “Aquí las cosas andan mal. El hombre no sabe reír”.

96. La desacreditación moral del laico

Esa evolución trae consigo la desacreditación moral del laico. Él es señalado como el primer alcanzado por el pecado original, más que el sacerdote quien se mantiene lejos del sexo. Es como si el ser humano estuviese afectado por una debilidad universal y heredase de Adán y Eva una naturaleza sexual inferior. Todos son pecadores. Un antiguo manual de confesores, afirma: “De todos los combates del cristiano, el mayor es aquel que se libra en favor de la castidad”. La continencia es la gran guerra, y en ella son raros los laicos que no pierden, pues suelen “ceder a la tentación de la carne”. El clero, en cambio, sale victorioso, porque resiste “a la tentación”. La mayor sospecha recae sobre el acto conyugal, en especial ante la falta de consejeros, ya no más filósofos o médicos, pero sí los sacerdotes. Sacerdotes de la conciencia moral, confesores, moralistas y predicadores. Documentos referentes al siglo IV muestran que ciertas madres cristianas educan a sus hijos como pequeños monjes, alejados de las tentaciones del mundo.

Los directores espirituales raramente piensan en formar parejas, el tema predominante es la formación para la vida célibe. El matrimonio pasa sin comentarios, siempre que se mantenga la fidelidad conyugal. La vida de pareja no es espacio de santidad. En los escritos de los Padres de la Iglesia (autores respetados de la tradición cristiana), el término “pareja” no aparece. La norma bíblica “los dos serán una sola carne” no encuentra resonancia en los libros de formación cristiana, que prefieren seguir el derecho romano y solo mencionan el casamiento en términos de contrato con deberes comunes como son: educar los hijos, cuidar de la casa, entenderse. Lo esencial de la idea tradicional católica acerca de la vida de pareja es la indisolubilidad, la estabilidad. Si el hombre y la mujer logran la armonía, tanto mejor, con todo, no es lo esencial. Lo primordial es el contrato de cara a la sociedad. Ciertamente la iglesia defiende el matrimonio, pero, al mismo tiempo, manifiesta su predilección por el celibato.

Los Padres de la Iglesia son, por lo general, terriblemente antifeministas y machistas. No pueden dar la impresión de ceder frente a la mujer, ya que el hombre celoso por conservar una buena reputación no puede, de ninguna manera, dar la impresión de oír a la mujer o, peor aún, actuar como una mujer. Los hombres tiemblan ante la posibilidad de ser considerados “afeminados”. En ellos, de modo consciente o inconsciente todo está controlado por la idea machista: el andar, la voz, el mirar. Siempre y en toda parte, el hombre debe aparentar ser “señor imperturbable de un mundo subyugado” (como escribe un autor romano). Tarea que, en ocasiones, se muestra muy difícil, en vista de que hay mujeres que no soportan el férreo sistema de subordinación al hombre y quebrantan la ley del matrimonio.

Sétima Parte

Puntos controvertidos

97. Mostrar el juego

Es hora de recoger velas, mostrar el juego y aclarar mejor algunos puntos que pueden haber causado extrañeza en mis apreciados(as) lectores(as). Dedico los próximos siete capítulos a cuestiones controvertidas abordadas en las cinco secciones específicamente históricas de este libro: Pablo, los evangelios de la primera generación, los evangelios de la segunda generación, los evangelios escondidos, los maestros.

He aquí las cuestiones:

1. ¿Por qué trabajar con cuatro cartas de Pablo y dejar por fuera las demás?
2. ¿De dónde proviene la idea de distinguir entre evangelios de la primera y de la segunda generación?
3. ¿Por qué situar el evangelio (por más señales apócrifo) de Tomás en una fecha tan antigua, entre los evangelios de la primera generación?
4. ¿Por qué usar el término “ungido” en vez de “cristo”? ¿Es esta una nueva moda?
5. ¿Por qué utilizar el término “soplo santo” en vez de “espíritu santo”?
6. ¿Por qué dar tanto valor a la literatura apócrifa? ¿Será de nuevo un gusto por las novedades?
7. ¿Por qué valorar tanto los maestros del siglo II, algunos incluso considerados herejes por la iglesia, como Marción y Valentino?

Bien, eso es para los siguientes siete capítulos. Aquí nada más repito unas palabras sobre mi intención al redactar este libro. Quiero, ante todo, combatir la lectura fundamentalista de la Biblia y de los textos cristianos. Pienso que dentro del cristianismo

existen muchos abusos en el trato con las palabras. Se da la impresión de que durante toda la historia del cristianismo, las palabras conservan el mismo sentido. Serían palabras inmutables, eternas. Sin embargo, no hay modo de sustentar esa idea, pues las palabras no son eternas, siempre están relacionadas con situaciones concretas. Ellas únicamente adquieren sentido cuando se hallan sumergidas en la situación concreta en que son pronunciadas, o sea, sumergidas en la historia. He aquí mi intención al escribir para ustedes: hundir, zambullir los textos en la historia.

Quienes afirman que sus palabras son eternas y escapan a la contingencia humana, son justo quienes aspiran a un dominio sobre sus semejantes. El ser humano, cuando tiene la oportunidad de hablar y ser oído sin ser cuestionado, difícilmente escapa a la tentación de engañar al otro y de infligirle los más duros golpes a través de la seducción de las palabras. Existe sin duda el encuentro de las palabras, la amistad sincera y abierta, no obstante esa es una rareza. La cotidianidad de la palabra (por la televisión, la prensa, la política y también por la iglesia) muestra un triste y deprimente panorama de abusos de la palabra en la perspectiva del poder, la vanidad, el lucro, el provecho propio, en fin, del dominio de un ser humano sobre otro(s).

98. ¿Por qué nada más cuatro cartas de Pablo?

Solamente trabajo sobre cuatro cartas de Pablo por motivos técnicos. Se sabe, con apoyo en la investigación histórica, que de seguro escribió cuatro cartas en el transcurso de su vida: 1Ts, Gl, 1Cor e Rm. Aquí me baso en dos autores: el estadounidense Dominic Crossan y Helmut Koester, el principal innovador en la cuestión de la datación de los primeros documentos cristianos.

Según Crossan, 1Ts es del verano del año 51, Gl del invierno entre 52 y 53, 1Cor del invierno entre 53 y 54, y Rm del invierno entre 54 y 55. Son documentos de importancia máxima y les aconsejo leerlos íntegramente, no por pedacitos (como se hace en la liturgia). Constituyen la primera lectura cristiana y son, por tanto, muy importantes. Más importantes, diría que los propios evangelios. Son escritos más o menos veinte años después de la muerte de Jesús y veinte o hasta más años antes de los evangelios de Mt, Mc, Lc y Jn, y que clasifiqué aquí como “evangelios de la segunda generación”, pues fueron redactados entre los años 60 y 90 aproximadamente. Las cartas paulinas no presentan una

biografía de Jesús (ni tratan, en rigor, de asuntos relacionados con el tema “Jesús histórico”), pero enuncian por primera vez la novedad cristiana por medio de palabras hoy corrientes entre los cristianos, como “ungido” (cristo), “soplo” (espíritu), “levantarse de la muerte” (resurrección). Constituyen el primer vocabulario cristiano, la primera forma en que el cristianismo se expresa.

Es verdad que las ediciones del Nuevo Testamento contienen catorce cartas de Pablo. Hoy sabemos que diez de ellas son redactadas, sea por algún ayudante o, ya en el siglo II, por algún presbítero que desea adaptar la enseñanza del gran apóstol a los cambios de los tiempos, como es el caso de la segunda carta a los Tesalonicenses, de la carta a los Efesios y de la carta a los Colosenses. Sabemos asimismo que las así llamadas “cartas pastorales” son redactadas después de 120. El pensamiento de Pablo y la manera en que lo expresa son tan estimulantes que, ya en vida, es imitado y acaba, tan vez sin quererlo, formando una escuela literaria, la así llamada “escuela paulina”.

Leer a Pablo es una gran experiencia. Es fascinante zambullirse en el mundo de la Carta a los Romanos, por ejemplo, con su prosa difícil, densa, existencialista, aunque poderosa al extremo. De la literatura paulina bien traducida y bien leída emerge un Jesús dinámico al extremo, una persona enviada por Dios para practicar grandes cosas en el mundo. Pablo crea metáforas que impelen a la valentía, la confianza (contra el miedo), la acción intrépida, la transformación de sí mismo(a), de las personas, del mundo.

99. ¿Por qué evangelios de la primera y de la segunda generación?

La distinción entre evangelios de la primera y de la segunda generación es relevante en la medida que aclara puntos cruciales en la evolución de la idea que las personas se hacen de lo que significa “ser cristiano”, principalmente del modo en que la figura de Jesús de Nazaret es encarada por los cristianos.

Si contamos treinta años por generación, entonces podemos llamar al período entre 30 y 60, “período de la primera generación cristiana”. Esa primera generación ya elabora breves textos que circulan entre núcleos muy pequeños, tan pequeños que pasan desapercibidos, tanto para las autoridades como para los historiadores.

Algunos de ustedes hallarán extraña la afirmación de que existen más de cuatro evangelios, y que antes de los evangelios conocidos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan ya circulan otros, poco conocidos por nosotros y compuestos entre los años 30 y 60, esto es algunas décadas antes de la redacción de los evangelios que estamos acostumbrados a leer. Investigaciones recientes acerca de los orígenes del cristianismo permiten afirmar con certeza la existencia de esos evangelios, mientras los sensacionales descubrimientos en Nag Hamadi (en 1945, en el interior de Egipto) nos dieron una copia completa, en lengua copta, del evangelio de Tomás.

Vamos por partes. Hay dos evangelios de la primera generación que son de una gran significación para el entendimiento de los orígenes cristianos: el así llamado “evangelio Q” (la letra Q viene de Quelle, que en alemán significa “fuente”) y el evangelio de Tomás, que comento en el próximo capítulo. Aquí diremos, entonces, unas palabras acerca del evangelio Q. Es un texto compuesto en el decenio de los años 50, probablemente en Tiberíades de Galilea, y que más tarde se perdió. En épocas recientes es descubierto gracias al arduo trabajo de especialistas, mediante un minucioso trabajo sobre ciertos textos de los evangelios de Lucas y Mateo. Esa recuperación constituye, sin duda, una de las mayores hazañas de la exégesis del siglo XX. Ahora podemos afirmar: el evangelio Q fue fuente de información para los evangelios de Mateo y Lucas.

¿Qué es lo nuevo que el evangelio Q nos dice sobre la vida de la primera generación cristiana? Siendo una colección de breves textos lapidarios, es claro que sirvió de ayuda para la memorización de personas iletradas o poco letradas, muy probablemente campesinos galileos. Sabemos (por estudios comparativos de papirología) que los primeros cristianos acostumbraban llevar consigo, en el bolso o en torno al cuello, breves textos para recordar mejor dichos y hechos de Jesús. He aquí el presumible origen del evangelio Q. Los textos hablan de valentía, postura ética, esperanza, sensibilidad social, perdón, responsabilidad. Véase al final del libro el texto completo del evangelio Q.

100. ¿El evangelio de Tomás es de la primera generación?

Sí, el evangelio de Tomás probablemente pertenece a la primerísima tradición cristiana, por cuanto contiene dichos de

Jesús registrados en los años cincuenta en un ambiente sirio-judaico. Se presume que está redactado en Jerusalén, bajo la influencia de Santiago, hermano de Jesús. A tal conclusión llega Helmut Koester, principal innovador en términos de datación de la primera literatura cristiana, ya mencionado en el capítulo 98. No todos los estudiosos de los orígenes del cristianismo, sin embargo, fechan el evangelio de Tomás tan temprano, y por eso tenemos todavía que aguardar estudios más precisos. Aun así, pienso hacer bien en apoyarme en Koester, ya que la datación antigua de este evangelio aclara diversos puntos antes nebulosos.

Uno de esos puntos tiene que ver con la manera en que los primeros cristianos se refieren a Jesús. La impresión que se tiene al leer el evangelio Q y el evangelio de Tomás es que, en los primeros textos, no se trata tanto de “adherir a Jesús” o de “seguir a Jesús”, cuanto de seguir un patrón de vida inspirado en él pero construido por cada persona, con autonomía. Una comparación entre los dichos del evangelio de Tomás y el evangelio de Juan es muy esclarecedora. En el primero, Jesús rechaza categóricamente cualquier tipo de devoción dirigida a su persona, mientras en el segundo, la afirmación de Jesús como centro del proceso cristiano es evidente.

El evangelio de Tomás retoma cuatro veces la pregunta “¿quién es usted, Jesús?”. Él siempre responde evasivamente o con ironía. No importa de donde viene, lo que importa es lo que hace y dice. Su intención es formar compañeros, no admiradores. El evangelio de Tomás combate el culto a la personalidad, el seguimiento ciego, el servilismo. Jesús quiere ser acompañado por gente libre e independiente, no adorado ni glorificado. Veamos, por ejemplo, el dicho 52 del evangelio de Tomás:

Dijéronle (a Jesús) los discípulos:
En Israel hablaron veinte y cuatro profetas,
y todos hablaron de usted.
Él les dice:
Ustedes rechazan a aquel que está vivo
delante de ustedes
y hablan de aquellos que murieron.

La reacción irónica de Jesús indica que no quiere ser glorificado sobre las otras personas. Pero no hay remedio: con el tiempo, sus propios compañeros harán de él un rabino, un maestro, un rey, un Dios, y con ello lo entregan a nuevos escribas y nuevos fariseos que se apropiarán del derecho de explicarlo a las futuras generaciones.

101. ¿Por qué “ungido” en vez de “cristo”

Las palabras también tienen su historia, se desgastan con el tiempo. Dos mil años de cristianismo han desgastado el término “cristo” que hoy no evoca más lo que significó para los militantes en Corinto, en los años cincuenta. “Cristo” es un término griego, usado en la traducción de la Biblia hebrea en los siglos III o II a. C. (la traducción en griego de los “setenta” sabios de Alejandría) para sustituir el término hebreo “mesías”, que significa “ungido”. Por su parte, los militantes del movimiento de Jesús suelen ser llamados “cristianos” (en latín: christianus) por las autoridades romanas (Hch 11,26), por hablar tanto de “cristo” y hacer propaganda de él. La palabra, en boca de los oficiales romanos, es peyorativa. Para las autoridades romanas, el cristianismo es una herejía proveniente del judaísmo.

La lectura de las cartas de Pablo nos permite captar el sentido original de la palabra “ungido”, pues él insiste en que Jesús de Nazaret es el “ungido de Dios”. Pablo usa una de las más significativas metáforas semitas, que evoca la vida en el desierto. El viajante está protegido contra el viento seco y cortante del desierto, cuando su cabeza, manos y pies se hallan debidamente ungidos. Ungido pasa a ser símbolo de fuerte, resistente, victorioso. Ungidos, en la saga hebrea, son Moisés, Josué, los líderes del tiempo de los Jueces, Elías y Eliseo, pero en especial David. Las primeras generaciones de cristianos ven en Jesús un nuevo Moisés, un nuevo Josué, un nuevo líder del tiempo de los Jueces, un nuevo Elías o Eliseo, una gran figura comparable con los antiguos profetas de Israel, y hasta un nuevo David que matara a Goliat con astucia, coraje y habilidad.

Al recurrir a la metáfora “ungido”, Pablo provoca una revolución en la cabeza de los militantes en Tesalónica, Corinto o Roma. Porque los tiempos no son “ungidos” para los minúsculos agrupamientos cristianos radicados en esas ciudades. Después de la vergonzosa y terrible muerte de Jesús, el desánimo y el abatimiento se cernen sobre muchos que dejan el movimiento, como lo muestra el episodio de los discípulos de Emaús. Ahí sin embargo aparece Pablo, quien llama “ungido” al derrotado y crucificado Jesús, un término optimista que indica el victorioso. El guerrero es ungido por vencer a sus enemigos. La aplicación del término a Jesús es de una gran originalidad y osadía. ¿Cómo puede un condenado a muerte ser un vencedor? ¿Cómo un vergonzosamente crucificado, un criminal (a los ojos de las autoridades), puede ser victorioso?

¿Cómo puede ser un segundo David (Mc 12,35)? Pablo responde: sí, es locura hablar de esa forma, no obstante la “locura de la cruz” es sabiduría de Dios.

102. ¿Por qué “soplo” en vez de “espíritu”?

El viento es uno de los elementos naturales más poderosos. Por eso, el vocablo hebreo ruah (femenino) figura junto al agua y el fuego como una de las más frecuentes imágenes del mundo semita. Dicho vocablo cubre un amplio espectro de significados, desde viento, aire respirado, aliento de vida, hasta elementos más psicológicos como ímpetu, dinamismo, ardor y voluntad. El viento susurra en los oídos durante las largas caminatas, pero a veces se levanta en peligrosa tempestad. Él expresa de manera apropiada el poder de Dios, invisible e imprevisible, libre y poderoso. El viento es manso, sin embargo, de repente, lo revienta todo.

La Setenta traduce el áspero ruah hebreo por el término griego pneuma, introduciendo en la Biblia aires mediterráneos. Cuando, más tarde, el término es traducido en latín por la palabra spiritus (espíritu), las cosas se complican, porque según el espiritualismo neoplatónico, el spiritus es lo contrario del cuerpo material. Frente a esa y otras desviaciones, Pablo pone las cosas en su debido lugar. El apóstol utiliza el vocablo en su sentido semita original: soplo es fuerza invisible, ímpetu, dinamismo. Las palabras de Pablo pasan como soplo ardiente de Dios sobre el mundo de los esclavos y libertos, artesanos y pequeños comerciantes en Roma, Corinto, Tesalónica y Galacia. Para él, el tiempo de Jesús es el tiempo del Soplo de Dios: “Dios envió a nuestros corazones el soplo de su hijo que grita: ¡Abbá, Padre!” (Gl 4,6). Los tiempos del miedo terminaron: “Ustedes no recibieron el soplo de esclavos para tener miedo, sino el soplo de adoración, por el cual clamamos: ¡Abbá, Padre!” (Rom 8,15). Jesús inaugura nuevos tiempos en que el Soplo de Dios todo lo anima y ahuyenta el miedo. Así, cuando va a la sinagoga de su tierra natal y toma el rollo de las Escrituras para leer un pasaje, escoge el siguiente texto:

Un soplo del Señor está sobre mí.
Por él fui enviado para anunciar una buena nueva a los pobres.
Yo declaro a los prisioneros su liberación,
a los ciegos la vista,
a los oprimidos la libertad (Lc 4,18).

Palabras poderosas que suenan como una liberación en el mundo de los amha'aretz de Galilea y de los esclavos y libertos en Roma, Corinto, Tesalónica. Jesús envía apóstoles por el mundo para actuar en la fuerza del soplo de Dios: "Él sopla sobre ellos y dice: 'Reciban el Soplo Santo'" (Jn 20,22). Esos apóstoles bautizan "en nombre del Padre, del Hijo y del Soplo Santo" ((Mt 28,19). Tal bautismo no es privatizado, es una fuerza destinada a esparcirse por el mundo. "Quien se deja llevar por el Soplo de Dios es hijo de Dios" (Rm 8,14), pues el Soplo de Dios "sopla donde quiere".

103. ¿Por qué dar tanto valor a textos apócrifos?

Al conceder valor a los evangelios apócrifos no hacemos más que efectuar una buena investigación histórica. La distinción entre evangelios ortodoxos y apócrifos comienza a finales del siglo II, bajo el trauma suscitado por el impacto de maestros como Marción y Valentino, o de líderes como Montano. La incertidumbre se apodera de muchas personas al oír a esos maestros. Ya que por lo común las personas no gustan mucho de reflexionar, se dejan seducir fácilmente por palabras de seguridad. Prefieren, a final de cuentas, los obispos a los maestros. Los obispos pertenecen a la antigua estructura de las sinagogas, son los fiscales o supervisores de la vida comunitaria y, como tales, prohíben la lectura de ciertos evangelios. Muchos de estos, entonces, permanecerán ocultos, escondidos.

De acuerdo con la autora estadounidense Elaine Pagels, se alegan diversos motivos para explicar la confrontación entre la literatura ortodoxa y la apócrifa. Una explicación que me parece plausible es la siguiente: la convivencia entre la iglesia de los obispos y el cristianismo de los maestros se hizo casi imposible a partir del final del siglo II, básicamente por motivos políticos, no directamente doctrinarios. El punto neurálgico consistía en el hecho de que los maestros no aceptaban la autoridad de los obispos; enseñaban un cristianismo adulto en el cual la persona solo obedece al Soplo de Dios, no a ninguna instancia humana que se posicione como detentadora de la palabra de Dios. He aquí el lado traumático de la cuestión.

Ahora bien, no toda la literatura apócrifa refleja la tensión entre maestros y obispos. La inmensa mayoría de los evangelios,

hechos de los apóstoles o apocalipsis apócrifos son producciones provenientes de discursos e historias que corren de boca en boca entre grupos cristianos que cuentan episodios de la vida de grandes figuras como Jesús, María y José (la sagrada familia); Pedro, Pablo, Tomás, Andrés, Juan (los apóstoles); María Magdalena y Tecla (mujeres); Pilatos, Nicodemos, Herodes, José de Arimatea, Simón de Cirene (personas envueltas en la saga de Jesús y los apóstoles). Esas historias únicamente son confiadas al papel en el momento en que algún presbítero o intelectual se interesa por ellas, tal como acontece hoy con la literatura popular.

Por supuesto, los cuatro evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan gozan desde temprano de una autoridad mayor que los demás. No obstante, a raíz de los descubrimientos de Nag Hamadi (ver capítulo 75), es bueno irse preparando para situar el evangelio de Tomás al lado del evangelio de Juan, como hace Elaine Pagels en sus libros.

A lo largo de la historia del cristianismo, los artistas, principalmente, han sabido valorar y preservar los textos apócrifos. Las pinturas, las obras poéticas y musicales y los monumentos arquitectónicos del mundo cristiano están repletos de evocaciones apócrifas. De ellos emana un cristianismo cotidiano, con José en el taller del carpintero y Jesús ayudándole, María sacando agua de la fuente en la pequeña villa de Nazaret o limpiando la casa, al igual que millones de amas de casa antes y después de ella. Un cristianismo intrépido con los apóstoles enfrentando mil peligros, las visiones, las revelaciones, los milagros. Con la desaparición del exacerbado racionalismo que reinara en los estudios religiosos hasta muy poco tiempo atrás, esos evangelios, al mismo tiempo escondidos por las autoridades y revelados por los artistas, captan en la actualidad la atención de mucha gente.

104. ¿Por qué tanta insistencia en los maestros?

Insistimos en los maestros del siglo II por la misma razón por la cual estudiamos los evangelios apócrifos: el ejercicio correcto de la investigación histórica. La explicación del carácter áspero y hostil de mucha literatura cristiana del referido siglo, solo puede radicar en el conflicto entre maestros y obispos. Quien haya leído algo de Ireneo o Tertuliano, sabe lo que quiero decir. Los maestros incomodan, ya que su manera de vivir y enseñar el cristianismo

echa por tierra la idea de mucha gente que prefiere pensar que la iglesia, tal como existe hoy, deriva directamente del movimiento de Jesús en Galilea. Como si ella fuese una especie de río nacido de una única fuente y corriendo siempre en un único lecho.

No obstante, la realidad es muy diferente. Desde los inicios existen diversos cristianismos originarios ¹. Después de una primera experiencia en Galilea, el movimiento se desparrama por el mundo de la Siria occidental (Antioquía) y de la Siria oriental (Edesa, en Mesopotamia) donde constituye un cristianismo sirio, también llamado cristianismo antioqueño (occidental) y edesense (oriental); penetra en Egipto (Alejandría y después por el curso del río Nilo), donde forma los cristianismos copto y etíope; entra en Grecia (Tesalónica, Corinto) donde configura un cristianismo mediterráneo; penetra en Asia (Éfeso, Pérgamo, Laodicea, Tarso, Mileto), en Italia (Roma), en África (Cartago), en la Galia (Lyon, en la actual Francia), y así en adelante. Todo eso en ritmo de "diáspora" (en griego: dispersión), sin ninguna coordinación central.

Recogido en el capullo de una estructura judaica envolvente, el cristianismo adopta naturalmente palabras, conceptos y métodos de cuño judaico. Uno de esos métodos es la "escuela rabínica" (que los romanos llaman "secta" o "herejía"), un agrupamiento libre de personas alrededor de un determinado maestro. Esto se da especialmente en centros urbanos de cierta relevancia. Importante aquí es la escogencia. Las personas escogen un maestro de su preferencia (de ahí el término "herejía", que en griego significa "elección"), con quien discuten cuestiones emergentes a través de lecciones encontradas en las Sagradas Escrituras judaicas. Hay, pues, mucha discusión, mucha libertad y, al mismo tiempo, alta exigencia ética. Muchos no aguantan. Maestros como Marción y Valentino dejan mucha gente confusa e insegura.

Como expliqué en el capítulo anterior, los obispos (episcopos en griego significa supervisor, fiscal; se trata de una estructura heredada de la sinagoga) deciden reaccionar. Esos obispos son responsables del buen encaminamiento del grupo, controlan sus finanzas y reúnen fondos para la sobrevivencia del mismo. Son ellos quienes oyen las quejas de las personas. El método magisterial debe haber dejado mucha gente insegura, por cuanto en numerosos grupos se constata la misma evolución en busca

de mayor seguridad y conformidad. Sabemos que los obispos ganan y conquistan el control efectivo sobre los grupos. Esta es una cuestión específicamente histórica y nada tiene que ver con fe o evangelio. El hecho es que el cristianismo no evoluciona como un "magisterio" libre e independiente, sino que sigue la línea de una "jerarquía".

Un estudio comparativo de las religiones muestra igual evolución hacia la jerarquía sacerdotal en muchas de ellas. En eso el cristianismo no constituye una excepción. Los clérigos (del griego cleros, que significa: parte separada, reservada) adquieren el control sobre el movimiento cristiano. Esos "separados" (del resto del cuerpo cristiano) conquistan el derecho para la administración del gesto memorial del bautismo de Jesús, transformado en sacramento, así como transforman la rememoración de la cena de Jesús con sus apóstoles en sacramento de la eucaristía. Sociológicamente, se trata del surgimiento de un fariseísmo cristiano.

Concretamente, el cristianismo funciona por medio de obispos. Ellos son los ejes giratorios. Los maestros (y los que los sucederán: los teólogos, los doctores, los profesores) nunca se conformarán con esa situación. Un gran teólogo de la Edad Media, Tomás de Aquino, decía: "La iglesia bien ordenada tiene dos cátedras: la cátedra del obispo (en latín: cathedra episcopalis) y la cátedra del maestro (en latín: cathedra magisterialis)". La historia evidencia que la armonía entre esas dos "cátedras" es cosa sumamente difícil.

¹ Revista Bíblica Latinoamericana (Ribla), números 22 y 29.

Octava Parte

¿De dónde proviene el éxito?

105. El debate sobre el éxito del cristianismo

Llegamos al fin de la jornada. Mirando hacia atrás, surge la pregunta: ¿cómo fue que el cristianismo, en condiciones tan adversas, llegó a conquistar en un plazo relativamente pequeño las simpatías del pueblo, al punto de convertirse en la mayor religión del imperio romano y aun fuera de sus fronteras? He aquí una pregunta que los historiadores suelen hacerse y responder de las más variadas maneras.

Cinco razones principales suelen ser aducidas:

1. Unos dicen que fue la santidad de los cristianos que impresionó a sus contemporáneos;
2. otros argumentan que fue la predicación de los apóstoles y de los misioneros, vale decir, la evangelización;
3. una tercera respuesta: los milagros dieron la victoria al cristianismo;
4. una cuarta: los mártires causaron tanta admiración en el pueblo, que muchos se convirtieron.

Estas cuatro primeras explicaciones tienen en común que apelan a acciones grandiosas e impresionantes: la santidad, la predicación, los milagros, el martirio.

5. Ahora que, existe una quinta explicación, más modesta: los cristianos habrían convencido a la sociedad de su valor por la práctica de la solidaridad.

He aquí la razón que me convence: en lugar de hechos magníficos, acciones pequeñas y concretas. Lazos de confianza en el hogar y el vecindario, por ejemplo. En vez de acciones heroicas por parte de mártires y misioneros intrépidos, milagrosos

maravillosos, santos eximios y grandes pensadores, la cotidianidad de prácticas en el sentido de la dignidad, la libertad, la solidaridad, el amor y la apertura hacia los más débiles.

La real novedad cristiana reside en la idea del servicio. En el mundo, los grandes mandan y los pequeños obedecen, pero "entre ustedes ha de ser diferente" (Mc 10,41-45). Imperativos: servicio, no-violencia y perdón, perdonar setenta veces siete veces; cargar por dos leguas el fardo que el militar romano manda cargar por una legua; ofrecer la otra mejilla. En cuanto a la mujer, ella es compañera, igual al hombre en dignidad y derechos. Todo abierto a todos: hombres y mujeres, esclavos y libertos, ciudadanos y extranjeros, grandes y pequeños. Una democratización del universo asociativo.

Es esa ampliación universal de la solidaridad la que conquista el mundo romano y sirio. Repito: el secreto de la expansión del cristianismo en el siglo II no debe ser buscado en el heroísmo de los mártires, los milagros, la evangelización, la predicación de los misioneros, no está en los argumentos de los apologistas ni en los ejemplos de santidad. Los cristianos son tan frágiles y mutables como los otros, no obstante son solidarios con todos los necesitados de apoyo en una sociedad prácticamente desprovista de servicio social. Con eso, el cristianismo trasciende la esfera religiosa y conquista un lugar en la sociedad como realidad política, económica y social.

106. Superando las persecuciones

Lo que acabo de describir en el capítulo anterior acerca de la solidaridad cristiana es acompañado por un flujo ininterrumpido de interrogatorios, hostilidades y persecuciones por parte de la sociedad romana. Durante los primeros dos siglos se trata de persecuciones esporádicas (pogroms), mientras que en los siglos III y IV, de cara a las crisis que la administración romana enfrenta en distintos sectores, son más sistemáticas. Todas, a final de cuentas, ineficaces. Ni la "limpieza étnica" invocada y apoyada por los intelectuales grecorromanos, ni la lucha contra la "magia, hechicería", ni la embestida contra la "ignorancia religiosa" dieron resultados.

¿Por qué? Porque las indignadas acusaciones de algunos intelectuales, como Celso alrededor de 170, constituyen el mejor elogio a los cristianos. Celso constata que ellos,

...recogiendo gente ignorante, perteneciente a la población más vil, desprecian las honras y la púrpura, y llegan incluso a llamarse indistintamente hermanos y hermanas.

¿Puede haber mayor elogio? En medio de acusaciones de ignorancia y magia, superstición y charlatanería, el cristianismo conquista la simpatía de la población. Él realiza gestos de solidaridad en una sociedad que deja a los enfermos, los viejos, los esclavos, las mujeres y los niños en el abandono. Los cristianos saben que no es posible cambiar el mundo mediante sentimientos destructivos, sino por la poderosa expansión de soplos santos por el universo. De poco le sirve al esclavo agitarse violentamente contra su humillante situación. Es necesario organizar un servicio social que funcione bien. Actuar en vez de hablar. Se requiere conquistar al poderoso señor, hacer que él cambie de comportamiento:

No resista al hombre malo.

Antes bien, a aquel que le hiera en la mejilla derecha
ofrézcale también la izquierda.

A aquel que quiera pleitear con usted para quitarle la túnica,
déjele también el manto.

Si alguien lo obliga a andar una milla,
camine con él dos (Mt 5,39-41).

Si su enemigo tiene hambre, dale de comer;
si tiene sed, dale de beber;
obrando así estará acumulando brasas sobre su cabeza
(Rm 12,20; Prov. 25,21-22).

En toda la historia de la humanidad, existen pocas instituciones que organizaran por tanto tiempo y con tanta aplicación anónima un servicio de solidaridad dirigido a todas las personas sin distinción. Una carta de alrededor del año 100, atribuida al apóstol Santiago, define la religión "pura y sin mancha" de la siguiente forma: "visitar huérfanos y viudas y mantenerse libre de la corrupción del mundo" (Santiago 1,27). Con el tiempo, las autoridades perciben la importancia política de tal comportamiento. En el segundo decenio del siglo IV, el emperador Constantino da el gran viraje y hace del cristianismo la base moral de la sociedad. Treinta años después, cuando el emperador Juliano pretende restituir los dioses tradicionales en su debido lugar y corregir la política de su antecesor Constantino en ese punto, toma las precauciones en el sentido de recomendar que las autoridades

locales establezcan locales de asistencia social y hospedaje. Sin ese recurso, recomiendo al emperador, toda tentativa en el sentido de restablecer la religión ancestral de Roma será en vano. Así pues, el cristianismo suscita en la sociedad romana redes de servicio social.

107. Los(as) beneficiados(as)

¿Quiénes se benefician con la acción cristiana? Podemos enumerar seis grupos: viudas y huérfanos, parientes pobres que no pueden pagar la sepultura de sus muertos, los presos, las víctimas de epidemias, los extranjeros, y quienes pasan hambre. Una palabra sobre cada grupo.

1. La sinagoga tradicional posee ya un servicio especial para atender las apremiantes necesidades de “viudas y huérfanos”. El cristianismo no innova en este punto; hereda la práctica de los judíos y la perfecciona, al punto de mantener, por mucho tiempo, una impresionante estructura de amparo a viudas y huérfanos. De una carta del obispo Dionisio de Roma, la cual data de 251 y fue conservada por Eusebio en su Historia eclesiástica, sabemos que esa iglesia sustentaba más de 1.500 viudas e indigentes.

2. Un segundo servicio, muy apreciado, se refiere a la sepultura. Aquí también el cristianismo puede contar con ciertas estructuras ya existentes. La sociedad romana mantiene, desde tiempo atrás, la tradición de “colegios” (asociaciones, cofradías), instituciones civiles democráticas en el seno de una sociedad patriarcal. El pueblo gusta de esos colegios y le encanta reunirse periódicamente para un banquete, tanto más opulento cuanto más rico es el colegio. Existe para ello, un sistema de cotización de los miembros. Las personas cotizan asimismo para garantizarse una sepultura digna o erigir un santuario doméstico a los genios protectores de la casa. En los colegios mantenidos por esclavos, la finalidad principal es la recaudación de fondos para el funeral del socio que fallece, para que su cuerpo no sea arrojado a la basura como un perro. La novedad consiste en el hecho que los cristianos proveerán el entierro para todos, indistintamente y gratis. Hay una caja común con esa finalidad. De ahí el éxito de los cementerios

cristianos, fundamentales para comprender la propagación de la nueva religión entre esclavos y libertos. Numerosos documentos de los primeros siglos aluden a la práctica cristiana de enterrar a los muertos.

3. Un tercer servicio apreciado en extremo, consiste en el pago de un precio de rescate por personas presas en tiempo de guerra. En esa época, los prisioneros de guerra son, normalmente, reducidos a la esclavitud. El término técnico dado a esa acción de rescate, y que se mantiene durante siglos, es redención de los cautivos. La prisión de personas como esclavos en manos de quien los compra como “bárbaros”, es una costumbre tolerada por los juristas romanos, incluso tratándose de ciudadanos romanos. El cristianismo también innova en este punto, en algunos casos de modo excepcional. Me limito a citar una impresionante frase de Clemente Romano, escrita al terminar el primer siglo:

Conocemos muchos entre nosotros que se entregan a las cadenas [de la esclavitud] para liberar a otros. No pocos se entregan como esclavos y, con el precio de la venta, dan alimento a otros.

Es fácil imaginarse que ese tipo de comportamiento suscita, por todas partes, respeto por el movimiento cristiano.

4. Durante las epidemias, la acción de los cristianos se hace sentir con fuerza. Muchas veces ellos son los únicos en visitar, socorrer y sepultar a las víctimas de la peste. El historiador Eusebio de Cesarea relata que durante una peste que brota en la ciudad de Alejandría en 259, las personas dejaban a los contaminados en la calle por miedo a la contaminación. Ahí mismo permanecían los cadáveres hasta ser consumidos por aves de rapiña. El mismo hecho, siempre según Eusebio, se repite entre 305 y 313. Ahí los cristianos se empleaban a fondo, a veces hasta la propia muerte.

5. Un quinto grupo social beneficiado por los cristianos son las personas sin ciudadanía romana ni derechos civiles: los extranjeros. Son los “parroquianos” (del griego “parroquia”: vivir sin techo), muy mencionados en los escritos cristianos, al punto de designar a los cristianos en general. Los grupos cristianos dan a esos inmigrantes en búsqueda de trabajo, muchos de ellos provenientes de Oriente, un sentimiento de pertenencia, dignidad e identidad social. La primera carta de Pedro muestra que la acción de los cristianos en favor de los

inmigrantes no debe ser entendida en un sentido puramente asistencial. Entra un componente subjetivo de identidad social, decisivo en la definición del cristianismo.

6. Están, finalmente, los hambrientos. Son tantos que el mayor símbolo cristiano, la eucaristía (en griego: grito de júbilo cuando el pan aparece en la mesa), les sugiere reverencia. Remito aquí al capítulo 53. En el cristianismo, el momento religioso por excelencia no es el del libro y la lectura, sino el de la mesa y la comida en torno a ella. El cristianismo bien vivido implica una lucha contra el hambre, para que todos puedan participar de la misma mesa. En torno de la mesa no hay diferencia entre griego y judío, hombre y mujer, esclavo y señor, circunciso e incircunciso, bárbaro y ciudadano romano. Todos tienen boca y estómago, todos sienten hambre y se alegran de estar frente a los alimentos. El realismo de la boca y el estómago elimina la futilidad de las palabras. No queda siquiera la eucaristía. Si todos tienen estómago y algunos no tienen que comer, entonces es preciso enfrentar al enemigo común: el hambre. La vergüenza del hambre es la mayor vergüenza que azota a la humanidad. Es así como el cristianismo de los orígenes entiende las cosas.

108. Servicios sociales para todos

He aquí como puede ser resumido el cristianismo de los primeros siglos, antes de la intervención del emperador Constantino: servicios sociales para todos. En ese sentido, el movimiento cristiano está en el origen de los estados modernos que, cuando menos en teoría, defienden lo mismo. No es que la antigua sociedad estuviera totalmente desprovista de servicios sociales y que el cristianismo, por consiguiente, trabaje en terreno virgen. En casos de necesidad, nunca faltó una cierta solidaridad y ayuda mutua entre las poblaciones pobres de las ciudades en torno al Mediterráneo. Además, siempre aparece algún rico que se convierte en “benefactor” de una determinada ciudad, ejecutor de obras públicas, supervisor de enseñanza básica, y “hospital” en situaciones de emergencia por hambre o epidemia.

La real novedad cristiana consiste en la apertura de esos servicios para todos sin discriminación. Extranjeros, inmigrantes, esclavos, mujeres, niños, personas excluidas en general, todos pueden apelar a los cristianos. De ahí el tema de las viudas, tan

frecuente en la primera documentación cristiana. Además, y una vez más apoyada en la tradición judaica, la caridad cristiana es más organizada e independiente, no depende tanto de la buena voluntad de un “benefactor”.

Ahora bien, no cabe exagerar el impacto de la caridad cristiana sobre la sociedad como un todo. Antes de Constantino, las comunidades cristianas simplemente no disponen de suficientes recursos para solucionar los problemas sociales con los cuales se enfrentan. No obstante, incluso sin muchos recursos, todos saben que pueden recurrir a algún cristiano en la barbería, el taller de manufactura de tejidos, los baños públicos, las tabernas, la gran casa patronal.

El cristiano de los primeros tiempos es un realista. No sueña con cambiar de una vez las leyes de la sociedad, sino que aprovecha las brechas existentes en la legislación romana para influir en el foro público. Es así como nacen los “colegios” (asociaciones) cristianos. Como escribí en el capítulo 107, esos colegios o “corporaciones” (del latín *corpus*) ya existen en la sociedad romana y actúan entre libertos y esclavos que ejercen la misma profesión. En todas las ciudades del imperio hay “colegios” de ese tipo, como asociaciones de herreros (tradicionales adoradores de Hércules), o de comerciantes de productos textiles (adoradores de Mercurio). Las más prestigiosas de esas cofradías logran la protección de algún mecenas, esto es, de un magistrado o senador dispuesto a ayudar a su financiamiento. Aquí, igualmente, el cristianismo no significa una novedad absoluta, a no ser en el sentido de que los ambientes sociales son abiertos para mujeres, esclavos y libertos, ciudadanos y extranjeros, grandes y pequeños. Como vimos antes, el cristianismo funciona como una democratización de un sistema asociativo preexistente.

Resumiendo los capítulos 105 a 108: el secreto de la expansión del cristianismo no reside en el heroísmo de los mártires, ni en los milagros o la predicación de los misioneros, ni en los argumentos de los apologistas o la santidad de sus miembros. El secreto estriba en la promoción de la solidaridad entre todas las personas. Eso trasciende la esfera religiosa y alcanza a la sociedad en general.

109. Diez mil vides

Para terminar este libro transcribo aquí una líneas que, en mi opinión, caracterizan maravillosamente el *spirit* del cristianismo

de los orígenes. Son de la autoría de un tal Papías, cristiano que vive en Hiéropolis, en Asia Menor, alrededor del año 140. Papías está dotado de una curiosidad inagotable, y todo lo que se refiere a los apóstoles y sus viajes le interesa. A los que pasan por Hiéropolis les pregunta qué saben acerca de Jesús y su movimiento. Y, después de oír mucho y reflexionar mucho, Papías escribe un delicioso texto ¹. Cito íntegramente:

Habrán días en que nacerán viñas
que tendrán cada una diez mil vides;
cada vid tendrá diez mil ramos;
cada ramo tendrá diez mil racimos,
cada racimo tendrá diez mil granos,
y cada baya exprimida dará veinte y cinco medidas de vino.
Del mismo modo, un grano de trigo dará diez mil espigas,
y cada espiga dará diez mil granos;
cada grano dará diez libras de harina blanca y limpia.
También los otros frutos, simientes e hierbas
producirán en esa misma proporción.
Todos los animales se volverán pacíficos
y vivirán armoniosamente entre sí.

¿Se imaginan ustedes un Papías en América Latina y el Caribe? Ciertamente, hablaría de las maravillas del ananá (guaraní), del aguacate (náhuatl), de la papa (Caribe), del cacao, el chile y el cacao (náhuatl), del guaraná (guaraní), del maíz (taíno), de la mandioca (guaraní), del tomate (náhuatl). Lástima que Papías nunca haya degustado los deliciosos frutos del mundo tupí. Él no sabe que hay frutos traídos por los africanos, y nunca experimentó las tortillas de maíz, la tapioca o las empanadas. En su universo nada más aparece el vino hecho de uva y el pan hecho de trigo. Papías desconoce los gustos tropicales contenidos en nombres de mujer, como Chuminil (mapuche: mucha leche), Iracema (tupí: con labios de miel), Donaji (zapoteco: virgen amada), Ibaé (tupí: fruto dulce), Jurucé (tupí: boca dulce), Iraé (tupí: gusto de miel), Anacaona (taíno: flor de oro), Conguí (mapuche: simiente, semilla), Xothitl (náhuatl: flor). Él solo conoce Tamara (palmera de dátiles), Susana (azucena graciosa) y Noemí (mi delicia).

Aun así, Papías tiene el mérito de cantar las delicias de un cristianismo abundante en alimentos y placeres de la naturaleza,

de la leche y la miel, del trigo y las uvas, de la mujer amada y el marido cuidadoso, de los animales apaciguados. Las pocas líneas suyas que conservamos, muestran lo distantes que están Jesús y sus apóstoles de los profetas de la calamidad y de los serios predicadores de la penitencia. Escribiendo alrededor de los años 140, Papías nos introduce en un cristianismo que es vida y placer, lucha por la vida y por el placer.

¹ Puede encontrarlo en Padres Apostólicos, Patrística 1. São Paulo, Paulus, 1995, pág. 327.

Novena Parte

Bibliografía

Para quien quiera estudiar más

Doy aquí una pequeña bibliografía con algunos libros que pueden ser consultados por quien desee estudiar más. Sigo la secuencia de los temas abordados en este libro: saber leer, la literatura paulina, los evangelios de la primera generación, los evangelios de la segunda generación, los evangelios apócrifos (escondidos), los maestros del siglo II, las razones del éxito del cristianismo en un mundo hostil. Agrego una pequeña bibliografía sobre el tema de la liberación de la mujer. En total son ocho temas.

1. Saber leer

El interesado en profundizar las bases teóricas de una lectura no fundamentalista de los documentos cristianos, obtendrá provecho si lee, en primer lugar, la excelente traducción al francés: La Bible. Paris, Editions Bayard, 2001. Igualmente, Michel de Certeau, La invención de lo cotidiano. Buenos Aires, Editorial Universidad Iberoamericana, 1994. Otro autor, de difícil lectura pero que vale la pena porque lleva lejos, es Wittgenstein. Léase sobre él: F. Schmitz, Wittgenstein. São Paulo, Estação Liberdade, 2004.

2. Pablo

Para conocer a Pablo, nada mejor que leer una de sus cartas íntegramente, de preferencia en una buena traducción. escoja entre la Carta a los Romanos, la Primera a los Corintios, la Carta a los Gálatas o la Primera a los Tesalonicenses. Son textos que penetran en la médula del cristianismo. Dos vigorosos ensayos pueden ayudar a la comprensión: G. Bornkamm, Pablo: vida y obra. Salamanca, Ediciones Sígueme, 1991; J. Comblin, Pablo, apóstol de Jesucristo. Madrid, Ed. San Pablo, 1996. Ambos sitúan al apóstol frente al mundo, no apenas dentro del capullo de la religión cristiana. Otro autor de apoyo es W. A. Meeks, El mundo moral de los primeros cristianos. Bilbao, Desclée de Brouwer, 1992; o, del mismo autor, Los orígenes de la moralidad cristiana. Los dos primeros siglos. Barcelona, Editorial Paidós, 1994.

3. Los evangelios de la primera generación

Un especialista que ganó fama estudiando en profundidad el complejo universo de los evangelios cristianos es Helmut Koester. De él existen en español: *Introducción al Nuevo Testamento. Historia, cultura y religión en la época helenística e Historia y literatura del cristianismo primitivo*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 1988. Otros trabajos sobre los evangelios de la primera generación: B. L. Mack, *El evangelio perdido: el libro de Q y los orígenes cristianos*. Barcelona, 1994 (de la edición portuguesa (Rio de Janeiro, Imago, 1994) transcribo en apéndice el texto íntegro del evangelio Q); R. A. Horsley y J. S. Hanson, *Bandidos, profetas e messias: movimientos populares no tempo de Jesus*. São Paulo, Paulus, 1995; J. D. Crossan, *Jesús, vida de un campesino judío*. Barcelona, 1994; H. Shanks, *Para comprender los manuscritos del Mar Muerto*. Barcelona, Paidós, 1998; G. Vermes, *Jesús el judío*. Barcelona, Anaya, 1994; Ídem, *Os manuscritos do Mar Morto*. São Paulo, Mercuryo, 1991; Ídem, *La religión de Jesús*. Barcelona, Anaya, 1996. Sobre la complejidad de los orígenes cristianos existe el artículo de P. Richard, "Los diversos orígenes del cristianismo. Una visión de conjunto (30-70 d. C.)", en *RIBLA (RECU-DEI)* No. 22 (1996), págs. 7-20; e igualmente E. Hoornaert, "Edessa y la frontera oriental", en *RIBLA* No. 29 (1998), págs. 44-58.

4. Los evangelios de la segunda generación

En los evangelios de la segunda generación, el icono Jesús va pasando, paulatinamente, sobre la persona de Jesús, cual una nube que oscurece y, al mismo tiempo, trae nuevas luminosidades. Quien describe el proceso es Gerhard Theissen. De él tenemos: *Estudios de sociología del cristianismo primitivo*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 1985; y también: *La sombra del galileo*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 1985. Está asimismo D. Irarrázaval, *Un Jesús jovial*. Lima, Ediciones Paulinas, 2003, que analiza trozos de los evangelios de la segunda generación de manera original.

5. Los evangelios escondidos

Una autora que combate tenazmente y con mucho talento en favor de los evangelios apócrifos, en particular del evangelio de Tomás, es Elaine Pagels. De ella tenemos: *As origens de Satanás*. Rio de Janeiro, Ediouro, 1996; y también: *Além de toda crença: o evangelho desconhecido de Tomé*. Rio de Janeiro, Objetiva, 2004. Para los textos originales tenemos las traducciones de Jean-Yves Leloup. Por ejemplo: *O evangelho de Tomé*. Petrópolis, Vozes, 1997; *El evangelio de María*. Barcelona, 1998.

6. Los maestros

Tengo diversos trabajos publicados acerca de los maestros: *La memoria del pueblo cristiano. Una historia de la Iglesia en los tres primeros siglos*. Madrid, Paulinas, 1986; *Cristianos de la tercera generación*. México, D.

F., Dabar, 1999; *El Pastor de Hermas. Lectura de un texto cristiano del siglo II*. México, D. F., Dabar, 2004. Una edición selectiva de textos comenzó a ser realizada por la editorial Paulus: *Patrística 1: Padres apostólicos*. São Paulo, Paulus, 1995; *Patrística 2: Padres apologistas*. São Paulo, Paulus, 1995; *Patrística 3: Justino de Roma*. São Paulo, Paulus, 1995; *Patrística 4: Ireneu de Lião*. São Paulo, Paulus, 1995. El ensayo de J. S. Jeffers, *Conflito em Roma: ordem social e hierarquia no cristianismo primitivo*. São Paulo, Loyola, 1995, revela la complejidad de ese mundo "magisterial" al comparar el universo de Clemente Romano con el de Hermas, ambos en la misma ciudad y en el mismo período.

7. Las razones del éxito

Será conveniente leer aquí algunos trabajos clásicos, como los de Paul Veyne: "El Imperio Romano", en: Ph. Ariès y G. Duby (eds.), *Historia de la vida privada*. Madrid, Ediciones Taurus, 1990, vol. I; o del mismo autor: *La sociedad romana*. Madrid, Mondadori, 1990. Esos libros describen la sociedad romana en la época del surgimiento del cristianismo. El historiador Peter Brown aborda un tema neurálgico: cómo el autocontrol de los cristianos en términos de vida sexual contribuyó al éxito del cristianismo. Léase con provecho: P. Brown, "La Antigüedad tardía" en: Ph. Ariès y G. Duby (eds.), op. cit., vol. 1, págs. 230-303; Ídem, *Cuerpo y sociedad: el hombre, la mujer y la renuncia sexual en el inicio del cristianismo*. Barcelona, 1993. La novedad cristiana en términos de la visión de Dios es descrita en: K. Armstrong, *Una historia de Dios: cuatro milenios de búsqueda en el judaísmo, cristianismo e islamismo*. Buenos Aires, Paidós, 1995. Además, usted puede consultar: M. Dreher, *A igreja no império romano*. São Leopoldo, Editora Sinodal, 1993. Las acciones concretas en la base de la sociedad, muy comentadas en este libro, son analizadas en: J. H. Elliott, *Um lar para quem não tem casa. Interpretação sociológica da Primeira Carta de Pedro*. São Paulo, Edições Paulinas, 1985. Dígase lo mismo de: Z. B. Rocha y S. A. Soares, "O escândalo da fome e a práxis da vida cristã", en: *Estudos Bíblicos (Petrópolis, Vozes)*, No. 46 (1995), págs. 19-24; S. A. Soares, "Entre vocês tem que ser diferente", en: *Perspectivas Teológicas (Recife)* 1984, págs. 57-83; Ídem, "Da indignação como princípio da práxis cristã", en: *Cadernos Cendhec (Recife)* 1995, págs. 29-55; o también J. Comblin, "A fome e a Bíblia", en: *Estudos Bíblicos (Petrópolis, Vozes)* No. 46 (1995), págs. 25-32.

8. Cristianismo y liberación de la mujer

Traté del tema en varios capítulos. Aquí van algunos trabajos que abren perspectivas feministas: E. Schüssler Fiorenza, *En memoria de ella. Una reconstrucción teológico-feminista de los orígenes del cristianismo*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 1989; Ídem, *Los orígenes cristianos a partir de la mujer*. Bilbao, Desclée de Brouwer; L. Sebastiani, *Maria Madalena: de personagem do Evangelho a mito de pecadora redimida*. Petrópolis, Vozes, 1995.

Apéndice: el evangelio Q

Fuente: B. L. Mack, O Evangelho perdido: o livro de Q e as Origens Cristãs. Imago, Rio de Janeiro, 1994. Comento este evangelio en el capítulo 99. Reproduzco aquí la primera redacción, que data de la década de los años cincuenta del primer siglo de la era cristiana. Una segunda redacción es de los años setenta y una tercera, que entronca con Marcos y Mateo, del decenio de los ochenta. Se trata de la primera codificación literaria de las enseñanzas de Jesús. De ahí su importancia fundamental.

Enseñanzas de Jesús

Viendo la multitud, dijo a sus discípulos:

1. Felices son los pobres; el Reino de Dios es de ellos.
Felices son los que tienen hambre; ellos serán saciados.
Felices son los que están llorando; ellos han de reír.
2. Amen a sus enemigos, traten bien a quien los trata mal.
Si alguien le abofetea en una mejilla, ofrézcale la otra. Si alguien le quita el manto, deje que se lleve también la túnica.
Dé a quien le pida. Si alguien tomara lo que es suyo, no exija devolución.
Así como quieren ser tratados, traten a los otros.
Si ustedes aman a quien los ama, ¿qué ventaja tendrán? Hasta los cobradores de impuestos aman a quien los ama, ¿no es lo mismo?
Y si solo abrazan a sus hermanos, ¿qué estarán haciendo que otros también no hagan? ¿Todo el mundo no hace lo mismo?
Si prestan a aquellos de quienes esperan recibir, ¿qué crédito habrán obtenido? Hasta los malhechores prestan a sus semejantes solo porque esperan ser recompensados.
En vez de eso, amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar retorno. Su recompensa ha de ser grande, y ustedes serán los hijos de Dios.

Porque Él hace que el sol salga para los malos y para los buenos; Él hace descender la lluvia sobre el justo y el injusto.

3. Sean misericordiosos, como su Padre es misericordioso.
No juzguen para no ser juzgados.
Porque la medida que usaran [para juzgar] será la medida usada contra ustedes.
4. ¿Puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en un hoyo?
El discípulo no está por encima del maestro. Le basta al discípulo llegar a ser como su maestro.
5. ¿Cómo reparas en la basura en el ojo de su hermano sin percibir la rama en el propio ojo? ¿Cómo puedes decir a tu hermano: "Déjame sacar la basura de tu ojo", si no notas la rama en tu propio ojo? ¡Farsante! Saca primero la rama de tu ojo, y entonces podrás ver claramente para sacar la basura del ojo de tu hermano.
6. El buen árbol no da frutos malos, el árbol malo no da frutos buenos. ¿Hay higos en los espinos o uvas en las zarzas? Cada árbol se conoce por el fruto.
La persona buena saca cosas buenas de su baúl; y la mala saca cosas malas.
Pues la boca habla de lo que el corazón contiene.
7. ¿Por qué me llaman 'Maestro, Maestro', pero no hacen lo que digo?
Todo aquel que oye mis palabras y hace lo que digo, es semejante a una persona que edifica su casa sobre la roca. Viene la lluvia, golpea el torrente, pero la casa no cae, porque tiene sus cimientos sobre la roca.
Pero quien oye mis palabras y no las practica, es semejante a una persona que construye su casa sobre la arena. Viene la lluvia, golpea el torrente contra la casa, y ella se derrumba. Es grande su ruina.
8. Cuando un hombre le dijo: "Lo seguiré adonde el señor fuere", Jesús le respondió: "Las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza".
Cuando otro le dijo: "Permíteme que vaya primero a enterrar a mi padre", Jesús le respondió: "Deja que los muertos entierren a sus muertos".
Otro todavía le dijo: "Voy a seguirlo, señor, pero deje que antes me despida de mi familia". Jesús entonces respondió: "Quien pone la mano en el arado y mira hacia atrás, no es apto para el Reino de Dios".
9. Él dijo: "La cosecha es abundante, pero los obreros son pocos; rueguen, pues, al dueño de la cosecha que envíe más obreros a su cosecha.

Pónganse en camino. He aquí que los estoy enviando como corderos en medio de lobos. No lleven dinero, ni morral, ni sandalias.

Y no hablen con nadie por el camino. En la casa donde entraren, digan: "¡Que la paz esté en esta casa!". Y si hubiere allí un hijo de la paz, el saludo de ustedes será bien recibido [literalmente: "La paz de ustedes reposará sobre él"]. Si no lo hubiere, ella regresará a ustedes.

Quédense en esa misma casa y coman y beban lo que les ofrecieren, porque el trabajador merece su salario. No vayan de una casa a otra. Y si entrasen en una ciudad y fuesen bien recibidos, coman los que les fuese servido. Cuiden de los enfermos y díganles: 'El Reino de Dios se ha acercado a ustedes'.

Pero si entrasen en una ciudad y no fuesen bien recibidos, sacudan el polvo de sus pies y digan cuando estuviesen fuera de ella: 'Aun así, el reinado de Dios se ha acercado a ustedes'.

10. En sus oraciones recen: "Reconocido sea tu nombre, Padre. Que se extienda tu dominio. Danos el pan de cada día. Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos expongas a situaciones difíciles".
11. Pidán y se les dará; busquen y hallarán; golpeen la puerta y se les abrirá. Pues quien pide recibe, quien busca encuentra y a quien toca la puerta se abre. ¿Qué padre, entre ustedes, daría una piedra al hijo que le pide pan, o una serpiente al hijo que le pide pescado? Por tanto, si ustedes, aunque no sean buenos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará a aquellos que le pidieren!
12. Nada que esté escondido dejará de ser revelado, ningún secreto dejará de salir a la superficie. Lo que les digo en la oscuridad, repítanlo a la luz del día. Y lo que escuchan en medio de susurros, proclámenlo desde los tejados.
13. No tengan miedo de quien puede matar el cuerpo, pero no el alma. ¿No se compran cinco pajaritos con dos centavos? Ninguno de ellos caerá sobre la tierra sin que Dios lo permita. Hasta los cabellos de sus cabezas están contados. Entonces, no se preocupen. Ustedes valen más que muchos pajaritos.
14. Alguien en medio de la multitud le pidió: "Maestro, diga a mi hermano que reparta conmigo la herencia". Él, sin embargo, respondió: "Mi señor, ¿quién dice que yo soy su juez o árbitro?". Entonces, contó a todos una parábola:
"La tierra de un hombre rico había producido en abundancia, y él pensó consigo mismo: 'Y ahora, ¿qué voy a hacer? No tengo

dónde guardar la cosecha. Enseguida dijo: 'Ya sé. Voy a demoler mis graneros y a construir otros mayores, donde podré guardar mis granos y bienes.' Y se dijo a sí mismo: 'Usted tiene bienes en depósito para muchos años: relájese, beba, coma, y sea feliz.' Ahí Dios le dijo: '¡Insensato! Esta misma noche la vida le será quitada; y todo lo que usted produjo, ¿a quién pertenecerá?'. Eso es lo que acontece con quien acumula tesoros para sí mismo sin tornarse rico delante de Dios'.

15. Por esto les digo: no anden preocupados por su vida, lo que van a comer, ni por el cuerpo, lo que van a vestir. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que la vestimenta? Miren a los cuervos. Ellos no siembran ni cosechan, no tienen granero ni depósito, y aun así Dios los alimenta. ¿No valen ustedes más que los pájaros? ¿Quién entre ustedes, con su preocupación, puede añadir un único día a la vida? ¿Y por qué se preocupan tanto por las ropas? Vean cómo crecen los lirios; no trabajan ni hilan. No obstante, ni Salomón en toda su gloria fue tan magnificente. Si Dios dio ropas tan lindas a la hierba, que hoy brilla en los campos y mañana será lanzada al fuego, ¿cómo no vestiría a ustedes, gente de poca fe? Por tanto, no se preocupen preguntándose: '¿qué comeremos?' o: '¿qué vestiremos?' Su Padre sabe que ustedes necesitan alimentación y vestimenta. En vez de preocuparse, vean si están bajo el dominio de Dios, y estas cosas se les darán por añadidura.
16. Vendan sus bienes y den todo a la caridad [de limosna]. Abran una cuenta en el cielo, donde la polilla y la herrumbe no corroen, y donde los ladrones no roban. Donde está su tesoro, allí estará también su corazón.
17. Él dijo: "¿Cómo es el Reino de Dios? ¿A qué podré compararlo? Es como un grano de mostaza que un hombre tomó y plantó en su jardín. Creció, vino a ser un árbol, y las aves del cielo hicieron sus nidos en sus ramas". Él dijo aún: "El Reino de Dios es como la levadura que una mujer toma y mezcla a tres porciones de harina, de modo que toda la masa quede fermentada".
18. Quien se ensalce será humillado, y quien se humille será ensalzado.
19. Un señor iba a dar un gran banquete e invitó mucha gente. A la hora señalada, envió a su siervo para decirles a los convidados: "Vengan, por favor, porque ya todo está listo". Sin embargo, todos comenzaron a disculparse. Dijo el primero: "Compré un terreno y necesito ir a verlo. Sírvase disculparme". Otro dijo: "Acabo de comprar cinco yuntas de bueyes y tengo que probarlas. Discúlpeme". Un tercero: "Me casé hace poco y no podré asistir". El siervo regresó y contó todo

esto a su amo. Indignado, dijo el señor a su siervo: "Vaya de prisa a la ciudad y traiga para acá a los que encuentre por los caminos". El siervo fue a la ciudad y trajo todas las personas que encontró por los caminos. Y la casa se llenó de convidados.

20. Quien no odia a su padre y a su madre, no puede aprender de mí. Quien no odia a su hijo y a su hija, no puede pertenecer a mi escuela. Quien no acepta su cruz, no puede ser mi seguidor. Quien intente conservar su vida la perderá; quien pierda la vida por mi causa la preservará.
21. Buena es la sal, pero si la sal perdiera su sabor, ¿cómo puede ser recuperado? No sirve ni para la tierra ni para el estiércol. La tiran afuera.